

N.o 64

\$ 1.20



Para
Todos
M. R.





M. R.
Los Polvos Compactos del Harem
adherentes, refrescantes e inofensivos son de calidad
y perfume superior.

PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL
AÑO III NUM. 64

Santiago de Chile, 18 de marzo de 1920
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



El Miedecito de la Gacela

POR GABRIELA
MISTRAL

El Miedecito de la Gacela, su lindo miedo pequeño, le saltó, mientras ella dormía, del testuz donde estaba acomodado entre las orejas; se bajó de allí, con su tamaño de medio metro, y lindo, como salido de su madre, y dejó por la primera vez sin miedo a la Gacela que dormía.

Pisó la hierba seca del llano con desconfianza; vaciló algo al echarse a andar, pero se dió cuenta de que podía caminar.

El campo venía en unos gratos golpes de olor, y el Miedecito de la Gacela, con sus narices abiertas de hijo de ella, oía con dicha.

Estaban los álamos quietos como devanaderas paradas de la tierra, que hacían una pausa, los álamos que hilan la brisa de mejor calidad, la brisa perfecta que es la que apenas se siente, y cuya labor de encaje es el quintal fuerte y bien ceñido.

El Miedecito de la Gacela se acercó, y ellos se crisparon de abajo arriba, como para sujetar lo suyo, y en el encogimiento se pusieron blancos. El Miedecito los miró un momento, le parecieron demasiado altos, y se alejó con los pasitos suyos, pasitos de pata dura y redonda que es el mismo de la Gacela.

La tierra que es pesada y que duerme mejor que nosotros, no se dió cuenta de esas patitas nuevas, patitas de Ange' cuadrúpedo que pasaban y en una parte en que la tierra estaba desnuda, él se dió cuenta de esa cosa muy grande y dura, que se toca y que no responde nada.

El Miedecito de la Gacela llegó a un agua de riego encharcada, que por ser de esa misma noche, era pura, y se paró a verla. El agua se encarruó, se llenó de puntitos de expectación, y se arrugó después, con ganas de recogerse y doblarse como un pliego. El Miedecito de la Gacela pudo haberse visto en el agua y conocerse, cosa buena para no tener también miedo de sí; pero el agua así encogida no le dejó miedo.

El Miedecito caminó en seguida ya con más seguridad, se puso al trote, y la humedad que subía en una niebla densa, tuvo miedo y se rompió por todas partes, se abrió como tela vieja; dejó ver hacia un lado un bosquecillo, más allá un penasco patético en mitad del llano, y luego una aldea. El Miedecito de la Gacela, lo mismo que con el agua encogida, no supo que eso se rasgaba así a causa de que él iba pasando.

El Miedecito miró a la luna, la miró bien fino, sin entender aquello blanco e impertinente que estaba allí, y la luna, y todo, sintió algo que le puso en torno un circuito amoratado que la volvió muy otra.

El Miedecito de la Gacela se metió más adelante a la aldea que le saltó al camino, y con su tamaño de medio metro pasó debajo del campanario y por el cuartel de piedra. Para Todos 1.



PAIXENCO

GABRIELA MISTRAL

sin miedo, porque no los había visto nunca, y después fué parándose en casi todas las puertas de las casas que tenían niños detrás de ellas y ninguno de los niños tuvo miedo porque ya su piel no era delgadita y si el Miedo se les parase encima no lo sintieran tampoco, y si lo sintiesen no lo vieran, porque les han contado que el Miedo se ha acabado. Sólo uno, pero era una niña, se volteó en la cama, saltó y dió un grito de grillo.

Era una niña de cabello largo y lacio de hierba, cabello que viene, dicen, de tener el corazón suave y a la que las pestanas le estaban siempre batiendo. La niña oyó al Miedecito que tanteaba contra la pared del cuarto como una abeja cogida, y dijo: «Es uno de los Miedecitos del mundo el que está aquí, un miedo más pequeño que yo, pero que pue de conmigo». No llamo a la madre que estaba cerca ni despertó a los muñecos que estaban tirados por el suelo; sentía cierto gusto de tener miedo, como cuando, con la cabeza metida en un matorral de palquis, la revoltera le daba miedo, pero ella no sacaba la cabeza ni la adenbraba más tampoco. Buscó al Miedecito que seguía tanteando en la oscuridad como una abeja borracha, y el Miedecito la buscaba también, a ella aunque nunca la había visto, y se abrazaron pechito contra pechito, en la cama de tajada que nunca había tenido a dos. La niña titiribó un poco, pero no quería que aquello se fuese, porque era el Miedecito de los niños que hace mal y que gusta a la vez.

Así se quedaron abrazados en su camita de lonje hasta la borronadura de las estrellas. Entonces el Miedecito de la Gacela dió un salto al suelo se echó por la ventana, y corrió, y corrió por el campo, hasta llegar al escondedero de matas donde estaba Gacela ya para despertar.

Ella había dormido sin sentir el clavo que el aullido del lobo hace en la noche, ni el canto de los grillos, cada uno de los cuales le tira de un pelito del lomo.

El Miedecito de la Gacela saltó a su madre al testuz, en medio de las orejas, donde ha estado siempre, entrándose por él a su cuerpo.

Ya era de día y la Gacela se levantó para buscar hierba fresca.

Allá va, por un abra desnuda del campo, con el costado que le salta de miedo; va a beber el agua con el pequeño belfo que sube y baja de miedo; y al cruzarse a los cazadores, que madrugan, con el cuerpecito, de la cola a las orejas, claveteado entero de miedo.

Bajo la Sombra del Claustro

Se celebra la gran fiesta anual en el Convento. Los exámenes han pasado y precisa celebrar los éxitos, la venida de las vacaciones, los adioses, los juramentos y cambios de promesas... He ahí un mundo de razones para poner a las jóvenes internas en justificada emoción.

Mientras que las pequeñas alumnas del internado son todas ojos y oídos para escuchar y mirar las pruebas de prestidigitación que se representan en el salón de actos, lo que las hace soñar, sin duda, en un mundo de maravillas, las más grandes, las bachilleres recientemente promovidas y las ex alumnas—que vuelven siempre en este día de aniversario para revivir la feliz y placida vida del Convento donde se deslizan sus mejores años—todas se reúnen en torno de la hermana María Edmée, bajo la sombra de los viejos tilos, en donde se siente un santo alivio en el gran parque lleno de pájaros, de flores, de quietud.

Se conversa, se comenta y rememoran las mil visititudes, alegrías y pequeños pesares del tiempo del colegio. Se cuentan las novedades del año que acaba de terminar. Las visitantes hablan del mundo en que recientemente han entrado a actuar; hay entre ellas muchas novias, jóvenes señoritas y aún pequeñas mamás, verdaderamente fieles al Convento, que han abandonado un instante su bebé para correr en pos de los recuerdos de su vida de colegialas.

¡Qué encantador, gracioso y emocionante espectáculo presenta este conjunto de juventud, en torno de la hermana María Edmée, siempre joven, con sus mejillas de un eterno y encantador tinte de terciopelo rosa, la dulzura de sus ojos brunos, sus hermosos dientes regulares, la frescura de sus labios puros y la alegría de su risa tan franca! Todas las alumnas grandes adoran a la hermana María Edmée, quien se les antoja su hermana gemela; además, ella es tan buena e inteligente—¡jamás ha sabido castigar!—luego sus lecciones de literatura e historia, tan interesantes y espirituales, tan llenas de fantasía, fueron un verdadero regalo para sus espíritus. En realidad la adoran por muchos conceptos: la hermana María Edmée es de apariencia bella, de una finura tan exquisita al oírla cantar, acompañada del armonium de la santa capilla. Sin duda es de sentirse feliz al aproximarse a ella, ganar su amistad, cultivarla y conservarla para siempre como un tesoro precioso.

¡Qué explosión de alegrías, qué derroche de juventud y conjunto de bellezas bajo los viejos tilos!

Luisa Haimon, sobre todo, casada desde hace un año, no habría podido faltar a la fiesta... El año anterior no pudo hacerlo a causa de su viaje de bodas, y, en consecuencia, han transcurrido dos años desde la última vez que vió a la hermana María Edmée. Este año todo ha ido a pedir de boca, pues el tío de su marido se ha instalado por el verano en una villa justamente en Soisy, muy cerca del Convento y ha invitado a sus sobrinos a pasar algunos días en su compañía. La invitación fué muy dulce para Luisa porque se le presentaba la feliz perspectiva de reanudar las relaciones con su querido Convento.

En la noche, mientras con-

fiaba su proyecto de visitas al tío Federico, le oyó decir, con estupefacción creciente, con el tono propio de los hombres hermosos al referirse a los recuerdos de su vida galante:

—¿Cómo, la hermana María Edmée está en el Convento de Soisy?

—Pero, ¿la conoce usted?

—Es, querida sobrina, un romance que no os referiré por ser demasiado largo.

—Es posible que la hermana María Edmée haya tenido un romance... y haya estado usted mezclado en él?

—Así me parece... era una encantadora camarada de juventud... faltó muy poco para que ella hubiera sido tu tía...

—Verdaderamente, ¿ha estado usted a punto de casarse con ella, tío Fred?

—No invitamos los roles, por favor, querida sobrina, dijo él con un marcado aire de fatigadidad; —era ella quien hubiera deseado ser mi mujer...

—De modo que usted no la ha querido por esposa, entonces? ¿Y por qué? Ella debe haber sido sencillamente encantadora a los dieciocho años; es aún tan encantadora.

—Sí, en verdad era bastante atrayente, pero su belleza financiera era demasiado débil...



—¡Dios mío! En realidad fué usted el causante de que ella tomara el hábito?

—Naturalmente, fui yo...

—Es verdaderamente triste, y usted, ¿no se siente apesadumbrado?

—Jamás me arrepiento de mis decisiones... En cuanto a ella, ignoro dónde ha podido ocultar su pesar; espero que ahorra, por lo menos, vivirá tranquila en la sombra acogedora del claustro... Sin embargo, estoy plenamente seguro que de vez en cuando verterá lágrimas de pesar y arrepentimiento por haberse enterrado viva en la forma que lo hizo... y no me extrañaría si recordara a veces su lejano sueño de juventud, y me interesaría conocer la impresión que tiene de mí en la actualidad.

—Es muy difícil enterarse de tal cosa; las religiosas no hablan jamás de su pasado... y si así fuera, me sentiría culpable de revivir en ella las melancolías del pasado, agregó cariñosamente Luisa.

—Oh, después de tanto tiempo!—veinte años, tal vez—no hay temor, me imagino... ¿Tienes confianza con ella, mi querida sobrina?

—Usted conoce, pues, a la hermana María Edmée?... Ella es mi ahijada.

Todas las ex alumnas felicitaron a Laura y la hermana María Edmée se sintió gratamente impresionada con la noticia. Arrastrada por la conversación general, y para comprueba una vez más y en forma más elocuente la pequeñez del mundo, Luisa Haimon no pudo reprimirse de exclamar:

—¡Es curioso; en la familia de mi marido también se conoce a la hermana María Edmée!

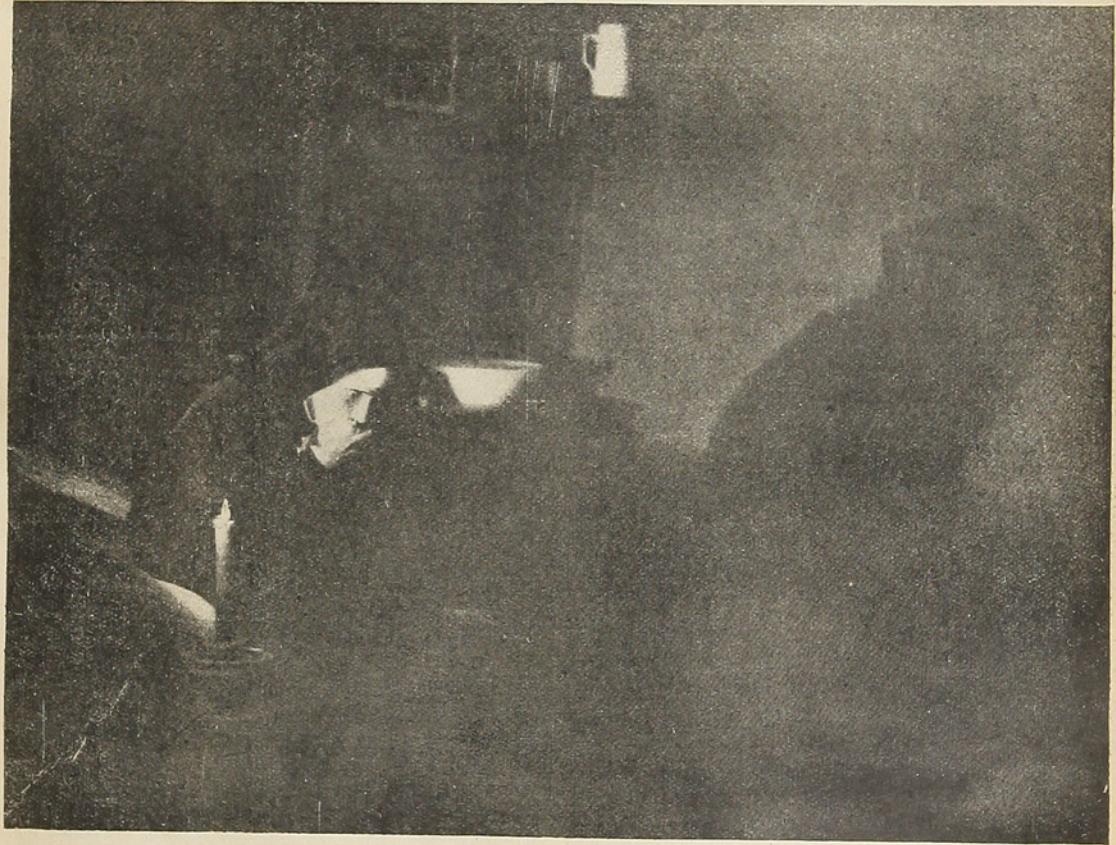
—¿Verdaderamente?, había preguntado, curiosa, la dulce y espontánea religiosa,—¿me conocen también? ¡Y quién, pues?

—El tío de mi marido, Federico Hamelin.

—¡Ah, ah, ah! ¡Qué lejos está este nombre, perdido en la vaguedad del tiempo! Era un amigo de mis dieciocho primaveras...

—¡Oh, querida hermana!, gritaron en coro todas las internas, intrigadas.—¿Ha tenido usted también un flirt como todas sus profanas alumnas?

La hermana María Edmée, sencillamente, sonrió de todo corazón. La buena Luisa creyó de buena fe que esta risa ocul-



—Naturalmente, ella es una querida hermana sin nada de solemnidad ni austeridades, de tal manera que podemos conversar con ella como con una buena amiga.

—Y bien, entonces pregúntale si se recuerda de mí, y verás—estoy seguro—como se alegra al oír pronunciar mi nombre...

Luisa encontró demasiado fatuo al tío de su marido, y aun un tanto cruel, pero como se parecía notablemente en lo físico a su querido Sergio, no quiso detenerse en tales consideraciones; solamente en su corazón se formuló la auto-prohibición de no hablar de ello a la querida hermana María Edmée.

He aquí que, justamente Laura Dulbret, una ex alumna recién de novia, gritó al acercarse a la avenida de los tilos del Convento:

—¡Ah, querida hermana, estoy feliz de veros!... ¡Quiero que sepáis que pronto seré la nuera de vuestra madrina!... ¡Qué pequeño es el mundo, Dios mío! Cuando he dicho ayer en casa de mi novio que hoy visitaría el Convento de Soisy, en el acto mi futura suegra ha exclamado:

taba una gran emoción y lamentó de haberse dejado llevar de la ligereza de divulgar un secreto... y repuso vivamente:

—No, nosotras no tenemos el derecho de saber... Una religiosa no puede hablar de su pasado, ¿no es verdad, hermana?

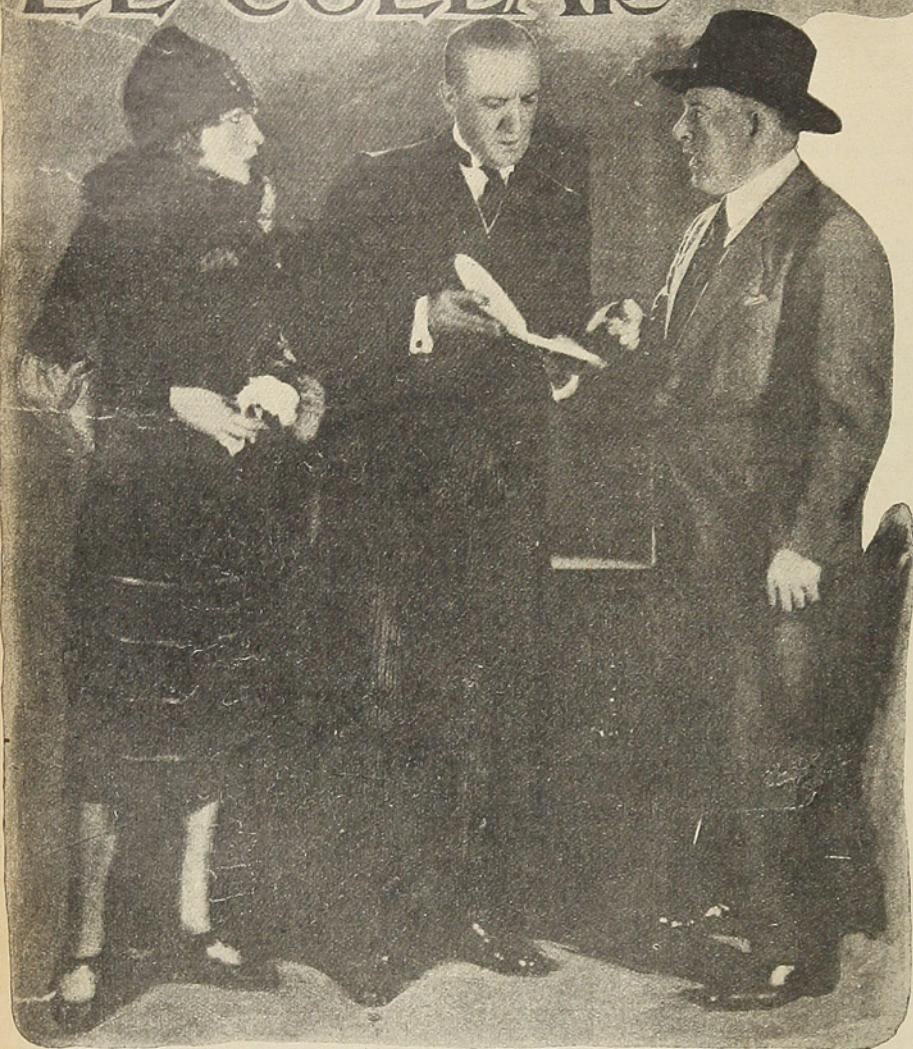
—Dios mío!, mis pequeñas, replicó tranquilamente la hermana, con el rosa de sus mejillas acentuado por su risa prolongada;—se dice que las religiosas no deben hablar de su pasado ni mucho menos de sus afectos, porque se teme por aquellas cuya vocación es frágil, el mal que la evocación pudiera reportarles... pero en cuanto a mí, soy bastante fuerte, os aseguro; y hablar del mundo no me causa la menor impresión de pena ni alegría.

—Entonces, querida hermana, objetaron las más curiosas,—hablemos de las dieciocho primaveras... hablemos del encantador tío de Luisa.

—Era muy hermoso, sí, replicó la hermana sonriente;—en verdad, es a él a quien debo mi felicidad sobre la tierra... (Continúa en la página 76).

EL COLLAR

por
GUY DE MAUPASSANT



Era una de estas muchachas bonitas y encantadoras nacidas en una familia modesta, como por un error del destino. No tenía dote, ni esperanzas, ni ningún medio de ser conocida, comprendida, amada y casada con un hombre distinguido y rico, y se dejó casar con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

Fué sencilla, no pudiendo ser lujosa; pero también desgraciada, como si estuviese fuera del lugar que le correspondía, pues las mujeres no tienen ni casta ni raza, sirviéndoles de nacimiento y de familia su belleza, su gracia y su atractivo. Su nativa figura, su instinto de elegancia, su gracia espiritual les sirven de jerarquía y hacen de las hijas del pueblo las hermanas de las más altas damas.

Sufría continuamente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y para todos los lujos. Sufría por la pobreza de su casita, por la miseria de sus paredes, por sus sillas estropeadas, por la cursilería de sus trajes. La torturaban y la indignaban todas estas cosas, de las cuales otra mujer de su posición ni siquiera se habría dado cuenta. Cuando miraba a la joven bretona que hacia su humilde servicio de criada, se despertaban en ella sueños imposibles y amargos desconsuelos. Pensaba en las antesalas mudas, cubiertas de cortinajes orientales, iluminadas por altos candelabros de bronce, y en

ir a ver por lo mucho que sufria al regreso. Y durante días enteros lloraba de pena, de tristeza, de desesperanza y de angustia.

Una noche su marido entró con aire triunfante, llevando en la mano un sobre de grandes dimensiones.

—Toma—dijo.—Aquí traigo algo para ti.
Ella rasgó con impaciencia el sobre y sacó una tarjeta impresa que decía: «El Ministro de Instrucción Pública y la señora Georges Ramponneau suplican al señor y la señora Loisel que les hagan el honor de acudir a pasar la velada en el Palacio del Ministerio, el lunes 18 de enero».

En lugar de ponerse contenta, como esperaba su marido, tiró la invitación con desprecio sobre la mesa, mientras decía:

—¿Para qué me sirve a mí eso?
—Hija mia, creí que ibas a alegrarte. No sales nunca y ésta es una bonita ocasión. ¡Si supieras lo que me ha costado obtener la tarjeta!... Todo el mundo quería y no la daban a muchos empleados. Allí podrás ver a todo el mundo oficial.

La mujer le miró irritada y le preguntó con nerviosidad:

—¿Quéquieres que me ponga encima para ir?
—El marido no lo había pensado y balbuceó:
—Pues... el vestido que llevas cuando vas al teatro. Me

los dos fornidos criados con calzón corto, que dormían en altas poltronas, vencidos por el calor sofocante del calorífero. Pensaba en los grandes salones tapizados de sedas antiguas, con muebles finos cubiertos de bibelots inestimables, y en los saloncitos coquetos y perfumados, hechos para la tertulia de las cinco, con los amigos más íntimos, los hombres populares de los cuales todas las mujeres envidian y desean la atención.

Cuando se sentaba para comer, delante de la mesa redonda a cubierta por un mantel de tres días, delante de su marido, que destapaba la sopera diciendo: «Ah, el rico cocido! ¡No conozco nada mejor en el mundo!», ella pensaba en las comidas delicadas, en el servicio de plata brillante, en los tapices poblando las paredes de figuras antiguas y pájaros exóticos en medio de un bosque maravilloso. Pensaba en platos exquisitos, servidos en fastuosas vajillas; en las galerías murmuradas y escuchadas con una sonrisa de esfinge, comiendo la carne rosada de una trucha o las alas de un faisán.

No tenía vestidos, no tenía joyas: nada. Y era la única cosa que quería. Se sentía nacida para eso. ¡Había deseado tanto agradar y ser enviudada y deseada!

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la que no quería

parece que está muy bien ese vestido...

Calló extrañado, estupefacto, al ver que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas descendían lentamente desde sus ojos hasta su boca.

—Pero, ¿qué tienes? —tarata mudeó él.— ¿Qué tienes?

Con un violento esfuerzo pudo ella dominarse; secóse las mejillas humedecidas y respondió con voz tranquila:

—Nada. No tengo vestido; por consiguiente, no puedo ir a la fiesta. Da la invitación a algún compañero tuyo cuya mujer esté mejor provista que yo.

El, verdaderamente apenado, insistió:

—Veamos, Matilde. ¿Cuánto te parece que podría costar un vestido que estuviese bien, que te pudiera servir para otras ocasiones; una cosa sencilla, pero sin escatimar nada, comprendes?

Ella reflexionó unos instantes haciendo cuentas, imaginando la cantidad que podría pedir sin estrellarse contra una negativa inmediata y una exclamación de espanto del económico empleado. Al fin, dudando, respondió:

—No sé filamente, pero me parece que con 400 francos habría bastante.

Palideció un poco el marido, pensando que justamente era la cantidad que tenía reservada para comprarse una escopeta y disfrutar en soberbias partidas de caza al verano siguiente, por las llanuras de Nanterre, con algunos amigos que acostumbraban ir los domingos. No obstante, dijo:

—Hecho. Te doy cuatrocientos francos; pero procuro tener un vestido muy bonito, que luzca mucho.

Se acercaba el día de la fiesta, y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, angustiada. Su vestido estaba a punto, sin embargo.

Y su marido hubo de preguntarle una noche:

—¿Qué tienes? Veamos. Te encuentro cambiada desde hace unos días.

—Me sabe mal no tener ni una joya, ni el menor adorno que ponerme—respondió ella.—Tendré un aspecto miserable, como siempre. Casi preferiría no ir a esa fiesta.

—Puedes ponerle flores naturales. Es muy chic en esta estación. Por diez francos tendrás dos o tres rosas magníficas.

Pero ella no se dió por convencida.

—No... No hay nada tan humillante como parecer pobre entre gente rica.

—¿No tienes otro motivo?—exclamó él, radiante, al ver que se le había ocurrido una solución al nuevo problema.— Eso está resuelto. ¡Lástima no haberlo pensado antes! Mañana ves a tu amiga, la señora Forestier, y le pides que te deje alguna de sus joyas. Has conservado siempre con ella la suficiente amistad para justificar ese paso.

Matilde lanzó un grito de alegría.



—¡Es verdad! No había pensado.

Corrió al día siguiente a casa de su amiga y le contó su conflicto. La señora Forestier fué a su armario de luna, cogió una larga arquilla, la abrió y dijo a la señora Loisel:

—Escoge, querida:

Primeramente vió brazaletes; después un collar de perlas; después una cruz veneciana, oro y pederria, de un trabajo admirable. Se probó las joyas ante el espejo; dudaba, no decidándose a quitárselas y devolverlas. Y preguntaba todavía:

—¿No tienes nada más?

—Sí, sí; busca tú misma. Yo no sé lo que puede gustarte.

De pronto descubrió en un estuche de raso negro un soberbio collar de diamantes. Su corazón empezó a latir de un modo inusitado. Sus manos temblaban al cogerlo. Se lo anudó alrededor de la garganta, sobre su vestido sin escotar, y quedó en éxtasis ante sí misma. Después preguntó, dudando, lleno de temor:

—¿Puedes dejarme esto, nada más que esto?

—Sí, mujer; lo que quieras.

Matilde saltó al cuello de su amiga, la besó con transporte y luego huyó contenta con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora Loisel obtuvo un éxito. Estaba más hermosa que todas, más elegante, más graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, querían serle presentados. Todos los más altos empleados querían bailar con ella. Hasta el ministro se dio cuenta. Danzaba, embriagada, enloquecida, saboreando el placer, sin pensar en otra cosa que en el triunfo de su belleza, en la gloria de su triunfo, en una especie de nube de felicidad hecha de todos los homenajes, de todas las admiraciones, de todos los deseos despiertos; de esa victoria tan completa y tan dulce al corazón de todas las mujeres.

Se retiraron a cosa de las cuatro de la madrugada. Su marido (que había estado durmiendo desde medianoche, en un pequeño salón alejado del de la fiesta, con tres o cuatro maridos cuyas mujeres se divertían mucho) le echó sobre los hombros el abrigo que había traído para la salida, un modesto abrigo de su vida ordinaria, cuya pobreza contrastaba con la elegancia de su traje de baile. Ella, comprendiéndolo, quiso escapar para que no se fijasen las otras mujeres, que se envolvían en ricas pieles.

Su marido quiso detenerla.

—Espera, mujer. Te enfriarás. Voy a buscar un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba rápidamente la escalera.

(Continúa en la página 76).

¡C A S A R S E , N O !

No es que Hugo Nord fuera mal muchacho, pero juzgándolo sin pasión tampoco podemos decir que era bueno.

Un viejo amigo de su padre había estudiado las condiciones del joven y quizá, para dulcificar el concepto que de Hugo tenía formado, se forjó una fantasía que se remontaba al día en que bautizaron al chico.

—Es cuestión de hadas — decía el buen señor. — Todas acudieron el día del bautizo alrededor de su cunita... Todas menos una: la Fe. Esta no sé lo que vería en el chiquitín, o no le fue simpático, pero el caso fué que no llegó a entrar en la habitación donde la criaturita lanzaba tiernos vagidos, y sin dirigirle una mirada, volvió pasos atrás; gratificó a la comadrona y, tomando un taxi, abandonó la fiesta. Hugo empezaba su vida sin que la Fe se hallara a su lado.

En fin, es el caso que Hugo creció sin fe en nada que fuera más complicado que tomarse un vaso de whisky con sifón. En su lozana juventud contempló a las mujeres superficialmente y, aunque no le disgustaban, no creyó en ellas con la firmeza que suele hacerlo un enamorado.

Hugo llegó a ser un muchacho guapo, elegante y con todas las condiciones que debe tener un joven para hacer un buen papel en la sociedad.

Claro que se enamoró a su manera y acabó por tener las alegrías propias de su edad; pero sin pasar de ahí, sin que mujer alguna le hiciera pensar con seriedad.

Faltáronle sus padres, y como le dejaron lo suficiente para vivir con holgura, no tardó mucho tiempo en consolarse, y si no olvidó por completo su memoria, pudo marchar por el ancho campo que le ofrecía su espléndida posición sin el freno a que estaba sometido.

Sin embargo, por más que hizo el fanfarrón en Cambridge, no cometió verdaderas locuras; esto es: no dió un paso más allá de lo prudente y hasta supo administrarse como persona de más seso. Y es que Hugo, como dijimos al principio, no era malo del todo. Lo repetimos: su único, su capital defecto era la falta de fe en todo y especialmente en la mujer.

En medio de su despreocupación logró encontrar un amigo, uno sólo, entre las muchas personas con quienes alternaba.

Se llamaba Jacobo y pensaba de modo muy distintos al del despreocupado.

—¿De modo que no te casarás nunca? — le decía a Hugo en cierta ocasión.

—Jamás.

—No crees en la bondad de una mujer?

—No.

—Yo sí.

—¡Hola! ¿Tienes ya novia formal?

—Tengo una hermana a quien adoro.

—¡Ah!...

Jacobo siguió diciendo que eran huérfanos y que en la actualidad vivía Juana en la plaza de Portland con una anciana tía, de pésimo carácter, que siempre gruñía y que no pasaba un minuto sin que amenazara con el infierno. Realmente, vivían en él. Jacobo pensaba terminar sus estudios y buscaría después una colocación que le permitiera poder montar un pisito modesto para instalar en él a su hermana Juana. Y terminó diciendo:

—Me asusto al pensar en lo que ha sufrido y sufre mi pobre hermana viviendo con esa vieja de los demonios. Y eso que Juana sabe esperar y sufrir con paciencia, porque es la más buena de las mujeres. ¡Oh, cuando yo pueda mandar, ya verás cómo varían las cosas.

—Me alegraré que suceda así — dijo Hugo bostezando.

—No hay más remedio. Tú no sabes qué clase de mujer es esa vieja, mejor dicho, esa arpía; mi hermana le sirve hasta de criada, y si alguna vez pasa un rato distraída me

lo debe a mí. El verano pasado hice que me acompañara hasta Windsor, y todavía sigue la vieja echándole en cara el abandono en que la tuvo.

—¡Vallente señora! — volvió a decir Hugo, distraído.

—De lo peor que te puedas figurar.

Y los dos amigos siempre que hablaban venían a parar al mismo asunto, a la preocupación constante de Jacobo, a su querida y buena hermana, a la que terminó por presentársela a Hugo, el cual vió en ella una mujercita modesta, agradable y que no dejó de interesarse, atendiendo, sin duda, a lo que Jacobo le había contado de ella.

La guerra truncó de repente aquella plácida situación, llena de esperanzas para el porvenir. Jacobo se alistó, y a los pocos días de hallarse en el frente, sirviendo de vigía entre las ramas de un árbol, sirvió de blanco a un enemigo antes de que un compañero tuviera tiempo de evitar su muerte.

Cuando Juana recibió el aviso telegráfico del Ministerio de la Guerra, se dejó caer anonadada sobre la silla en que Totó, el perrito de la vieja, acostumbraba echarse, y los ladridos del animal para que se levantara la volvieron a la realidad.

Y fué como pudo en busca de su tía para hacerle saber la desgracia.

Ya había oido la vieja los ladridos del perro y salió al encuentro de la muchacha.

—¡Vamos! — le gritó. — ¿Qué haces que no sacas a la calle a Totó?

Juana, obrando como un autómata, fué a tomar el sombrero, mas, recordando en el acto la catástrofe, exclamó de un modo indescriptible:

—¡Jacobo ha muerto, tía!... ¡Jacobo ha muerto!

Y presa de un fuerte ataque nervioso, rompió a reír como una loca.

—¡Y te ries por eso, descartada! ¡No he visto un ser más despreciable que tú!...

Juana cayó desmayada. Horas después volvió en si, encontrándose en la cama que tenía



—Juana! — exclamó Hugo. — A morir! — Y fué a estrechar sus manos, pero la joven las retiró...

en su cuartito tan modesto y tan reducido que apenas era capaz para contener el lecho, una vieja cómoda y un espejo casi sin luna.

La pobre joven se incorporó como pudo y reuniendo sus ideas, se fíe dando cuenta de su tristísima situación.

Estaba allí sin saber quién la había llevado. Jacobo, que era su único carino, su única esperanza, había muerto. ¿Qué sería de ella en lo sucesivo?

Por los cristales de la ventana pudo ver una niebla espesa que casi privaba de luz la habitación. ¡Qué día tan triste!

¡Y más tristes que el día sus pensamientos!

No le quedaba más remedio que seguir viviendo con tía Felisa y seguir sacando a Toto a paseo.

Así pasó un año sin que ella misma pudiera darse cuenta de su situación. Un año como los que ya habían transcurrido desde que se quedó huérfana.

Pero ya su espíritu era otro. La pobre muchacha intentó buscarse trabajo, cansada ya de aguantar las impertinencias y malos tratos de la vieja. La encargada de la agencia donde se presentó le contestaba siempre casi lo mismo: que había muchas solicitantes y que no se podía encontrar colocación para todas.

De aquí que aumentaran los disgustos en casa de la tía de Juana por las horas que la joven malgastaba buscando trabajo en otra parte.

A todo esto Hugo, que durante la guerra estuvo en Francia, volando de un lado a otro y dejando un aeroplano con el ala rota para pilotear otro nuevo, se había trasladado a Londres.

Juana casi se había borrado de su imaginación, cuando

un día, hojeando un libro, se encontró con una nota escrita por Jacobo, y esto le hizo recordar a su hermana.

Ya era tiempo.

Así lo pensó Hugo, y aquella misma semana se propuso ir en busca del único amor que tenía su amigo.

Este fué su pensamiento, mas otro compañero le obligó a salir para Escocia con objeto de pasar una temporada caza-zando.

De allí pasó a Montecarlo, donde encontró una familia amiga y con ella siguió el viaje hacia España, donde permaneció algunos días.

Se aburrió, y se embarcó para la Argentina, como un nuevo don Juan, en busca de aventuras y mujeres hermosas.

Allí tuvo un altercado con un individuo de peor cabeza que la suya, el cual le amenazó de muerte, y como Hugo no estaba dispuesto a morir, abandonó América.

Tres años habían pasado desde que Hugo dejó de tirar bombas sobre las trincheras enemigas, y, sin embargo, aun no había dado ni un paso para buscar a Juana.

Esto no debía ser y, además, era una vergüenza, tanto, que quiso avergonzarse, pero no lo consiguió por la falta de costumbre.

Pero, en fin, es el caso que se acordó de su pobre amigo y de su triste hermana.

Desde Hampton Court, donde se encontraba, escribió a Juana, y ésta se sorprendió agradablemente cuando leyó la invitación que le hacía el amigo de su hermano.

Y le contestó aceptando agradecidísimo y con tales frases de infantil nobleza que no pudieron menos de arrancar una sonrisa en aquel escéptico. Pero una sonrisa nada más. Quedaron en que un viernes iría Hugo por Juana, y éste se presentó puntualmente, recibiendo un desagradable escalofrío al entrar en la casa de Portland Place.

Hasta tuvo que levantarse el cuello del abrigo, mientras esperaba a que se presentara la joven.

Por fin apareció Juana, tan sencilla, tan pobemente vestida, que Hugo tuvo que volver la cabeza para disimular la mala impresión que en él había producido.

—¿Le he hecho esperar? — preguntó ella sin dejar de sonreir.

—No, señorita... — contestó el joven con cierto titubeo.

—Al fin ha venido y eso me recompensa de todo.

Juana se sonrojó al oír el cumplido, y ambos abandonaron la casa.

No fué tan aburrida la tarde como Hugo llegó a sospechar. Todo lo contrario. Cuando, en el campo cogió ella las primeras flores, puso en ello todo el cariño, toda la ternura de que era capaz.

Y Hugo notó que el corazón le saltaba en el pecho, cosa que jamás había sentido.

—Pero qué imbécil soy! — exclamó para sus adentros.

Sin embargo, no le desagradaría tanto la nueva impresión, cuando acabó por proponerle a la joven volver a pasar otras tardes así.

—¿Le gustaría a usted? — dijo con cierta emoción.

—Muchísimo — contestó ella con sencillez encantadora. — Yo también se lo iba a proponer.

Y como el sol brillaba entonces con todo su esplendor, se sentaron en un banco y siguieron charlando como dos camaradas. Ella, cada vez más confiada. El, preocupándose más y más. Después fueron a tomar el té a un establecimiento que a Hugo le pareció infernal; pero Juana, doblando las manos sobre un canto de la mesa como lo pudiera haber hecho una colegiala, declaró con cierta emoción que encontraba aquel sitio encantador. Hugo asintió por no contrariarla.

De nuevo volvió a sentir el repiqueo de su corazón. ¿Por qué se encontraba la joven tan bien en aquella destaladita choza? ¿Por qué sentía él tan extraña emoción al contemplar aquellos ojos que no se apartaban de los suyos?

Hugo se sintió atraído hacia aquella mujer y quiso hacerla suya, pero sin deseos de pistolearía. Y desde este momento comenzó a odiar a su tía, decidiéndose a hacer feliz a la joven saliendo algunas tardes con ella.

—Pasado mañana — dijo él — la llevaré al Parque Zoológico. ¿Le agradará esa visita?

—Sí, señor; muchísimo. Allí donde usted me lleve...

—¡Oh! No todos los sitios suelen ser agradables!

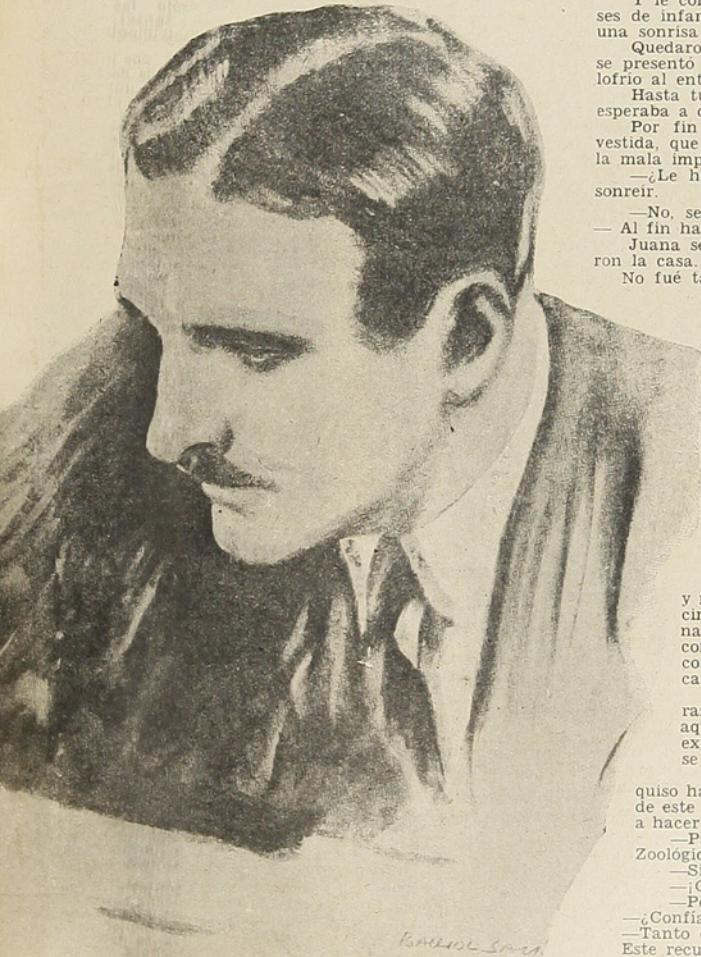
—Pero yo confío en usted y no creo...

—Confíe usted en mí.

—Tanto como en mi pobre hermano.

Este recuerdo, evocado en aquel momento, acabó por dominar a Hugo de un modo que nunca se habría figurado.

Esta situación siguió unas seis semanas, durante las cuales



¡Ay, Infeliz del que Nace Hermoso!

No es así precisamente cómo lo dijo el poeta, pero también pudo haberlo dicho, pues parece ser que allá se van en cuanto a desechados las hermosas y los hermosos.

Una curiosa información de un semanario popular lo ha revelado, y a no pocos ha producido asombro. Conque esos ases masculinos de la pantalla, esos niños bonitos que tantos estragos causan en los corazones femeninos, esos jóvenes de líneas puras y de dulce mirada, que tanto hacen suspirar a las concurrentes al cine, esos pollos mimados por la popularidad, a quienes todo parece sonreír, son en realidad, unos pobres infelices que no logran conocer el verdadero amor y de quienes las mujeres se burlan a poco de tratarlos de cerca? ¡Quién lo dijera! Cuando hay tanto varón de facciones duras, de rostro imperfecto, sin caída de ojos tentadora, de vestir inelegante, que tiene una o varias mujeres metidas en un puño, que se sacrifican por él y que sólo viven para hacer su felicidad.

A uno de aquellos prodigios de belleza su mujer le abandonó el mismo día en que contrajo matrimonio: «Abandonado en la noche de su boda»: he aquí un titulito para novelas populares y barata mucho más plácante y sugestivo que el de «Abandonada en la noche de su boda», que recientemente ha causado sensación en las porterías y talleres de costura.

A otros hermosos no los han abandonado tan pronto, pero parece ser que ninguno de ellos se libra de verse abandonado en un plazo siempre corto. Y bien: no quiero pasarme de listo, pero más de una vez sospeché que esos jóvenes bellos de la pantalla, algunos de los cuales, dicho sea de paso y sin ánimo de molestarles, parecen chicas bonitas disfrazadas de hombre, habían, como muchas bellas, de resultar inaguantables y muy poco interesantes tratados de cerca. El hombre que vive explotando la perfección de las líneas de su rostro, su dulce mirada, su elegante porte, es casi inevitable que sea víctima pronto de un narcisismo agudo que lo haga insensible para toda otra cosa que no sea el cultivo de sus gracias personales. Acostumbrados a la adulación, a la lisonja, a la admiración de tantas mujeres, ¿cómo van a poder actuar como adoradores de una sola? Y si ellos no pueden sentir el verdadero amor, ¿cómo va a ser posible que una mujer lo sienta por ellos...?

Además, que cometen la tontería de buscar compañera no entre las mujeres humildes y obscuras, entre las cuales tal vez hallasen alguna que, poseida de una incondicional admiración y sostendrá por el interés, fuese capaz de sacrificar su felicidad a la del ser amado, pero ¿cargar con ellos y toda su frívola vanidad una artista mimada también por la admiración popular y atacada probablemente de su mismo mal?...

Eso jóvenes bellos, si no quieren unir sus destinos a los



de una mujer, por humilde, acostumbrada ya al sacrificio y que quiera sentirse un poco madre para aguantar con santa resignación todas sus ridiculeces, caprichos y egosismos (y he dicho madre porque solo las madres pueden llegar a tanto), han de renunciar al matrimonio y al amor.

La mujer quiere, por lo menos en los primeros años de casada, hallar en su marido una ternura, una devoción, un cariño que seguramente el hombre que cultiva su belleza sólo puede dar a sí mismo. La mujer quiere sentirse un poco dueña del ser amado, y esos jóvenes bellos de la pantalla pertenecen un poquito a cada una de sus innumerables admiradoras. Todas ellas suspiran de lejos por ser la mujer del nombre admirado.

Aquella que lo logra debe de percatarse pronto que lo vivo no corresponde a lo pintado, que aquel hombre que parecía tener un gran corazón (el de los personajes de las películas que interpretaba) carece de él en realidad, tal vez porque fué cedendo un poquito a cada uno de aquellos personajes de la cinematografía.

Mas si por azar el bello galán tiene, además de una buena figura, un corazón tierno y sensible; si en realidad se parece a los jóvenes de la pantalla, que se enamoran de veras y que saben enamorar a las mujeres, ¿cómo va a resistir las acechanzas de éstas? Sabed que uno de esos ases de película, cuyo nombre no recuerdo ahora, fué raptado (!) por una de sus incandescentes admiradoras.

Imagináis la cantidad enorme de ridículo que una aventura semejante hace caer sobre un hombre?

Cierto que a no todos los bellos galanes de la pantalla, afortunadamente, les ocurre lances de una tan aguda comidilla, pero a quienes tengan el corazón un poco sensible y no puedan resistir las abundantes aventuras sentimentales que deben de salirles al paso, ¡qué de complicaciones, de disgustos, de lances, no todos inofensivos, de decepciones y de peligros afrontar, v. todos ellos, no fingidos como los de la pantalla, sino reales!

Se comprende perfectamente que esos hermosos galanes jóvenes del cine, con corazón o sin él, no puedan ser felices. «Ay, infeliz de la que nace hermosa», dijo el poeta. «Ay, infeliz del que nace hermoso», pudo decir también... Y ved cómo la sabia naturaleza distribuye equitativamente sus dones.

Con la riqueza suele dar la avaricia o la tontería, para que el goce de aquélla no pueda ser completo; concede salud y alegría a muchos pobres, con lo que vienen a ser más afortunados que los ricos; otorga a muchos feos mujeres bellísimas, que, además, les son fieles, y hace que a esos jóvenes de elegante figura, de perfil apolíneo, de mirada enloquedora, o no tengan corazón o si lo tienen, sólo pueda servirles para complirles la existencia.

EL POETA ESPAÑOL

Adiós a Santiago

Adiós, Santiago, te digo
y adiós, a tu cielo azul...
adiós, te digo de nuevo,
adiós, que me voy al sur.

Unos ojos llorositos
he visto, al partir el tren:
unos ojos llorositos,
unos ojos de mujer...

Brillaban los campos verdes,
pastos, maíces, viñedos...
y a porfía, aún más brillaba
azul y radiante, el cielo.

Brillaban los campos verdes,
recién regados...
brillaban los espejillos
del agua de los regatos...

Al decirte adiós, Santiago,
brillaban
el campo y el cielo
y el agua...

Y brillaban,
Santiago, al partir el tren,
las lágrimas en los ojos
de una mujer...

Trigos

Tierras de las meses rubias,
lomas y ladera de oro,
tierras de pan, meses rubias,
¡tesoro!

Tesoro, pan, hostia santa,
trigos dorados
con el sudor de los hombres
regados...

¡Trigos!... En el arrasado
campo las muertas gavillas,
las hoces, los segadores...
¡muerta miés, pan de la vida!

¡Trigos!... Después de trillados,
grano y paja...
¡Trigos!... Después de trillados,
oro y plata...

¡Trigos!... Después de segados,
el campo rastrojo...
Luego lumbre, humo, ceniza,
el oro!...

Vicente Medina, Canta a Chile

Se encuentra en Chile, de
paso para la Argentina, el au-
tor de "Aires Murcianos", que
ha querido anticiparles a los
lectores de "Para Todos" al-
gunos de sus poemas dedica-
dos a Chile, absolutamente
inéditos.

El "¡Ya!"

Cuando yo me vine a Chile,
quién me había de decir
que iba yo a encontrar en él
algo más dulce que un sí.

Fué cuando yo te encontré
y al hablar
a cuanto yo te decía,
tú me respondías ¡ya!

La cosa estaba bien clara
y pronto vi
que era el "¡ya!", como decirme:
"Bueno, sí".

Como decir, "ya comprendo",
en mi tierra es este "¡ya!",
pero, en Chile y en tu boca
era algo más...

Vendías en la estación
fruta fresca
y tejías redecitas
para ofrecerla.

Buscando la fruta fresca
me arrimé, al verte.
¿Manzanas? "¡ya!"—me dijiste—
y me tendías tus redes.

Preso en tus redes estoy
y no me podré soltar
porque para retenerme
a todo me dices: "¡ya!"

Busco Reposo y Olvido

Si yo me he venido a Chile,
ha sido para olvidar...
ha sido para empaparme
de belleza y de bondad...

Y hasta en Chile tú me hostigas,
pues tú vives para odiar...
¡y hasta en Chile me das lástima,
pues yo vivo para amar!...

Riberas del Bío-Bío

Las huertas de Chiguayante
en el Bío-Bío se miran,
ufanas de contemplarse
tan bonitas...

Huertas de frutas y flores...
regalo fino
con los congrios
de las bocas del Bío-Bío...

Anchas aguas en Hualqui
y jugosos arenales...
espejos del Bío-Bío
y maizales...

El Bío-Bío...
canales, corriente mansa...
hermosa vía fluvial,
algunas barcas...

Orillas del Bío-Bío,
porvenir..., virgenes tierras...
espejos incomparables...
lomas y verdes riberas...

Mucho te había cantado,
Valdivia, la de los ríos,
y aún me quedaba que ver
el Bío-Bío...

Orillas del Bío-Bío,
voy cantando
y en los espejos del río
me voy mirando...

Como estos del Bío-Bío,
yo no había visto espejos
que al cielo Dios se los pone
para que se mire en ellos.

Todas las tardes, al volver del colegio, tenían los niños la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allí lindas flores sobre el suelo y había doce melocotones que en primavera se cubrían con una delicada floración blanquirrosa y que, en otoño, daban hermosos frutos.

Los pájaros, posados sobre las ramas cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¿Qué di-
chosos somos
aquí!—se decían unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, residiendo siete años en su casa. Al cabo de los siete años, dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo.

Al llegar, vió a los niños que jugaban en su jardín.

—Qué ha-
céis ahí?—les gritó con voz agria.

Y los niños huyeron.

—Mi jardín es para mí solo—prosigió el gigante.—Todos deben entenderlo así y no permitiré que nadie, que no sea yo, se solaze en él.

Entonces le cercó con un alto muro y puso el siguiente cartelón:

QUEDA PROHIBIDA LA ENTRADA, BAJO LAS PENAS LEGALES CORRESPONDIENTES.

Era un gigante egoista.

Los pobres niños no tenían ya sitio de recreo.

Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar y los árboles olvidábanse de florecer.

En cierta ocasión, una bonita flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartelón se entristeció tanto, pensando en los niños, que se dejó caer a tierra, volviéndose a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

La primavera se ha olvidado de este jardín—exclamaban.—Gracias a esto vamos a vivir en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped y el hielo revistió de plata todos los árboles.

Entonces invitaron al viento del norte a que viniese a pasar una temporada con ellos.

Y el viento del norte aceptó y vino. Estaba envuelto en pieles. Bramaba durante todo el día por el jardín, derribando a cada momento chimeneas.

—Este es un sitio delicioso—decía.—Invitemos también al grano.

Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo, hasta que rompió muchas pizarras. Entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, lo más de prisa que pudo. Iba vestido de gris y su aliento era de hielo.

No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar—decía el gigante egoista, cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín hosco y frío.—¡Ojalá cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba, ni el verano tampoco.

(Continúa en la página 72)

EL GIGANTE EGOISTA

Por

OSCAR WILDE

Intentaron jugar en la carretera: pero la carretera estaba muy polvorienta, toda llena de agudas piedras, y no les gustaba.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pájaros y florecillas.

Solo en el jardín del gigante egoista continuaba siendo invierno.

CALENDARIO SEMANAL PARA CONSERVAR LA FELICIDAD DEL HOGAR

Lunes.—

Para él: Estudia la entonación de tu voz antes de decir: «Vuelta otra vez, le falta un botón a la camisa».

Para ella: Las monadas y juguetes de la gatita, conservalos pero no los desarrollos con las mismas características que los de la gata.

Martes.—

Para él: Si te demuestras grosero con «mamitas», ¿qué puedes esperar de tu hijito?

Para ella: Demuestra el mismo carácter encantador en tu casa que en la de tu vecina.

Miércoles.—

Para él: Cuando precises urgentemente alguna prenda especial limpia, mándala a lavar antes y no después que venga la lavandera.

Para ella: Resulta muy mal un enojo cuando el marido se demuestra chacotón.

Jueves.—

Para él: Cuando te arregle, limpiale y

componga tu ropa, ofrécele palabras de estímulo y no de crítica.

Para ella: El hogar y la casa son lugares muy queridos, pero no está de más alejarse de ellos alguna vez que otra.

Viernes.—

Para él: Siempre hay el buen lado en todas las cosas, mi querido amigo.

Para ella: No llores por lo que ya no tiene remedio. Trata de arreglarlo lo mejor posible y sigue la vida.

Sábado.—

Para él: Es bueno progresar, pero es malo ser avaro.

Para ella: Puede que tengas razón de estar amargada, pero piensa antes si no resulta mejor endulzar el amargor.

Domingo.—

Para ambos: Si conservan una buena conciencia y un cuerpo sano, tendrán que dar a Dios las gracias, porque han recibido dos de sus más grandes beneficios.

PARA TODOS LOS GUSTOS

DULCE DE SANDIA

Se corta la sandía en tajadas, se les saca las cáscaras y parte de la pulpa y lo que quede que viene a ser la parte blanca con un poco de pulpa rosada, se vuelve a cortar en forma distinta, bien en cuadritos, redonditos, estrellitas y rueditas, etc.

Luego se pone cinco minutos en agua con una cucharada grande de azúcar. Después de este tiempo se enjuaga bien en agua y después se hace hervir por un rato.

Una vez hervida, se retira del agua, se escurre bien, se pesa y se pone en un almidar liviano dejándolo tomar punto a un fuego suave.

El almidar se hace con igual peso de azúcar que de fruta, se perfuma con vainilla y se le añade el jugo de un limón para que no se azucare.

BELLEZA

PECAS

Se hacen fricciones con jugo de limón en el cual se pondrá una pequeña parte de bórax y otra de azúcar en polvo. También es muy bueno lavarse por la noche con agua muy fresca y frotarse en seguida con un trapo empapado en leche de almendras.

INFLAMACION EN LOS OJOS

Se bate una clara de huevo con un poco de alcanfor y azúcar hasta que quede como una espuma. Se hace con esto una cataplasma y se aplica al ojo enfermo.

ENSEÑANZAS CONYUGALES POR UN MARIDO FELIZ

Indudablemente que a no ser que uno no tenga remedio, puede aprender mucho, con buena voluntad.

La vida de casado es un buena enseñanza.

Vez pasada estuve de visita en mi casa una encantadora tía vieja, y después de despedirse de mi mujer la miró con extranería y no dijo nada más, pero al pedirme que la acompañara a la estación, en el camino y repentinamente, sin darme lugar a reflexionar, me preguntó:

«¿Qué le pasa a tu mujer?»

«Pregúnteselo — le contesté — yo no sé qué tiene, pero la encuentro muy cambiada».

Entonces mi querida tía, sin rodeos me lo dijo:

«Tu mujer extraña tus demostraciones de cariño, tus faltas de atención

para con ella. Tú no sabes, tonto, que la mujer se resiente al verse tratada con indiferencia».

«La mayor parte de los hombres descuidan a sus mujeres y se creen que una mujer conseguida hombradamente es un mueble comprado al contado, pero no saben que esa mujer tiene su dignidad, su amor propio y no comprende al principio, por qué ese novio cariñoso y gentil en otro tiempo, sin motivo aparente de ninguna especie se ha vuelto indiferente intenciosamente para con ella. Tu mujer piensa todo eso. Vuelve a ser lo que eras cuando novie y la verás feliz y contenta».

Mi tía tenía razón, ahora somos muy felices y mi mujer sonríe y no frunce más el ceño. He seguido el consejo de mi buena tía.

ALGO BUENO QUE NOS HARÁ PENSAR

El más peligroso de nuestros consejeros, es el amor propio. — Napoleón I.

Gladstone.

La moda es una forma de fealdad tan intolerable, que cada seis meses tenemos que modificarla. — Oscar Wilde.

La madre es el único Dios sin ateos en la tierra. — Legouvé.

El más grande benefactor de su país será aquel que llegue a inventar una industria que permita a cada madre de familia ganar su sustento sin

abandonar el hogar doméstico.

Ruskin.

Elegir la lectura es tan necesario como elegir los alimentos. — Ruskin.

Franklin.

No podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas. — Séneca.

Séneca.

El amor a los padres es el fundamento de la virtud. — Cicerón.

BELLEZA

RASPADURAS EN LOS LABIOS

Cera virgen, 12 gramos; aceite de oliva, 66 gramos. Se derrite la cera al banomaria y se le mezcla el aceite. Se puede aromatizar con unas gotas de esencia.

PARA ORZUELOS

Heropaina, 30 gramos; vaselina, 8 gramos. Se hace una pomada, se untan los párpados con ella y se les da un pequeño masaje. Esta pomada es buena también para la caspa de los párpados.

EL LIMÓN

En el tocador debe tenerse un limón cortado y antes de enjuagarse las manos pasarse sobre ellas la parte descubierta y restregarlas para que penetre el zumo en la epidermis. La piel entonces tendrá un hermoso aspecto, se presentará suave, blanca y delicada.

LA QUE DESEA SER FOTOGENICA

El ya de por si vasto puntal del estudio exagerabase y haciese misterioso con las luces verdes *Kleig*, intolerablemente brillantes. Daban éstas la impresión de una neblina de especial carácter y la ilusión desarrollabase aún más donde se interceptaban las distintas sendas de luz, como vapores matinales elevándose del agua.

Este fenómeno envolvente hacia las actividades de los hombres y las mujeres que andaban por allí y se movían con rapidez de un lado a otro, sobre el piso, semejantes a las de hormigas, sin sentido y singularmente desesperadas. Iba a comenzarse una nueva película. El director, sentado a un lado, veíase acosado por un sin fin de preguntas hechas por su estado mayor y junto a uno de sus codos había una muchacha que quería saber todo lo concerniente a una prueba de pantalla. Decía querer saber qué dificultad había habido. No se apartaba del codo del director e insistía en saber.

—Hombre, la dificultad—dijo éste, mirándola con incertidumbre al rostro.—La dificultad...

—¿Cuándo empezamos la obra, jefe?—
—Escenario tres. Mañana por la mañana.

—Decía Ud. que la dificultad?

—La dificultad.

—Va a representar Miss Bow?

—Llámela a las 8 en punto.

—¿La dificultad?

—Maquillaje oscuro?

—Maquillaje?

Ningún maquillaje. Vamos a tomarla con el pancromático.

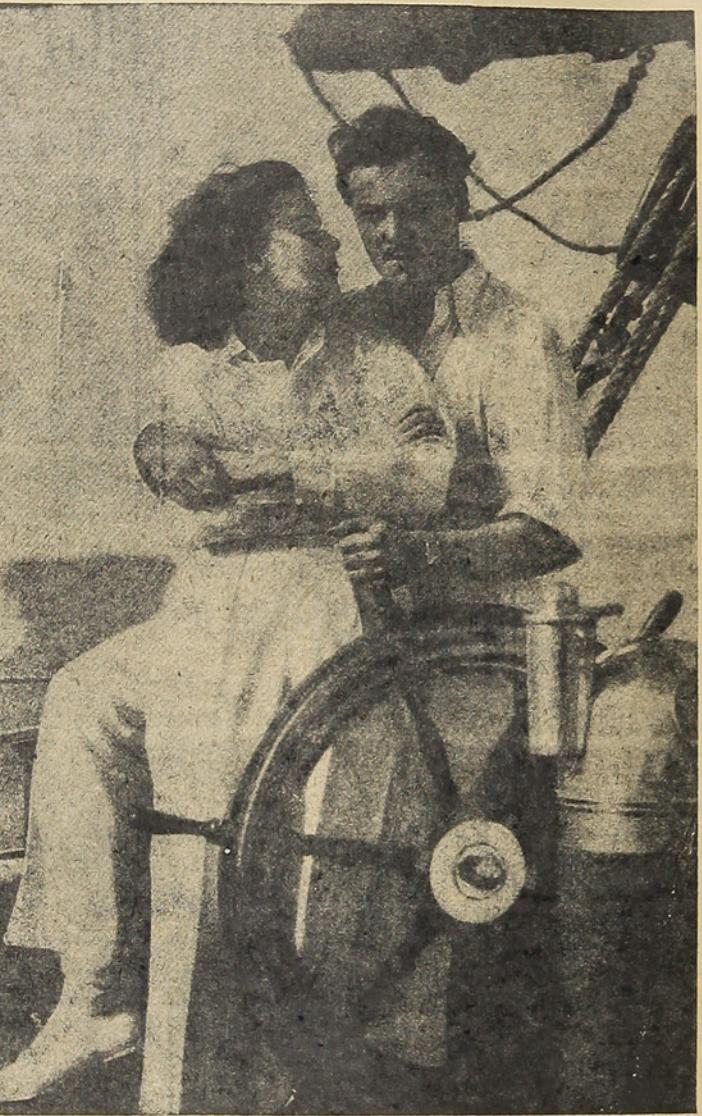
—La dificultad?

—Trajes?

—Claro que sí. ¿Qué rayos?

—Hombre, yo no soy adivino.

—Decía usted que la dificultad...



El director volvió a alzar la cabeza para mirarla. Tenía los ojos preocupados y vacíos.

—Hombre, la dificultad fué, deja ver... la dificultad estaba en tu... tu... tu... nariz.

—En mi qué?

—Tu nariz.

—Mi nariz?

—Hombre, nada tiene de malo, salvo para la pantalla.

—¿Qué de malo tiene para la pantalla?

—Que no es tan derecha como debiera ser.

—¡Que no es derecha!—Se llevó las manos a la cara. Pasó la punta de los dedos con incredulidad por la bien cortada línea de su nariz.

—No es del todo perfecta. Es un poquito más alta de un lado que del otro. Probablemente tú no lo has notado nunca, pero la cámara lo capta todo. Y, además, resulta demasiado larga...

Los ojos de la joven estaban llenos de asombro incrédulo.

—En la pantalla luce un poquito fuera de lugar.

—Podría ver yo la prueba?

—Lo siento mucho.

—Pero, a lo demás no hay nada que objetar. ¿Verdad? Me refiero a la acción y a todo lo otro.

—Oh, sí. La acción estaba bien.

—De modo que todo depende de mi nariz.

—Había perdido su papel a causa de la nariz.

—Gracias—dijo de repente. Giro en redondo y se marchó. Los que allí había estudiaronla mientras caminaba con paso igual y ritmico a través de la puerta y se alejaba.

—Debieran ustedes examinar con más cuidado a estas muchachas—quejóse el director.

—Usted mismo fué quien la escogió.

—Bueno, después de todo, ¿qué de malo había en esta muchacha?

—¿Estás loca?—dijo Irene, su compañera de alcoba. Tienes una nariz perfecta.—“Muy alta por un lado!”—repitió burlona. Pues, es mentira, y, además, si fuera cierto eso, podría arreglarse con el maquillaje... ¡Y demasiado larga! Ningún larga. Es exactamente como debe ser. No te atrevas a ponerte a reforzar tan linda nariz como tienes, Estela. Te la echarías a perder.

—Pues, mira, Corinne Griffith.

—Oye, querida. No voy a discutir contigo. Te enfureces tan sólo de pensarlo. Si te haces alguna alteración en la nariz, te va a pesar.

—Mira Helen Ferguson. Muchísima gente se lo ha hecho.

—Pero si tu nariz es perfecta, hija.

—Pues, no lo es. El director me dijo que no lo era.

dijo que la dificultad estaba en mi nariz. Me dijo que todo lo demás estaba muy bien, salvo mi nariz.

—Pero, imaginate si coges una infección o algo...

—A nadie le ha pasado.

—A tí pudiera pasarte. No hay seguridad.

—Pues ahora no me voy a poner a trabajar como extra.

Nunca se me presentará otra oportunidad. —No te preocunes. Ya vendrán muchas oportunidades más.

—Pero las perderé, como he perdido ésta. A causa de mi nariz.

—Pues te vaticino que te va a pesar.

• • •
El Dr. le dijo que la cosa podía hacerse por la parte de adentro. Toda la operación podía practicarse desde la parte interior. No había necesidad de romper la piel. El lado izquierdo podría reducirse con un raspado. Podría acortarse la nariz. Todo podía hacerse desde el interior.

—¿Cómo luciría después de la operación?

El médico le hizo un dibujo... ¡Ya lo cree que habrá diferencia! Bien a las claras veía ella la diferencia que había.

—¿Y así es como luciré?
Sí, así era como luciría.

—¿Y usted cree que yo debo?..., ¿qué haría usted?...

—Eso a ella le corresponda decidir.

• • •
—¡Y ella que era la cosa más linda del mundo! La cosa más linda. Ojos divinos y tez finísima, ¿sabe usted?, y dientes parejos parejos y blancos. Ya le dije yo que le iba a pesar. Yo se lo dije, le dije: “Estela, te lo aseguro, te va a pesar”. Pero usted sabe lo que pasa cuando a una persona se le mete una idea en la cabeza. Discutiendo no logra una sacársela. Sin importarle un bledo lo que una le dice, se sale con las suyas. Ella se resolvió desde el principio y nadie ni nadie hubiera podido detenerla.

—Yo no sé lo que ese cirujano podía haberle hecho, pero lo cierto es que ha formado un lio en la cara... Tiene toda la piel contraída y arrugada. Yo no sé qué pudo haberle hecho. Ella no hacia más

que pensar que ya se le pondría lisa, pues él dijo que tardaría un poco. Pero la cosa no cambiaba y ella no quería salir de casa.

—Sin embargo, la pobre mostraba mucho valor. Nunca lloraba. Sabía que no podía culpar a nadie fuera de sí misma. Se pasaba el día sentada en un rincón, sin llorar. Por lo menos la única vez que lloró fué el día que regresó de ver al médico. Por último, se había decidido a ver un médico y éste le dijo que él no podía hacer nada.

• • •
—Le dije que era un desfiguro permanente y que tendría que acostumbrarse a él. Que cualquiera cosa que él pretendiera hacerle, no serviría más que para empeorarlo. Le aconsejó que era mejor dejar la cosa como estaba. ¿Verdad que es una vergüenza? ¡Es una vergüenza! Ya la pobre no podrá trabajar más en el cine. Yo se lo dije: le dije: “Estela, te va a pesar”.

El director estaba a punto de comenzar otra película. Veíase acosado por mil pre-

Por John Monk



Clara Bow

guntas de su estado mayor y a su codo había una muchacha que deseaba saber el resultado de su prueba de la pantalla. Sin embargo, su oído percibió la última sentencia que su auxiliar le decía a alguien.

—...y, desesperada, se mató.

El director giró rápido en su sillita.

—Quién se mató?

—Salio en el periódico esta mañana. ¿No recuerda usted aquella muchachita, aquella extra que probamos para el primer papel?

—A qué extra se refiere?

—No de esta película. De la anterior. Aquella rubia...

—¿Cómo lo hizo?

—Con veronal. La llevaron al hospital y le propinaron un lavado de estómago. Pero de nada le sirvió.

—No me acuerdo de ella. ¿Qué aspecto tenía?

—Tiene que acordarse. Usted mismo la seleccionó. En la escena de la fiesta española. Aquel día en el campo.

El director movió negativamente la cabeza.

—La del traje vasco. Con la mantilla blanca. La rubia.

—Ah, sí. La de la nariz larga.

PARA UTILIZAR EL POLVO DE CARBON

He aquí un medio para utilizar el polvo de carbón que por lo general se tira por creerlo inútil para el servicio de la cocina.

Se hace una pasta semi líquida con agua, yeso y arcilla, a la que se le agrega polvo de carbón en cantidad suficiente para dejar muy espesa la mezcla. Cuando esta mezcla se seca, queda convertida en una pasta fina muy dura que puede cortarse en pedazos para servirse de la cocina.

Esta pasta arde con gran facilidad y desarrolla mucho calor, resultando además un combustible baratísimo.

LAS MUJERES EN VEINTE AÑOS MAS



Es fácil profetizar; el profeta puede realmente manifestar cualquier cosa, ya que los incrédulos deben esperar veinte años para responderle. Por más autora famosa que sea, tengo mis dudas sobre si después de tantos años, podrá existir alguien que recuerde algo de lo dicho. De manera, pues,

cos únicamente por mujeres al mando de Catalina Dobo, de tal suerte que los turcos viéronse obligados a levantar el sitio y a retirarse.

Después de tales antecedentes, es natural que la mujer, que demostró ser un camarada capaz y hábil de hombre, fue-

que no deja de ser una ventaja. Lo principal es si habrá quien pueda interesarse escuchando mis opiniones sobre el tema de la mujer dentro de veinte años, teniendo en cuenta que la verdad no podrá ser controlada. Por mi parte, no dejo de tener desconfianza; pero, según parece, se trata solamente de una consecuencia de mi modesta condición natural y el público está hambriento y clamando por informaciones. Siendo así, no quiero prolongar por más tiempo su expectativa.

Pero, ante todo, es menester que nos entendamos mutuamente. Europa es una palabra que, geográficamente hablando, significa la mitad de una isla desprendida de Asia, pero en realidad indica un conglomerado de naciones en diversos grados de civilización. Como la civilización y los derechos de la mujer están perfectamente entrelazados, cualquiera puede advertir lo fácil que resulta hablar claro y en conjunto de la cuestión femenina europea. Pues, ¿cómo sería posible mencionar en un mismo plano la condición de la mujer británica y la de los Balcanes, la de los países escandinavos del Norte y la de España?

Aun en la Edad Media las mujeres tuvieron el derecho de votar cuando sus esposos fallecían o estaban ausentes peleando contra los turcos y sus hijos eran todavía menores de edad, y como los esposos generalmente se hallaban en la guerra, la tarea de educar a los hijos, tanto a los varones como a las niñas, enseñando a los primeros a combatir y a las segundas a ser madres de guerreros, la tarea de manejar la hacienda y a menudo hasta defenderla, recaía por lo general en la mujer. Hasta sucedió que una ciudad entera, la ciudad de Eger, fué defendida enérgicamente contra los turcos únicamente por mujeres al mando de Catalina Dobo, de tal suerte que los turcos viéronse obligados a levantar el sitio y a retirarse.

Después de tales antecedentes, es natural que la mujer, que demostró ser un camarada capaz y hábil de hombre, fue-

AÑOS MAS

Por la Condesa Margit Bethlen



ra considerada en todos sus aspectos apta para tener los mismos derechos que aquél poseía. En aquellos tiempos los derechos eran en realidad privilegio de los nobles, de manera que las mujeres a quienes me refiero pertenecían a dicha clase. Esto acontecía en todos los países europeos. Naturalmente que las mujeres que aún en vida de sus esposos, educaban, por decirlo así, solas a sus hijos, fueron consideradas capaces de seguir siendo sus tutores después de la muerte de aquéllos. Esto ocurría por ministerio de la ley, ignoró desde cuánto tiempo y nadie se atreverá a creer que existen países donde pudiera suceder lo contrario.

Así es, como durante cientos de años, las mujeres de Hungría han administrado sus propiedades, cosa que no poseen, según me han dicho, las mujeres de muchos países occidentales, y aún siendo casadas lo conservan. Si durante el matrimonio los esposos adquieren alguna propiedad, aún cuando fure con los ahorros del esposo, la mitad de aquélla pertenece a la esposa. Porque, como explica la ley, la mujer trabaja en su casa, aunque sin recibir remuneración, el equivalente al trabajo de su esposo, trabajo sin el cual, éste no sería capaz de realizar ahorros. Es digno de notarse que cada vez que la ley se aparta de la justicia, se inclina siempre a favorecer al sexo débil. Y es tanto más curioso cuanto que la ley en este país, lo mismo que en los demás, la hacen los hombres.

Lo dicho demuestra más claramente en la ley sobre la herencia, según la cual si el esposo fallece sin hacer testamento y dejando algunas propiedades, la esposa hereda parte de ellas y en el caso opuesto, vale decir a la muerte de la esposa, toda la herencia pasa a los hijos, y en caso de no haberlos, a la familia de la difunta.

La idea es que el hombre está capacitado para sostenerse por sí mismo y que su deber lo obliga a mantener a la esposa, aún después de su muerte.

Llegará por cierto el día en que la mujer obtenga todos los derechos que tiene el hombre, pero cuando este ansiado tiempo, anticipado con desaliento o entusiasmo, podrán las mujeres de mañana ser capaces de usar todos y cada uno de sus derechos? Tengo mis dudas al respecto. Pues se requieren muchas generaciones para desarrollar un músculo, hasta convertirlo en hereditario y el cerebro es más que un músculo. Los hombres, aparte de su fuerza natural, poseen

(Continúa en la página 72)

¿Cuáles serán las características de la moda en 1930? Si se ignora aún este detalle, podemos anticipar que todo su arte se reducirá a feminizar. Las más acerbas críticas no han podido impedir el triunfo de las largas túnicas de solré. ¿Qué mujer se atrevería en el momento actual a presentarse ante las luces de un salón ataviada con una de aquellas cortas camisas que se llevaban hasta hace poco?

Ya no se volverán a ver por las calles las faldas detenidas a al altura de la rodilla.

Si todavía el sastre permanece en su longitud conveniente, en cambio los vestidos de sport y de tarde se encaminan lenta-



LA MODA EN 1930



mente al encuentro del extremo del calzado, y bajo el sombrero, la nuca, antes afilada, se verá adornada si no de ondas y bucles, que no son de todos los gustos, al menos conservarán el largo adecuado para no necesitar el nefasto servicio de la mala navaja.

En cuanto a colores, colecciones enteras confeccionan los grandes modistas en todos los tonos del azul como asimismo del violeta.

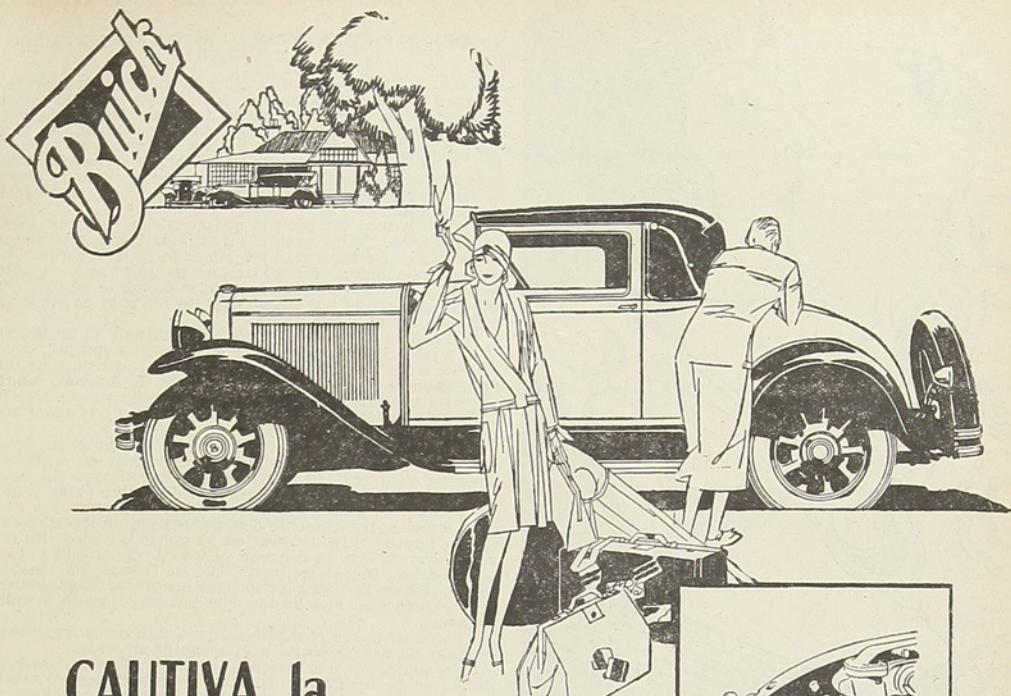
En el paréntesis de verano que aún nos queda, podemos admirar modelos conocidos. El género breischwartz compone tailleur clásicos; el georgette, en su diversidad de matices es de una alegre festividad en materia de trajes de solré y de absoluta severidad el negro.

Las lanas eternamente jóvenes conservan su imperio todavía, y la variedad con que

Crêpe georgette negro; la irregularidad de la falda va montada sobre cortes irregulares. Escote formando echarpe.

este año se inicia se prestará a confeccionar verdaderas creaciones. Rodier habla muy claro en este sentido; en todas sus creaciones hay novedades en géneros de lana, adaptables a todos los modelos, que tienden a seguir la ruta de los modelos de la ante-guerra; naturalmente ésto es indiscutible. ¡Acaso la precisión del tallo no nos hace recordar los modelos de 1914? Se nos anuncia, además, que volverá a reinar el imperio del busto. Nos atrevemos a negarlo, pues la cirugía estética protestaría.

CLAUDIE



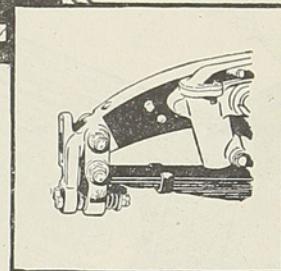
CAUTIVA la Admiración Femenina

Hay "algo" en los nuevos BUICKS que cautiva el buen gusto de la dama de sociedad.

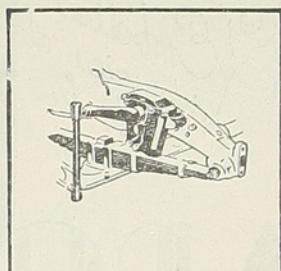
Y es lógico, después de todo, que hable con orgullo de "su" BUICK; de la gracia elegante y atractiva de su carrocería modernísima; de la armonía en su colorido interior y exterior; de la suavidad con que funcionan el embrague y los frenos; de la facilidad con que ejecuta los cambios de velocidad; del lujoso tapizado y reflejantes herrajes; del asiento graduable del conductor; de los mil y un detalles que justificadamente impresionan la delicadeza femenina...

La próxima vez que pasee por la ciudad o por la carretera, fíjese cómo el público se detiene a admirar la belleza del nuevo BUICK. Entonces comprenderá por qué conquista la aprobación universal de la mujer.

¿Por qué no lo prueba Ud. personalmente, y se convence por experiencia propia? Le basta para ello solicitar una demostración, sin compromiso, a sus agentes:



El nuevo mecanismo de dirección y el neutralizador de sus reacciones, que facilitan la conducción suave y cómoda.



Los amortiguadores hidráulicos de doble efecto y los muelles semielípticos que brindan absoluta comodidad en la marcha.

Valparaíso

MORRISON Y CIA

Santiago



JABON
DE
ROSS
(Certificado Puro)

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

Consejos del Doctor

DEBEMOS REGLAMENTAR NUESTRA ALIMENTACION EN INVIERNO?

Durante la estación fría, nuestra alimentación pierde calorías, y es preciso procurar recuperarlas, y la única forma de conseguirlo es persiguiéndolo en la alimentación. En los climas temperados, existe la costumbre de condimentar el mismo menú en invierno y verano. ¿Es acaso razonable nutrirse en el mes de diciembre como un napolitano y en agosto como un lapón? Puesto que para nuestros trajes seguimos la curva de la temperatura, ¿por qué no hacer otro tanto con respecto a la alimentación?

Examinemos un poco lo que conviene consumir durante los días fríos. Desde luego la grasa, toda la grasa posible; encontraremos en ellas grandes generadores de calorías. Puesto que os he hablado de los lapones, no ignoráis que éstos, naturales de los países fríos, toman un vaso de aceite de foja con la misma avidez que nos suministran un vaso de vino. Naturalmente saben lo que hacen.

El azúcar no es menos útil al organismo, es un buen alimento para los músculos, que la consumen mucho; es también un buen productor de calorías y no conviene abandonarla cuando el termómetro desciende de 0. Además, aumenta el poder antitóxico del hígado. Lo expuesto no da derecho a abusar de su uso, sino simplemente a usar, y hay entre ambas palabras una gran diferencia.

Las féculas ocupan el tercer lugar en la lista de los productores de energía calórica; las carnes vienen en seguida sólamente, y su utilidad reside en que constituyen un notable tónico nervioso, y luchan contra la depresión más o menos acentuada que produce el frío sobre el organismo.

Lo que es francamente deplorable es el alcohol. No cometáis la imprudencia de creer en su poder benéfico. No creáis en el error de que un pequeño vasito de cognac entra el cuerpo en calor. No, al contrario, enfria. Parece, sin embargo, cuando recién se ingiere, que hace aumentar la temperatura, pero es tan sólo una ilusión que ha sido funesta a muchas personas.

Contentaos con el café o té, que están en su lugar cuando se trata de dar un azote a la máquina orgánica.

En definitiva, en invierno, es necesario tonificarse para aumentar la resistencia contra las infecciones microbianas que nos amenazan más directamente, y debemos observar ciertas reglas alimenticias para evitar el debilitamiento.

DR. A. THIBAUT

Estudio de las Manos de los Novios



No se trata de quifromancia, pero si es verdad que la mano revela mejor el carácter que la boca.

Por ejemplo, la muchacha a quien los hombres llaman «mujer útil», es decir, la buena ama de casa, posee unas manos que no responden precisamente al tipo estético: son manos de palma ancha, con dedos robustos; un poco macizas; y dedos pulgares particularmente gruesos. La muchacha que tiene manos largas, delgadas, bellas, con dedos delicados, no es la más conveniente para el hombre de la clase media que busca una buena ama de casa. Hay también las manos regordetas a veces adornadas con hoyuelos.

Estas prueban quizás temperamento afectuoso, pero no indican siempre disposiciones para los quehaceres domésticos.

«Y las muchachas?... Ellas deben de fijarse en todo esto: si el novio fuma pipa o cigarrillos; si los pantalones están enlodados; el modo de contar en cambio de una moneda; a qué ángulo de inclinación suele llevar el sombrero; la posición que adopte el prometido cuando descansa.

De todas estas observaciones, la novia podrá conocer si el prometido es limpio o no; minucioso o indiferente y desprecioso; energético o perezoso; prudente o agresivo; nervioso o timido o más bien hombre seguro de sí.

Estudien minuciosamente las manos de los futuros antes de consumar el pacto matrimonial.

Cómo se cura el cutis

Si la belleza sólo consiste en el cutis, entonces el buen cutis resulta indispensable para ser bella.

En realidad, una chica con feo cutis pierde su mayor atractivo, puesto que una chica por más irregulares que sean sus facciones, si posee un lindo cutis tiene ganado su primer puesto en la carrera.

Ahora bien: la base principal para un buen cutis es una buena salud, y una vez adquirida ésta ya se ha ganado más de la mitad en el camino de la buena apariencia física.

Es más la gente de mal cutis debido a su mala digestión de lo que se cree. No todas las personas tienen la felicidad de tener buenos estómagos y poder comer de todo.

Es cierto que resulta muy duro privarse de tantas cosas buenas y delicadas, pero el resultado de esta privación es el obtener un buen cutis, cosa que creo merece el sacrificio.

La fruta es inapreciable.

El valor de la fruta es inmenso porque



Resulta muy duro tenerse que privar de tantas cosas ricas.

CHISTES

—Adiós, Nemesia, y ¡qué requeguapa estás!

—Chico, siento mucho no poder decirte lo mismo.

—¡Rediez! y qué embusteros somos los dos.

—Eres un desgraciado, un cínico, un gandul; ignoras acaso que todos los que estamos en la tierra tenemos obligación de trabajar?

—Es verdad; pero... me haré marinero.

—Vaya una biblioteca más amorosa tienes, niña.

—¡Ay sí! Aquí no busqué ni ciencia, ni técnica; todo es amor, mire: Pablo y Virginia, Abelardo y Eloisa, Romeo y Julieta, Daoiz y Velarde.

—¡Jesus, María y José!

—¿Qué parecido hay entre un marino y un sacristán?

—En que recogen velas.

Lo más digno de confianza para los dolores de cualquier clase, es la Cafiaspirina. No sólo alivia rápidamente, sino que levanta las fuerzas y regulariza la circulación de la sangre, proporcionando así un saludable bienestar.

BAYER

Los médicos la prefieren porque no afecta el corazón ni los riñones.

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcóolicos, etc.

CAFIASPIRINA (M.R.) Ester compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con Caffeina.

ella contiene ácido cítrico y otros ácidos necesarios para la naturaleza.

Un cutis mate, opaco, indica la necesidad de algún medio para purificar la sangre. Un excelente medio, por ejemplo, es tomar una taza de manzanilla todas las mañanas antes del desayuno. Es bien sencilla de preparar, y todo lo que hay que hacer es poner en una jarrita nueve o diez flores de manzanilla y echarles encima un cuarto litro de agua hirviendo. Déjela en infusión durante cinco minutos y luego filtre y bélbala fría.

Pocas chicas se dan cuentan del mal que le hacen al cutis poniéndole polvo y roncando el día entero sin tomarse el trabajo de despojarlo del que se han puesto antes.

Con esto no hacen más que tapar los poros que juntan a la grasa que emanen, el polvo y el rouge para formar con estos tres elementos una pasta cubierta de tierra.

La piel grasosa y amarillenta indica que hay poros dilatados y propensión a barros. No hay mejor cosa para esto que darle unas buenas fricciones con uno de esos guantes finos.

LECHE CONDENSADA
..MIRAFLORES..



EL MEJOR PRODUCTO
AGENTE/GENERALES/
GRAHAM, ROWE & Co.

Etapas Sentimentales

Triste, como la sombra de un sauce sobre un abrevadero, en el cual se ha fundido la última gota de azul del crepúsculo, pensativo, mi corazón se inclina sobre el recuerdo de ayer, de esa hora, también crepuscular, en que cerca a una fuente milenaria, vecina a la Ciudad Eterna, unos labios muy jóvenes me besaron de Amor;

y, me estremezco, como se estremecían en aquella hora las aguas taciturnas de la fuente, sobre las cuales moría el sol, como una gran caricia...

como se estremecía en silencio el alma de los jardines, impregnados de azul, un azul de olas aullantes;

y, pienso que hay momentos de locura;

y, tengo piedad por la Locura y, por el Crimen; por esos



FAJAS de GOMA

¿DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90 hasta 120. UNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A Provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "Soug-Roller", para combatir la gordura.

PRECIOS: DESDE \$ 40.—

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA
de Julio Heerwagen

Santo Domingo, 2048
Teléfono 88915

SANTIAGO
Casilla 3665

RECHACE
LAS
IMITACIONES

CASA HEERWAGEN
SANTO DOMINGO
2048

dos gemelos que vagan por el mundo, y, se detienen también a orillas de las fuentes;
y, se miran en ellas;
como dos sauces en un abrevadero.

y, todo eso que murmura en la Noche, canta en mil corosales del Silencio, cual si brotase del corazón de los jazmines abiertos en holocausto hacia la Noche; ¡radiosos lirios blancos!...

y, todo eso que murmura en la Noche, canta en mi corazón;

el gran Himno Imposible, de aquello que no puede vivir...

Extraño rayo de Amor, que te empeñas en llegar hasta mi Vida, juguetón, como un silfo en el cáliz de una rosa, ¿no ves que lo que besas está muerto? ¿no ves cómo está triste la ceniza, donde el rojo encendido de la llama fenece? ¡ah! ¡deja dormir mi corazón, en el oro de sus tinieblas, que son suntuosas!

mi corazón, que aún sonríe a los astros remotos, como un gran lís pálido, que los pálidos dedos de la Muerte, comienzan a deshojar;

yo, voy hacia la caricia de las auroras lejanas, como una vaga hoja temblante, que huye de las caricias de la Tierra.

Yo, haré de mi corazón un Relicario, para guardar el recuerdo de estos momentos inolvidables, que irán conmigo a la Muerte.

este rayo de aurora, que pugna por descender lentamente, hasta el fondo de mi Vida, no turba, sin embargo, mi denso crepúsculo, la divina paz de mi corazón; la belleza del amor, ha muerto en mí...

¿qué sobrevive en mi corazón, a ese sentimiento agotado?... el amor de la Belleza; ¡triste caricia del Otoño, sobre las últimas rosas que se obstinan en vivir!...

¿por qué se inclinó esta rosa triste, sobre el corazón de este Otoño doliente?

¿por qué se ofreció a la amargura de esos labios desencantados?

joh, el amable secreto de las rosas!...

Habéis visto la sombra de los pájaros retardarlos sobre los senderos tiernamente tristes, en donde cantan las hojas una música glauca?

el duelo incierto del azul proyecta esas sombras, desmesuradamente, sobre la Tierra, dormida en la quietud dorada del crepúsculo... así ciertas sensaciones en la acre dulzura fatigada, de los corazones que han vivido mucho; y, no quieren ya vivir;

¿cómo puede haber tanta intensidad, en un sólo momento de Vida, bajo un rayo de luna, blanco, como un himeneo?

¡cómo tiembla la fuente divina, bajo las manos impuras!... ¡cómo tiembla!



Por qué el vuelo de esa alma tan joven, sobre mi corazón, lo entenebrece, en vez de hacerlo blanco, como sus alas?

todo vuelo hace sombra sobre la Tierra.

Gran Melancolia, gran Tristeza, como de un pinar bajo la Noche...

tristeza que viene, de mis largos años suplicados, que quisiera olvidar...

mi corazón, absorbido por la noche verdealga, del Recuerdo, se rehusa a dejar entrar en él, ese rayo de sol, que ha de matizar su desnudez, sin embellecer su Soledad;

bajo el sudario, de muchos soles ponientes, hechos cenizas sobre él, duerme mi corazón;

ningún esplendor puede alzarla ya, sobre el horizonte gris de mi corazón...

sobre estos escombros que ahogan mi corazón...

Algo estremece mi alma, como una copa de agua limpia, sobre la cual cayese un pétalo; algo culpable, hace temblar la tranquilidad vetusta de mi corazón;

algo inexorable, como la Vida!

y, ¿no es la Vida misma?



ANITA PAGE,
famosa estrella de la Metro Goldwyn Mayer

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlace pulverizado. El porlace se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello, o de las superfuidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlace, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

La juventud optimista y sonriente se ríe de los rayos del sol

Eso es cierto; pero hay que recordar que juventud es sinónima de inexperiencia. Las

Los Encantos Femeninos

mujeres prudentes y avisadas que han sabido retener el aspecto juvenil de su cutis hasta bien pasados los cuarenta no han obrado claramente con tan ligera despreocupación, las quemaduras que el sol produce no sólo causan una viva sensación de dolor sino que también hacen que la piel se vuelva marchita, áspera y absolutamente impresentable. Las inteligentes damas que han adquirido la costumbre de la mercerilización nunca tendrán que sufrir la desfiguración de su cutis. Estas damas saben que con sólo aplicar cera mercerizada a las partes del cuerpo que se hallan expuestas a la acción de los rayos solares, repitiendo esta operación cada vez que sea menester salir al aire libre, se logra una invisible, pero, sin embargo, eficacísima protección para el cutis. Siguiendo diariamente este procedimiento y repitiendo las aplicaciones de cera mercerizada todas las noches, antes de acostarse, se consigue que la tez se renueve constantemente, de manera que ella ofrezca siempre la admirable apariencia de un cutis eternamente juvenil y tan bello como los candidos, sедenos y delicados pétalos de una margarita.

Mejillas rosadas

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrojadas, no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal, que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosal que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Los barrilllos dejan el campo

Un remedio de efectos francamente instan-

taneos contra los horribles puntos negros, la grasa y los anchos poros grasos del rostro, se da desde descubrirlo recientemente, y en la actualidad es empleado en el boudoir de toda dama inteligente. Es un remedio muy sencillo y es tan agradable como inofensivo. Echese en un vaso de agua caliente una taza de stymol, substancia que es posible adquirir en toda farmacia. Así que haya desaparecido la efervescencia producida por la disolución del stymol, lávese la cara con el líquido obtenido, empleando una esponja o un paño blando. Séquese la cara, y se verá que los puntos de pigmento negro han abandonado su nido para ir a morir en la toalla y que los anchos poros grasos han desaparecido, borrándose como por encanto, y dejando la cara con un cutis liso y suave y de una admirable frescura. Este tratamiento, tan sencillo, debe ser repetido unas cuántas veces, con intervalos de cuatro o cinco días, con el fin de lograr resultados de carácter definitivo.

El atractivo de los cabellos abundantes

La belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax purro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, contenido cada uno una cantidad suficiente para veinticinco o treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café illesta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

¿Tiene Ustedtos,

carraspa, ronquera?
Hace años que el
preparado de acción
segura

CRESIVAL

disfruta del mayor crédito como excelente para el trámite de las molestias de todos los fenómenos de enfriamiento de las vías respiratorias.

¡No vacile Usted ni un momento más! ¡Haga la prueba y el éxito le llenará de entusiasmo!



CRESIVAL

(M.R. - Solución de sulfocresolato de calcio al 3%)



M. R.



De todos los Reconstituyentes

la PANGADUINE

M. R.

es sin duda alguna el más poderoso y el más agradable de tomar.

Encierra todos los principios activos y alcaloides del aceite de hígado de bacalao.

El empleo de la PANGADUINE está indicado en la **Tuberculosis**, en la **Anemia**, la **Clorosis**. Es el medicamento por excelencia de los **Niños**, de los **Jóvenes fatigados** por el **Crecimiento**, de los **Neurasténicos**, de los **Convalecientes**.

Precisamente en los casos graves de **Bronquitis**, **Tisis**, **Debilidad** es cuando se debe recurrir a la PANGADUINE pues se podrá tomar, de esta preparación, una dosis suficiente para obtener la curación, dosis que sería absolutamente intolerable si se tratara de Aceite de Hígado de Bacalao, ó de cualquiera otra preparación con base de Aceite.

DOS FORMAS: Elixir. Granulado.
de venta. en todas las farmacias

¡Cómo se proyecta mi sombra, sobre el mar tenebroso
de la Pasión!...
la sombra de mi Deseo...
¡cómo crece!...
¡cómo crece!...

No he querido comprender sus ojos...
he cerrado los míos para no ver venir la tempestad...
y, sus dos ojos, grises y taciturnos, pestaneaban en el
fondo de mi corazón;
¡oh! punzante dulzura, de su mirada, húmeda y supli-
cante.

He ahí la tarde, que muere sobre el llano malva, y, la
quietud del Tiber, hecho una franja de agua solar...
la vía Appia, desnuda y brutal, entre sus muros de som-
bra;

silencios austeros;
paisajes de Misterio...
horizontes, llenos de apariciones inciertas;
entre el cielo y la tierra, ningún otro astro, que su
belleza deslumbrante, extrañamente pálida, que se inclina
hacia mí...
me toma la mano, sin hablar;
¿por qué tembla?
¿por qué llora?
¿qué me dice?...
sus labios son una arpa, que traiciona los secretos de su
corazón...
y, yo, me recuerdo haber amado...
¿cuándo?...
¿dónde?...

La iglesia de Santo Onofrio...
un pájaro de púrpura en las verduras áridas, quasi violetas,
en las tinturas anaranjadas del crepúsculo.
la encina a cuya sombra cantó el Tasso;
la colina Janiculense, dolorosamente calmada, bajo los cascos
del bronce del corcel garibaldino;
en los horizontes protenos, muere el divino sol fervido;
ternuras discretas en la angustia infinita de las cosas,
su alma joven, como una abeja entre rosales, vuelta...
vuela en el melancólico huerto de los sueños;
un músico ambulante, canta:

Amore e facile,
non è difficile,
se deve succedere
succederá...

su mano tiembla en la mía;
y, el triste ritornelo, suena en nuestro corazón;

...se deve succedere
succederá...

regreso lleno de sensaciones embrumadas;
cae el crepúsculo como una lluvia de oro;
y, su voz, como el vuelo de una pálida ala lejana, se escucha,
murmurando:

Amore e facile...
non è difficile...

¿Cuántos días han pasado?
en el fondo del Silencio dejó temblar mi corazón...
un deleite amargo me posee;
los paisajes evaporados de las nubes, no dicen hoy, na-
da a mi corazón; nada, los cerros lejanos, con color de estan-
ño, sobre los cuales un crepúsculo estratificado, hace preci-
picios de luz...
estoy demasiado lejos de Mi Mismo;
los paisajes me parecen naturaleza muerta; y, apenas si
viven, ante mis ojos;
todo Yo, estoy dentro de Mi Mismo; atento a Mi Mismo;
orgulloso de Mi Mismo...
el Idilio, que me dió su miel; la Tragedia que acaba de
rozarme con sus alas, me han hecho un momento feliz, enor-
memente feliz, con una felicidad satánica.

¿Fuimos culpables?
¿fui culpable?...
desde el puente de Santo Angelo, miro el Tiber tacitu-
ro, cuyas aguas parecen inmóviles, y, reflejan las estrellas,
como si fuesen unos ojos que lloran... unos labios que se que-
jan... y se quejan...
Y, en la inmensidad de la Noche, dejo gritar mi corazón.

VARGAS VILA

Belleza: Conserve su Ondulación

Cuando la hermosa ondulación Marcel empezara a deshacerse, caliéntense un poco las tijeras de ondular y con ellas cerradas vágase marcando la profundidad de la onda, y apretando entre cada onda, levántese un poco el cabello para arriba. Esto volverá la profundidad a la onda. Ahora bien, cuando hay que lavar el cabello y no es posible ir en seguida, hacérselo ondular, dividase en cedajes pequeños, caliéntense las tijeras de ondular, enróllese cada cedajo como un rulo hasta llegar al casco de la cabeza. Déjese el cabello así enrulado hasta que se encuentre completamente frío y péinelo



La máscara antipecosa se hace con almendras, tintura de benjui y jugo de limón.

luego. Se verá que la ondulación queda perfecta.

Las máscaras de almendras antipecosa.

La última novedad para hacer desaparecer las pecas es una máscara hecha de la siguiente manera:

Las almendras se blaquean y se muelen mezclándolo todo con pintura simple de benjui y jugo de limón. Almendras 28 gramos; tintura de benjui, 56 gramos; jugo de limón, 56 gramos. Esta mezcla se pone bien lisa sobre la cara, cuidando de que quede más espesa adonde se encuentran las pecas y se deja secar, dejándola así toda la noche. A la mañana siguiente se lava con agua tibia primero y luego con agua fría. Se entiende que el rostro deberá estar perfectamente limpio antes de ponerle la máscara.

Si la cara emplea a sentirse algo rigida y seca después de la primera noche, déjese sin poner durante el resto de la semana y úsese cold-cream en un masaje

—¿Se murió tu socio?

—Sí.

—¿Qué te ha dejado?

—Su hija!

Decía un valenciano muy comilón: —¡Ché! ¡Qué bien se está en Valen-

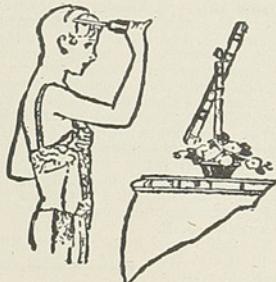


El agua tibia es un remedio excelente para evitar que el rubor suba al rostro.

a la noche y a la mañana. Un lavado con leche, de cuando en cuando, ayuda a la desaparición de las pecas.

Contra el rubor.—

Es muy desagradable sentir el rubor indiscreto que sube al rostro cuando alguien nos dirige la palabra. Un buen remedio para esto que es debido a los nervios o más bien a indigestión secura tomando un vaso de agua tibia al acostarse y otro antes (lo más posible) del desayuno. Con esto se conserva normal la presión arterial y se cura la indigestión.



Hay muchos medios para que el cabello permanezca siempre bien ondulado.

cía, «menchando» el arrós en «Cullera».

—¿Qué haces agachada?

—Busco una perla que se ha caído de mis pendientes. ¡Ojo con los pies!

Pierde cuidado: andaré con pies de plomo.

CONKLIN ENDURA



Su compañera de toda la vida

El servicio gratuito de reparaciones que ofrece ya la CONKLIN PEN CO., por intermedio de sus distribuidores, representa la mejor garantía que puede ofrecerse a los poseedores de la Pluma Fuente «CONKLIN ENDURA» modelos artísticos y originales, en colores de atracción.

Escríbula fácil y suave.

Un exquisito regalo.

**Conklin
ENDURA**

Únicos distribuidores para Chile:

UNIVERSO
SOCIETAD MODERNA LITOGRAFIA
CASSILA 102 V. VALPARAISO

**Proyector
Pathé-Baby**

CINE PARA EL HOGAR.
PELICULAS POR TODOS LOS ARTISTAS.

VISITE A

MAX GLUCKSMANN
AHUMADA, 91

Fume Piccardo TABACO SIEMPRE IGUAL

Recetas Experimentadas de "Para Todos"

LA BOCA Y LOS DIENTES

Lavar después de cada comida los dientes con gotas de la solución siguiente, en un vaso de agua tibia:

Fenol	5	gr.
Timol	2	gr.
Mentol	1	gr.
Ácido láctico	12	gr.
Alcohol de 90°	125	gr.

Otro baño de boca:

Ácido salicílico	5	gr.
Sacarina	5	gr.
Bicarbonato de sodio	5	gr.
Alcohol	150	gr.

Esta mezcla puede servir también como agua dentífrica.

Saquitos para perfumar la ropa. — A la Rosa.

Pétalos de rosa roja	200	gr.
Madera de sándalo	100	gr.
Hojas de geranio	30	gr.
Girofle	20	gr.
Escencia de rosa	2	gr.
Escencia de ámbar	2	gr.

Se mezcla y se apilan las cuatro primeras substancias y después se les agregan la rosa y el ámbar.

Sacos de lavanda.

Flores de lavanda	250	gr.
Benjui en polvo	60	gr.
Escencia de lavanda	7	gr.

Pastillas para perfumar las habitaciones

Estos pequeños conos que sirven para quemarlos en las habitaciones, con el fin de perfumarlas, se preparan con la mezcla siguiente:

Benjui	60	gr.
Bálsamo de tolú	8	gr.
Santal citrín	15	gr.
Carbón de pepíler	200	gr.
Nitrato de potasa	10	gr.

Triturarlo todo e incorporarle 20 gramos de goma adragante disuelta en 100 gramos de agua y formar pequeños cones.

EL ROSTRO

Las pestañas y las cejas: escobillarlas todos los días con una pequeña brocha humedecida de una mezcla de aceite de ricino y de rón. A veces, se forman películas en las cejas que las hacen caer. Con una pomada se sacan estas. La moda actual estima más la pureza de la línea de la ceja que su volumen. En tal caso, es bueno raparlas si ocupan un lugar muy importante, no respetando siempre la línea ideal que se desea. Es naturalmente preciso tener mucho tiempo

para arreglarse las cejas cuidadosamente y embellecer el rostro en lugar de afeitar. Las cejas rapadas tienen mucha tendencia a crecer más numerosas y más duras.

Para las mujeres que tienen un bozo demasiado pronunciado, es conveniente quitarlo. Este se consigue fácilmente cuando el bozo es leve, con pinzas. Si es abundante es mejor recurrir a la pasta Bisornini. Muchas mujeres aclaran el vello de su rostro para que no se note, con agua oxigenada, pero el efecto no es siempre agradable. Los vellos por rubios que sean, se ven siempre.

LO QUE PREGUNTAN NUESTRAS LECTORAS

Goma para pegar y engrudo para el mismo fin.— P. Desearía saber cómo se hacen la goma y el engrudo para pegar sin que se descompongan al guardárlos, pues siempre salen hongos, peluzas, que los descomponen y yo les he hecho ácido salicílico, pero éste descompone la goma y el engrudo, y los deja color rojizo, mientras que los que venden por ahí tienen, las gomas un color amarillo y los engrudos completamente blancos.

Hágame el favor de decirme cómo se pueden enderezar los trozos de caña de bambú, para dejarlos derechos sin que sufran alteraciones sus cualidades de resistencia.— J. P.

R.—Cuando el engrudo está tibio aún, se le añade trementina en proporción de un vaso por cada dos litros de engrudo. Así preparado se conserva la goma o tiempo sin alteración. También puede, mezclarse durante la cocción, algunos fragmentos de alcánfor; de este modo, según Griggi, se obtiene un engrudo de larga duración. Idéntico efecto se logrará empleando algunas gotas de esencia de clavo o bien de creosota. No hemos podido averiguar la manera de que las cañas de bambú se mantengan derechos.

Para tener clientela.— P. Mucho le agrada (Continúa en la página 60).



PARA ALIVIAR OS DE LOS DEPRIMENTES CALORES

HEMOS FABRICADO UN PRODUCTO MARAVILLOSO DE UN PERFUME EXQUISITO EL CUAL AL PRO-

VOCAR UNA REACCIÓN DE FRESCURA INMEDIATA OS PRODUCIRÁ UNA SENSACIÓN DE DELICIOSO BIENESTAR

KOLOSOL AGUA DE M.R. COLONIA SÓLIDA

ANTES DE COMPRAR EXIGID DEL VENDEDOR UNA DEMOSTRACIÓN

LABORATORIO SALAZAR Y NEY

ART. PRAT 221-CASILLA 1034 SANTIAGO

El Cultivo de la Belleza

POR ESTHER RALSTON

Las manos hermosas y bien cuidadas no es una cuestión de tenerlas inactivas o de ponerse unos guantes para los quehaceres de casa. Por el contrario, la mano «holgazana» se deforma mucho más pronto que la mano activa, no importa la clase de labor a que se dedique o el cuidado que con ella se tenga.

Mano activa, pero cuidada es lo que se necesita. Y la mano no es muy exigente. Con un poquito de atención que le pongamos estará siempre limpia y pulida. La actividad le comunicará una vida que pudieramos llamar «intelectual» de suprema belleza, mientras que si conservamos nuestras manos inactivas será imposible que supongan ningún encanto. En primer lugar la mano inactiva tiende a cubrirse de sudor frío y pegajoso como consecuencia de la mala circulación de la sangre; en segundo lugar pierde la apariencia de delicadeza que sólo el movimiento y la repetición del mismo gesto pueden dar; en tercer y último lugar no puede haber nada hermoso que permanezca inactivo. La actividad, en sus diferentes manifestaciones, es la expresión de la verdadera belleza.

Desde luego, la mano debe cuidarse. Cuidar de tenerla limpia; cuidar de suavizarla con lociones o un poquito de aceite. Si el sol la quema un poco o el trabajo la pone áspera, un poquito de aceite con limón o crema hará el milagro de ponérla suave y sonrosada.

¿Es Educativo el Castigo?

¡Vamos! Ya ha vuelto a escaparse esta niña; iré a buscárla y le dare unos buenos azotes. Tengo que hacerlo así dos o tres veces por día, siempre por la misma causa.

—Pero, ¿por qué pegar a la niña porque se escape? —preguntó la amiga de la madre. — ¿Por qué más bien no le prepara un sitio para jugar en la huerta, dándole algo que le interese para hacer de manera que prefiera quedarse en casa y pasarlo bien y contenta? Sería mucho más conveniente, tanto para usted como para su hijita, y le ahorraría bastante molestias.

—Es que quiero enseñarle que debe hacer lo que se le diga —repuso la madre.

—Y le parece a usted que la niña responda a su método? —preguntó la amiga.

—¡Oh, sí! Entiende perfectamente por qué se le castiga. El otro día jugaba con su muñeca y la castigaba; decía que la pegaba porque la muñeca «se había escapado».

—Eso no es otra cosa que el espíritu de imitación. No ha aprendido a quedarse en casa porque se le pague; lo que ha aprendido es a pegar a su muñeca. Si hubiese aprendido a permanecer en su casa y a no escaparse, habría jugado a que la muñeca permanecía en casa.

—¡Oh, qué ideas más extrañas tiene usted!

—Muchas veces se siente una inclinación a tener ideas así con los mejores educadores del pueblo y obtener buenos resultados.

Luego, cambiando aparentemente de tema, preguntó:

—¿A dónde ya los guisantes que plantó este año?

—Sí; lo hice así ayer.

—¿Y por qué los ató usted? ¿Por qué no les dió unos azotes para que de esa manera quedaran en su sitio?

—¡Tontuela! — exclamó la joven madre — es necesario atarlos a un palo para que puedan permanecer en su sitio y tener un soporte.

—Pues las criaturitas no son más capaces que esas plantas de guisantes de permanecer en su sitio sin alguna ayuda y algún sostén —repuso la amiga—; trate usted de seguir el plan que acabo de indicarle: prepare para su niñita un sitio cercado en la huerta y déle algo entretenido en qué ocuparse. Si le es posible, traiga usted aquí a jugar con su hijita a otra niñita durante una parte del tiempo, y hágale comprender que se interesa por sus juegos aun cuando esté usted ocupada con otra cosa. Muy pronto verá usted que la niñita ha tomado la costumbre de sentirse muy contenta en casa. El castigo no es educativo, pero una inteligente ayuda en este sentido si lo es. No se fie únicamente de mis palabras; pruébelo y verá.

La madre nada contestó, pero llevó a su hijita a casa sin castigarla aquél día.

Pocos días después había cercado una pequeña sección en la huerta y la niñita veíase provista de muchas cosas interesantes con que ocuparse.

Para Todos—4

Aurentia

EL NUEVO PROCEDIMIENTO CIENTÍFICO E INMEDIATO PARA HERMOSEAR Y CURAR EL CUTIS, LOS OJOS Y LOS CABELLOS

El Laboratorio "AURENTIA" ha instalado en Chile una gran Fábrica para la elaboración de sus famosos productos, bajo la dirección de un químico y técnicos especialistas.

AURENTIA PROBARA

QUE LA BELLEZA PUEDE ADQUIRIRSE
QUE LA BELLEZA PUEDE CONSERVARSE



EN EL MES DE MARZO ABRIRA AL PÚBLICO SU SALÓN DE VENTAS Y TRATAMIENTOS EN:

Merced, 729 :: Casilla 592

SE AFEMINAN LOS PEINADOS MISS 1930

Por BENNE HALL

¿Cómo lucirá su cabellera Miss 1930? ¿Habrá tocado a muerto el paso de los estilos "flapper" para los rizos y "coiffures"? ¿Pronostica la moda de las faldas largas y la moldeada silueta la vuelta del tipo pompadour, que puede describirse como una obra maestra de arquitectura?

Estas son preguntas interesantísimas en una estación que se marca por los sorprendentes cambios en el vestido y en estilos vueltos a poner de moda. Hubo un tiempo, como sabéis, en el cual las bellezas dormían con su cabellera dentro de canastas. Los peinados eran hechos maravillosa y cuidadosamente. No era inusitado un peinado de dos pies de altura, y cuatro o cinco horas eran escasas para hacerlo. Por eso se recurrió a las canastas para mantenerlos intactos. Una cosa hay cierta sobre los peinados de 1930. El corte amuchachado ha desaparecido, pero no hay indicios de que vuelvan los altos estilos, a Dios gracias. Los nuevos estilos de peinados son graciosamente sencillos y de un efecto totalmente femenino. El cabello es más largo, pero no demasiado. La prudente mujer a la moda puede afectar una trenza alargada o un pequeño moño con perfecta seguridad.

La cuestión del cabello corto y largo ha sido discutida en pro y en contra en una reciente reunión de la Asociación de Peluqueros de Damas de Nueva York, que

se reunieron con el propósito de decidir un estilo de peinado adecuado para Miss 1930. Los nuevos vestidos con el largo, aumentó y las líneas femeninas han presentado un problema para los hombres y mujeres cuyos negocios son los de guiar el destino de la gloria que corona la nación. Una necesidad clamorosa se ha producido por un nuevo "coiffure" que armonice con el aparente cambio en la estatura de las damas y que mantenga la feminidad y formalidad en boga en los vestidos.

El corderillo mocho ha sido desalojado y algo había que hacer por ello. Por eso decidió esta augusta corporación que predominaría el peinado alargado durante 1930. El semi largo estilo del peinado, se presta a una variedad de arreglos atractivos. Si durante el día la dama viste una falda más corta, sus trenzas pueden arreglarse

para confrontar la necesidad de la ocasión igualmente una rápida alteración en la indumentaria de tarde, no comprende un largo periodo de lucha con el cabello.

Charles Le Maire, notable dibujante de vestidos, cree que la nueva moda pide algo más formal que el efecto de soplando por el viento, que tenía la cabellera de las pollas desmochadas. Se declara en favor de un cabello ligeramente largo y por peinados simples, que hagan posible un aparente mayor largo.

(Continúa en la pág. 30)



La Salvación de un Alma

En la oficina en que yo prestaba mis servicios como taquimecanógrafo tuve ocasión de poder salvar el alma de un joven que por efecto de las malas compañías iba por el sendero de la perdición.

Habíamos con mi abuela un bonito piso del casco antiguo de Barcelona, el cual lo ocupaba desde que se casó; yo no conocí a los autores de mis días, pues, poco tiempo antes de nacer, mi padre murió víctima de un accidente desgraciado y mi madre dejó de existir al nacer yo, quedando, por lo tanto, al amparo de mi abuela paterna, la cual tenía a su servicio a una doncella, la cocinera y luego después la que fué mi nodriza. Mi abuela vivía holgadamente de sus rentas y la mayor parte de sus bienes los tenía invertidos en papel extranjero; no cabe decir que a mí me idolatraba sobremodo por ser su única nieta, «el consuelo de su vida», como solía decir a menudo, y me hizo educar solidamente en uno de los mejores colegios de religiosas de esta ciudad; ella por su parte cooperaba en mi educación—pues era muy instruida, —enseñándome la b o re, música, el idioma francés, el cual dominaba a la perfección por haber vivido en París muchos años, y luego, cuando ya fué mayorcita y ayudada por la que fué mi nodriza, me enseñó a guisar, planchar, remendar la ropa, a confeccionar mis vestidos, en una palabra, a ser una perfecta ama de casa. A los doce años principié el bachillerato, el cual cursé siempre con buenas notas, pues, como decía muy sabiamente mi abuela, «toda persona debe ser apta para ganarse el sustento en caso de infortunio»; mi anhelo era seguir la carrera de farmacia, forjando planes para el porvenir, pero —¡pobres ilusiones mías!— sobrevino la gran catástrofe mundial que se arremató al universo, contando yo poco menos de diecisiete años y con ella vino la ruina de mi abuelita, que, como he dicho al principio, casi toda su fortuna consistía en valores extranjeros.

Creí que la abuelita moría de pena al quedar poco menos que en la miseria; no tenía ningún parente para que le prestara apoyo o a lo sumo aconsejarla; sólo le restaba yo. Despedimos a la cocinera, a la doncella y a mi nodriza, la cual no nos quiso abandonar de ningún modo, en nuestra desgracia. Una persona íntima amiga me recomendó para que yo pudiera entrar en una casa de comercio como auxiliar de contable, y en efecto al cabo de pocos días ingresaba en las oficinas de un importante al-

macén de hilados y tejidos con el sueldo mensual de ciento cincuenta pesetas. En pocos meses me puse al corriente de los trabajos de escritorio, y a causa del excesivo trabajo que había me trasladaron a la sección de correspondencia, y como sabía muy bien el francés, taquigrafía y nociones de alemán, me nombraron secretaria corresponsal, con el aumento mensual de ciento cincuenta pesetas.

Aquí empieza el episodio más grande de mi vida.

Tenía yo que estar desde aquel instante en el mismo despacho y bajo las órdenes de uno de los dueños; era éste de rostro amarillento y enjuto, ojos pardos, pelo castaño algo rizado, de estatura alta, aumentada aun más por la delgadez de sus músculos; momentáneamente imponían respeto su figura y su seriedad, a pesar de no tener más allá de veinticinco años, por la frialdad de su mirada y cierto aire de superioridad que envolvía toda su persona, mas una vez tratado resultaba sumamente simpático y atento; cuando, los dos solos en el despacho, él me dictaba la correspondencia pude observar por conversaciones que habíamos tenido, pues habíamos simpatizado mutuamente, que no profesaba ideas religiosas, por el qué dirían los amigos, a pesar de que su madre y su hermano eran perfectos cristianos y fieles imitadores de la ley de Dios.

Además, supe más tarde por su propio hermano que Jacinto— así se llamaba — era un jugador y un calavera perdido, frecuentando cada noche casas de juego y de perdición, acompañados de sus amigotes, que lo empujaban por la senda del vicio, y que luego después era un descreído, pues desde el día en que salió del colegio no había vuelto a recibir los sacramentos y ni siquiera iba a misa. Toda su familia estaba apenada por su modo de proceder.

Un día — era la víspera de la Inmaculada — me preguntó de improviso cómo pasaría el día festivo, a lo que ya le contesté que muy bien, pues por la mañana había en la basílica de Santa María la festividad de las hijas de María, y por la tarde, en



Instituto de Belleza Dra. Elva de Tagle

Especialista en imperfecciones del cutis. Atiende nuevamente a su clientela.

«Mi tratamiento Bizzornini, que extrae radicalmente el vello, se compone de tres preparaciones: la primera extrae el vello de raíz y las dos siguientes, son para que no vuelva más a salir. Su aplicación es de lo más fácil y no daña en absoluto el cutis. Pida prospecto gratis. Se envía todo pedido de provincias. —Dra. ELVA DE TAGLE - San Antonio 265. Casilla, 2165.

NOTA.—«Mi tratamiento Bizzornini jamás se ha vendido bajo otro nombre; es de mi propiedad y está debidamente registrado con la marca de fábrica, bajo el N.º 11.978, desde el año 1914.»

el centro parroquial de beneficencia, se celebraba una velada literario musical con motivo de repartir ropas y bonos a los pobres, finalizando con un acto religioso en la capilla de dicho centro; una sonrisa burlona de Jacinto siguió a mis palabras.

—¿Por qué no va al cine o a algún círculo recreativo a bañar, María Dolores, en vez de estar todo el día metida en la iglesia como las monjas? En estos sitios se divertiría mucho más, pues organizan fiestas muy bonitas, y ademas... yo también iría y podría verla a usted — dijo dando la voz y envolviéndome en una mirada dulce y cariñosa que me turbó.

Le repuse que no era mi ambiente frecuentar esta clase de diversiones, y que si alguna vez bañaba era en alguna reunión, en casa de mis amigas. Bajó la cabeza al oír mis palabras y un suspiro reprimido puso fin a nuestra conversación.

* * *

Habían transcurrido algunos meses y Jacinto estaba cada vez más flaco, amarillo, maicilento; una tосecilla frecuente ponía en convulsión su hundido pecho; en una palabra, se veía claramente que una enfermedad pulmonar minaba su vida.

Un domingo, a primeras horas de la mañana, me dirigía a paso ligero por el paseo del Borne a la basílica de Santa María, y al poner el pie en el primer peldano del templo me detuve Jacinto, que me estaba esperando; una oleada de rubor encendió mis mejillas, pues comprendí lo que me iba a decir, y apenas tuve aliento para darle los buenos días; me alargó su flaca mano, la cual retuvo entre las mías, suplicándome le escuchara un instante.

Dirigi una mirada fervorosa a la imagen de la Virgen que remata la puertecilla posterior de la iglesia, que más que mirada fué una súplica pidiendo a la Inmaculada me inspirase en tal situación, al mismo tiempo que me ayudara para poder ganar una alma a Jesucristo, y así confortada presté atención a sus palabras.

—María Dolores, perdóneme si la entretengo — me dijo, — pero es en vano que trate de ocultarle por más tiempo el afecto que le tengo, el amor puro que mi corazón siente por usted, la pasión que mi alma encierra desde que la conocí. Por lograr su cariño daría mi vida si preciso fuera... ¿Quiere ser mi esposa?

Un minuto de silencio siguió a estas palabras; la campana desgranaba acompañadamente la última llamada a misa; los fieles que pasaban nos miraban con ojos curiosos, y la Virgen parecía que desde su nicho me decía: «Salva su alma, hija mía». De coronáz la invocué de nuevo, y ya del todo alienada dije con lentitud, marcando mucho las palabras:

—Imposible, Jacinto; yo no puedo casarme con usted.

—Por qué, María Dolores? — dijo, trémulo.

Sencillamente: entre los dos hay un abismo que nos separa. Usted no profesa las mismas ideas que yo; lleva una vida muy desordenada; no tiene religión, y ya comprenderá que mi alma no puede unirse a la suya yendo las dos por senderos tan diferentes — le dije, fijando mis ojos en los suyos.

Bajó la cabeza y dijo, trémulo:

—Yo le prometo que me emendaré, pero déme usted una

pequeña esperanza — y una lucha interior se libraba en él.

—Lo dudo; usted no tiene fuerza de voluntad para despreciar e spetos humanos que le tienen prisionero; siempre deja la enmienda para mañana.

—No me atormenteme más, Marí a Dolores. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Pues si quiere ganar mi cariño y mi voluntad, entre conmigo a la iglesia y póstrese ante el confesor y sinceramente confiese sus faltas, bien arrepentido, con propósito de la enmienda, y luego comulgue, reconciliándose con Dios, a quien tiene tan olvidado y del que cada día recibe nuevos dones — dije con voz dulce, haciendo además de entrar en el templo.

Vació un instante y repuso con desaliento:

—Si Dios no me perdonará... Soy un miserable.

—No disparate, Jacinto: Jesucristo es inmensamente misericordioso; le gusta que las almas descarriladas vuelvan a él.

Y como si se desembarazara de un enorme peso, dijo con decisión:

—¡Vamos!

EL PRIMER DOLOR DIGESTIVO

Si padece usted del estómago no puede disfrutar de buena salud ni puede dar a su trabajo toda su fuerza muscular o intelectual necesaria. Casi todas las afecciones del aparato digestivo tienen su origen en un exceso de acidez en el jugo gástrico y para que el estómago pueda funcionar de manera regular es necesario neutralizar este exceso de acidez. Esto es, precisamente, lo que hace la Magnesia Bisurada. Media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada hace desaparecer con suma rapidez los eructos ácidos, las acedias, los vómitos, las flatulencias y demás desarreglos del aparato digestivo. La Magnesia Bisurada (M. R.), la cual se halla de venta en todas las farmacias, es de un valor incomparable para curar toda clase de afecciones del estómago. Se garantizan resultados satisfactorios o se devuelve el importe del costo.

Base: Magnesia y Bismuto

¡Qué hermosa estaba la mañana al salir de misa! El sol, reluciente; el cielo, azul y diáfano; las campanas, repiqueteando alegres; las golondrinas, chillando en la luminosidad del espacio; la ciudad, despertando con esos miles de ruidos propios de una gran urbe; Jacinto, vuelto al redil de los cristianos; yo, con una alegría inexplicable de haber ganado una alma a Dios: la Inmaculada, desde su nicho, sonriente y amorosa.

Pocos meses después Jacinto dejó de existir a causa de la tuberculosis que padecía, pues los esfuerzos de la ciencia y los extremados cuidados de su madre fueron inútiles; su muerte fué la de un santo, confortado con el Pan Eucarístico, rodeado de todos sus familiares, a los que pidió perdón de sus extravíos pasados, encargando a su hermano Daniel que se casara conmigo, pues dijó que yo salve su alma y justo era una recompensa.

Al cabo de poco tiempo Daniel me hizo su esposa, con el contento y satisfacción de ambas familias; mi esposo es muy bueno, nos queremos con toda el alma, y en pocos años se ha creado una posición desahogada; abuelita también murió, muy viejecita, bendiciéndonos a todos, y nosotros, junto con nuestros hijos — dos muñecos muy traviesos — y mi anciana nodriza, continuamos viviendo rodeados de felicidad y cariño, evocando los tiempos pasados, en el mismo piso de mi abuela, que para nosotros es un santuario de recuerdos.

M. D.

C H I S T E

El cura, a uno que se va a casar:

—Sabe usted los misterios de la Pasión?

—No, señor.

—Pero si esto lo sabe todo el mundo.

—¡Pues, vaya unos misterios!

LA NEURINASE M. R.

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE contra : Insomnio, Neurastenia, Neuralgias, Lasitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas, Trastornos de la edad critica, Palpitaciones, Convulsiones, etc.

(A base de Valeriana fresca)

RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



Enfermedades Físicas y Morales

Según las últimas estadísticas, el cáncer crece y se propaga con pretensiones inequívocas de querer emular a la tuberculosis. El cáncer, esporádico y poco expansivo hasta ahora, se ha convertido en una enfermedad voraz e insaciable. Ante el peligro, no inminente, sino real, la Humanidad toma posiciones estratégicas para darle la batalla.

¿Quién vencerá en la pugna? La Humanidad; esto es inquestionable. Vencerá la inteligencia, aunque para el triunfo definitivo tarde, acaso, centurias; pero vencerá. La ciencia es tenaz en sus propósitos y decisiones, y, además, cada día, cada momento que pasa, añade un factor útil de lucha a su bagaje.

Una enfermedad es siempre la misma; me refiero a su etiología, a su raíz intrínseca, y la ciencia no; es variada y flexible como el mar que bate la roca; hoy es vencida, pero mañana vuelve al ataque con remozados brios y con nuevos elementos de combate; y así un día y otro y otro, hasta que, una y múltiple, consigue domenar a su enemigo, siempre igual, sin posibles cambios de defensa.

Vencerá la ciencia al cáncer, como ha vencido a otras dolencias que se consideraron en su tiempo inescrutables e inidómitas.

Formando parte integral de la Huma-

nidad, teniéndose por probable víctima de cualquier enfermedad o epidemia que pueda asolar la tierra, me indigno, sin embargo, contra ese ecuménico pavor, contra ese gesto de insuperable miedo y de indignación con que los hombres reciben el surgimiento insolito y expansivo de una enfermedad mortal.

¿Por qué tal actitud? ¿Qué derecho reconocido asiste a la Humanidad para insubordinarse contra lo que le viene del fondo del misterio y por ley de una inexorable fatalidad? ¿Qué razón le atañe al hombre para mostrarse airado contra el Destino cuando éste obra por cuenta propia, sin pedirle parecer a él? Ninguna. El hombre, concepcionado ingenuo y vanidoso incurable, acata únicamente, sin rebeldías, el mal que él mismo se hace.

La aparición de una epidemia es para el hombre una terrible desgracia, a la que califica siempre de injusticia fatal. Pero ¿y la guerra? ¡Ah! ¡La guerra! Y ante el fantasma de la guerra, mil veces más barbaro y cruento que el más grande de los dolores que asolan periódicamente la India, comienza a sacar a colación, con desbordante lirismo, los tópicos de la patria intangible, del derecho sacrosanto que asiste al débil pa-

ra defenderse de la rapacidad del fuerte, de la obligación del poderoso a mediatizar la vida del débil y estulto...

Y no es eso, nó; lo que sucede es que con la guerra, al socalore de la guerra, se cazan prebendas y se satisfacen odios; lo que pasa es que, con la guerra, ese ser egoista y cruel que todos llevamos solapadamente oculto en los entrañas del alma, puede surgir con impunidad a la superficie de nuestra vida, perfectamente escudado en sus acciones por ese reverendo deber que la Humanidad se ha atribuido para satisfacer de cuando en cuando sus instintos de fiera.

Súmense las víctimas ocasionadas, en lo que va de siglo, por las epidemias que asolaron la tierra, y compársense con el número de muertos habidos en solo los cuatro años de eversión europea, y se



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarla a sus tareas domésticas y sociales. Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con la toma de FENALGINA se quitan en seguida. Toda mujer que experimenta dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTE SUSTITUTOS.

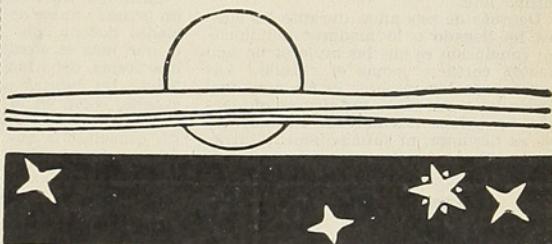
EXIJA QUE LE DEN:



PHENALGIN
(FENALGINA)

FENALGINA M. R.: Fenacetamida carbo-amoniatada.
Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile



Un sueño tranquilo

es bienhechor para los nerviosos y para los que trabajan sin descanso, fortalece y da nueva vitalidad. Para conseguir un sueño tranquilo se emplean las

**Tabletas de
Adalina**
M.R.: a base de Bromodietilacetilurea
¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!



verá que el hombre, por si y contra él mismo, fué mucho más feroz que lo que él ha dado en llamar injusta fatalidad.

El más adverso hado del hombre es el hombre mismo. Ahora le ha correspondido el turno al cáncer. En Francia ya se están organizando incontables ligas contra él; en los Estados Unidos, la prensa en general toca a arrebato ante su inclemente e inusitada propagación; en Alemania, la gente se muestra espantada ante las cincuenta y dos mil muertes acaecidas durante el año pasado con motivo del cáncer...

Y lo mismo en Asia y en África y en Oceanía. ¿Qué hemos hecho, se dicen todos los hombres en tono de plegaria y protesta, para que la Fatalidad nos haga como lo hace, despiadadamente?

«La Fatalidad? ¿Y vosotros? —dijo ella—. ¿No sois vosotros los que me acu-

ciás, me soliviantáis con vuestras inesperadas guerras? El mal lo lleváis dentro vosotros; curaos antes vuestra enfermedad moral, el egoísmo y el odio que os sirve de fermento para vuestras inhumanas acciones, y entonces, tal vez yo, siguiendo vuestro ejemplo, os dejé algún día en paz, abandonando la tierra con mi secuela de dolores.

Y le sobra razón. Profilaxis contra los males del alma es lo que urge, que lo otro, la liberación del sufrimiento de la carne, vendría después como consecuencia del bano espiritual que cada hombre se diese en el Jordán purificador de nuestras propias culpas.

El cólera antes..., luego la tuberculosis...; ahora el cáncer...; lo inevitable, lo fatal... Pero ¿y las guerras? No nos quejemos.

FERNANDO LOPEZ MARTIN.

SE AFEMINAN LOS PEINADOS MISS 1930

(Continuación de la pág. 26)

Entre las estrellas de la escena y la pantalla, que se han declarado partidarias de la cabellera más alargada, se cuenta a Norma Shearer, Estelle Taylor, Gloria Swanson, Janet Gaynor, Lynn Fontanne y Mary Philbur. Por otra parte, hay todavía algunas que se aferran a la peluquita. Veamos lo que dice Robert Montgomery que retoza entre el mismo lote:

Después de seis años, durante los cuales ha llegado a la madurez del juicio, mi conclusión es que las mujeres no han debido cortarse jamás el cabello. Las cabezas de las mujeres están muy mal formadas y sus caras son demasiado largas. La peluca desaparece lentamente. No es hermosa, ni suficientemente atractiva. Si las mujeres quieren seguir

cortándose el cabello, en cien años más no tendrán cabello que cortarse.

Las mujeres modernas, tipo muchacha, nunca inspirarán un tipo de arte comparable a los tipos de la antigua Grecia. Noventa y nueve mujeres de cada cien, tienen las espaldas directamente derechas a sus cabezas, espaldas alemanas. Sus rostros son muy grandes en comparación al resto de la cabeza, además. Por eso el cabello es tan importante. El nudo griego atrás da equilibrio a la cara. El ancho de los cabellos a los costados hace que el rostro parezca más pequeño y más lindo. El mismo efecto produce el cabello echado sobre la frente.

La mujer inteligente no debe adoptar un peinado antes de haber ensayado una media docena, por lo menos, eligiendo el que más le sienta. Así, si tiene lindas orejas, debe lucirlas, y en caso contrario, las cubrirá con el cabello. En el cabello, como en el vestido, es una necesidad seguir la moda al pie de la letra, sin consultar la que más conviene a cada una para realizar sus encantos.

Cómo una mujer perdió 14 kilogramos de gordura.

Este título dice la pura verdad y afirma exactamente lo que dice. Lea la propia carta de ella, que transcribimos:

“Tomando una dosis diaria de SALES KRUSCHEN, he disminuido dos pulgadas de la cintura y he perdido 14 kilogramos desde el verano pasado. Me siento muy bien y todos me dicen que parezco muy sana. Tengo 1.60 metros de altura, 40 años de edad y descendo de una familia obesa.”

Si Ud. es gorda, y desea adelgazar, ante todo, elimine la causa. Cuando su hígado, riñones e intestinos no puedan arrojar los desperdicios nocivos que siempre se acumulan en su cuerpo, sin que Ud lo advierta, empezará a ponerse horriblemente gorda.

Tome la cuarta parte de una cucharada de té de SALES KRUSCHEN (M. R.) en un vaso de agua caliente todas las mañanas. A las tres semanas, pésele y verá cuántos kilogramos de gordura ha perdido. Advertirá, también, cuánto ha ganado en energía y salud. Su cutis estará más claro y sus ojos relucirán de gloriosa salud. Se sentirá más joven de cuerpo y más viva de alma. SALES KRUSCHEN (M. R.) darán a muchas personas gordas una sorpresa feliz. De venta en todas las boticas. Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile:
H. V. PRENTICE
Laboratorio Londres
VALPARAISO

Humorismo

GACETILLA

Ha ingresado en el Clínico el joven N. Pérez, gravemente herido en su amor propio por haberle llamado «Percebe» su futura suegra.

ENTRE DOS CELEBRES CANCIONISTAS

—He perdido tres veces mi collar de brillantes; dos, se han desafiado por mí, un principito, por seguirme, se fugó de su país; ya no sé qué hacer para llamar la atención del público y de la prensa.

—Esto es muy fácil; procura no desafiar cuando cantas.

—En qué plena usted, señorita?

—Por Dios, no me obligue a decirselo; piense usted que la costumbre exige que sea el hombre quien se declare a la mujer, y no la mujer al hombre.

—Niña, ¿qué te parece?, este joven que ha bailado toda la noche, llevará buenas intenciones?

—Creo que sí.

—En qué te fundas?

—En que parece tonto.

Acusado: Señor Juez, le juro que soy inocente porque...

Juez: No me interrumpe, pues no sé si son seis onzas o nueve onzas la mantequilla que me ha encargado mi esposa.

FANDORINE -

M. R.

contra las enfermedades de la mujer

Vuelta de la edad
Hemorragia
Vapores
Metritis

Establishimientos CHATELAIN
Procedentes de los hospitales
de Paris
2 bis, Rue de Valenciennes
Paris, y todas las farmacias

Agentes:
ARDITI & CORRY
643 Moneda
SANTIAGO



80 % de las mujeres
no están satisfechas
de su salud

Esta preparación admirable de-
tieno enseñada las hemorragias,
Profesor GARRIGOL,

de la Facultad de Medicina de Tolosa,
Director del Instituto de Hydrología.

La Fandorine está basada sobre
los conocimientos más ma-
estriosos de la Ciencia Moderna
y realiza el medicamento com-
pleto, típico, de las enfermeda-
des especiales del sexo femenino
Doctor POULET,

profesor agregado de Partos en la
Facultad de Medicina de Lyon.

La Fandorine cura la mujer de sus malestares

BASE: Extractos Mamario y Ovarico, Amidoperina. (M. R.).

El Médico en Casa

IDEAS ERRÓNEAS RESPECTO A LOS PURGANTES

Personas harto preocupadas y esclavas de su salud examinan diariamente su lengua ante el espejo, y si no la encuentran limpia y roja recurren al purgante como santo remedio para sus males. El abuso de las purgas es contraproducente. El organismo se hace perezoso, y como si tuviera criterio propio, se acostumbra a recibir la ayuda ajena y descuida sus habituales funciones. Un ayuno a tiempo suple en muchos casos la eficacia de un purgante. La fruta y las verduras contribuyen al buen funcionamiento gastrointestinal, y todo cuanto sea simplificar los medios de curación de una leve indisposición funcional es mil veces preferible a ese afán de medicinarse a tontas y a locas.

Figura entre los errores populares y de gentes que de la grey han ascendido a un ambiente más selecto, considerar los aceites grasos como excelentes purgas. Razonemos el procedimiento seguido, comparándolo a cosas más conocidas y tratemos de hacerlo comprensible.

Cuando una comida está cargada de aceite o de grasa, se hace repugnante y de difícil digestión. Este fenómeno ha sido experimentado por el menos observador de los pacientes. Dejemos también sentado que toda indigestión no supone una constipación o estreñimiento intestinal. Lo que no se digiere puede o no ocasionar disturbios en el aparato digestivo, según la naturaleza de la substancia ingerida. Producirá las evacuaciones más frecuentes acompañadas de molestias y dolores intestinales. Y este es precisamente el efecto producido por los aceites en general, administrados caprichosamente. Si a una indigestión añadimos otra, el número de evacuaciones nos hará creer que nos hemos purgado, siendo así que hemos añadido un mal a otro mal. Si el aceite fuera purgante inofensivo por excelencia, el «refrescante» de la sangre, como creen las gentes, no se afanaría los farmacéuticos en buscar día tras día el purgante ideal que el público reclama; bastaría incorporar al aceite un cuerpo que, sin alterar las propiedades que se trataban de aprovechar, comunicara al aceite un sabor agradable para tener resuelto el problema. No ocurre así desgraciadamente, y estamos viendo que sin interrupción se presentan nuevos productos como laxantes o purgativos que unan a su efecto un gusto y un aroma que los haga apetecibles. El aceite que verdaderamente posee el principio atribuido a los aceites en general es el de ricino, impropiamente llamado de castor; su sabor desagradable hace años que ha sido hábilmente disimulado, pero puede tanto la sugerencia, que antes de tomarlo ya se siente repugnancia y se insinúan las náuseas.

La popular zarzuela española puso en música el progreso de las ciencias...

«El aceite de ricino ya no es malo de tomar—; se administra en píldoras, y el efecto es siempre igual».

DIGESTIVOS Y TÓNICOS

Cuando nos sintamos molestos por pesadez estomacal y no padecemos de una dolencia ya conocida y crónica, sino simplemente pasajera, podemos ayudar la digestión con una infusión de té, café, genciana, madera de cuasía, cortezas de naranjas agrias, de quina, etc. Cualquiera de ellas aliviará las molestias producidas, sin necesidad de recurrir a complicaciones medicamentosas reservadas para mayores males.

Un remedio muy eficaz contra las molestias gástricas es la camomila y el anís estrellado.

Flores de camomila	5 gramos
Anís estrellado	2 "

Se tiene hirviendo un cuarto de hora, y se pasa luego por un colador.

LA COPLA ANDALUZA

Caminos desconocidos
ni me incitan, ni me atraen,
ni me invitan a seguirlos.

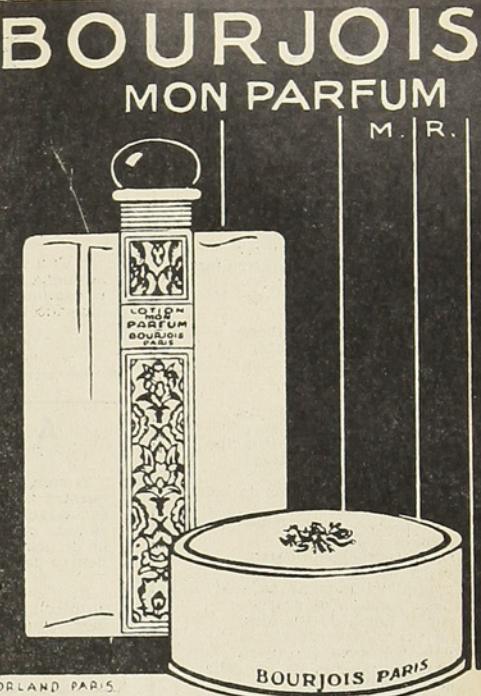
¿Por qué me asusta el vivir
entre tantos desacuerdos
como produce el sentir?

Es la vida una mentira
y es la muerte una verdad

donde el pobre con el rico
se vuelven a nivelar!

Con los años se van yendo
toditas las ilusiones
y toditos los afectos.

Tengo siempre muy presente
la vanidad en el hombre
es la que más le comueve.
GLORIA DE LA PRADA.



LOS PERFUMES QUE ASSEGURAN PERSONALIDAD

SOLICITE USTED DE SU PROVEEDOR
TARJETAS PERFUMADAS

.....

Concesionario para Chile:

AUGUSTO MEYTRÉ

VALPARAISO

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76



PARIS

Romance de los Ojos Verdes

Deja ya el copón macizo,...
deja el jarro de metal.
Mis guanteletos de acero,
amiga, me han de quitar,
me han de quitar la armadura
tan pesada de llevar;
descenré las mis armas;
de sedas me vestirán,
y en mi laud melodioso
te dire el gayo cantar
de tus ojos asombrados,
de tus ojos verdemar...

Cesa así de sonreírme,
cesa así de me mirar...
monseñor el Abad-Príncipe
nos pudiera amonestar...

Hay un vago fulgor de halo
en el cielo de cristal;...
los cipreses angustiosos
tras el livido vitral,
como torvos penitentes
dicen un lento rezar,...
y una bandada de pájaros
pasa volando al azar,
por el fondo de tus ojos,
de tus ojos verdemar...
¡Oh, tus ojos! Se dirá
que son piedras de un collar,
de un collar que acaso trajo
un cruzado al retornar
de Jerusalén, la Eterna,
con su botín oriental...

¡Oh, tus ojos! ¡Si parecen
con su color siempre igual
impasibles vidrieras
de una calma catedral!

¡Si tienen el triste encanto
a la hora crepuscular
de los lagos estancados
que nada puede alterar!...

Dame ahora el vino añejo
en los jarros de metal.
Todo el horror de las guerras
quiero junto a ti olvidar:
el acre olor de la sangre...
y el sonoro entrecobar
de las hachas y los yelmos
¡por Jesucristo y Allah!
¡y los gritos musulmanes...
y aquella extraña ciudad

Clásico Idilio

Lentamente se abrió la celosía
bajo el impulso de tu mano breve,
y apareció tu faz... — rosa de nieve,—
pletórica de aromas y ambrosia.

Y al contemplar tu blanca epifanía,
mucho más bella en la penumbra leve,
en éxtasis quedé... mientras que aleve
la fiebre del deseo me encendía.

Después... la luna sorprendió el abrazo
y lo dulce beso que sirvió de lazo
para unir nuestras almas amorosas.

Y una música extraña bajo el viento... viento...
Y bajo el dombo azul del firmamento
suspiraron de amor todas las cosas.

JORGE RUBIO MUÑOZ

E s p e r a

Un jardín en octubre; glicinas florecidas,
una fuente de piedra, en medio un surtidor,
una alameda breve, un senderillo estrecho,
y sobre tal paisaje, tibios besos de sol.

Un chaleco ajeno de ociosos ornamentos,
una canilla abierta, que un charco va a formar,
y a cuya linfa clara acuden presurosos
el rubio jilguerillo, el tordo y la torcaza.

Una ventana abierta; detrás ella sentada
la dueña de la casa que acaba de mirar
el camino desierto y el solitario patio,
diciendo tristemente: «¡Qué malo! ¡No vendrá!»

JOSE FELICE

A l g o

Si cumplir con lealtad
nuestra última voluntad
es sagrada obligación,
cuando mis ojos se cierran,
he de mandar que me entierren
dentro de tu corazón.

Rie; en el hermoso hoyuelo
un beso quiero enterrar;
luego ponte seria, y nadie,
nadie lo conocerá.

J. M. a BARTRINA

cuyas torres semejaban
a los turbantes del Khan!

Que de las mis cimitarras
se apague el fiero brillar...
Sólo querlo que me alumbrén
tus dos ojos verdemar...

Dame ahora el vino añejo
en los jarros de metal,
monseñor el Abad Príncipe
comienza ya a cabecear;
los lebreles se han dormido
frente al gran fuego invernal,
y agoreros los cipreses
dicen un lento rezar...

Tiene el vino el fulgor húmedo
de tus ojos verdemar...

MANUEL B. MUJICA LAINEZ

Ingratitud

Por el camino de los buenos
— agrio camino — iba tu vida,
limpia de sombras la mirada,
de todo mal el alma limpia,
dándole a todos bien por males,
flores fragantes por espinas...

Y yo traía senda opuesta,
más amplia, y fácil, más sencilla
De entre los labios juveniles
me desbordaban las sonrisas,
y mi egoísmo indiferente
por cada flor daba una espina...

Y caminando, caminando
nos encontramos en la vía.
Al ver tu ejemplo doloroso
se me borraron las sonrisas,
y se inundó de amargo llanto
la placidez de mis mejillas...
Cogí tus manos lastimadas,
y te ofrendé todas mis flores
en haz confuso, yo, ¡tan frívola!...

¡Oh ingratitude! Tú que eras bueno,
ahí me dejaste de rodillas.
Para quien más te amó, no tuvo
tu labio alto una caricia,
¡y fuiste malo, y me cambiaste
todas mis rosas por espinas!

MARIA MONVEL

La Alondra

Se moría la noche. En la calma opalina
mi voz enamorada lanzó su nota ardiente.
Irizábase el lago en la luz matutina;
la brisa entre unas cañas gemía dulcemente.

—Claridad en la sombra — esbeltíssima y fina,
avanzó la princesa inclinando su frente,
que cenía la aurora de diadema ambarina.
Yo cantaba el misterio de la hora silente...

Apareció en el lago un negro cisne erguido,
lo miró la princesa con gesto indefinido
y se alejó más triste. Sus pasos iban lentos,

entre frondas oscuras y nardos opulentos.
Seguía amaneciendo... Yo seguía cantando.
La princesa volvía. Iba sola llorando...

CONDESA DEL CASTELLA

El Jardín de los Poetas

El Derecho a Marido

En cierta ocasión recibí la visita de algunas damas que venían a anunciarme su propósito de crear un periódico de propaganda feminista y que solicitaban mi colaboración.

—A través de sus artículos—me dijo la que llevaba la voz cantante,—a despecho de algunas ironías inofensivas, inevitables, dado el tono zumbón a que a menudo tienen, se advina una sincera estima por la mujer. Conoce usted ciertamente—anadió—todos nuestros defectos y debilidades, pero tiene para ellos una amable tolerancia, admira nuestras cualidades y se da cuenta de todo el alcance de nuestra misión en la sociedad, y ha ponderado su importancia y trascendencia. ¡Se negará usted a trabajar por nuestras reivindicaciones?

—Veamos, en primer lugar, señora, cuáles son esas reivindicaciones?

Mis visitantes, tomando y dejando sucesivamente la palabra o hablando a un tiempo, explicaron al detalle el programa de su causa, muchos de cuyos derechos me complacido en reconocer que son de una equidad indiscutible y aún de una conveniencia social innegable, y que, además, me parece seguro que no tardarán en ser incorporados a las leyes. Así lo dije a mis visitantes, mas, añadi:

—De suerte que, aparte de algunas exageraciones de detalle, cuyos inconvenientes la práctica pondrá de relieve si los gobernantes tienen la debilidad de aceptarlos, el programa de ustedes tiene todas mis simpatías; pero permítanme que me sorprenda de que a la cabeza de él, como primero de los derechos de la mujer, no hagan figurar ustedes el que yo llamaría "derecho a marido".

—Habla usted en serio?—exclamó la que presidía el grupo.

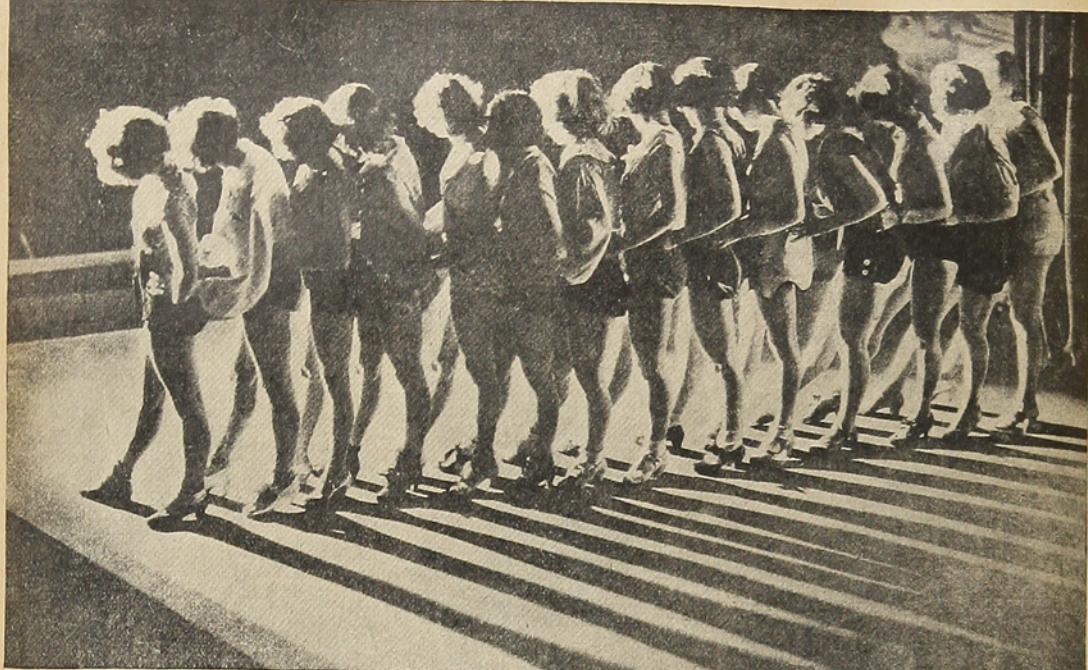
—Completemente en serio, señora. Son ustedes mujeres, ¿no han observado que cada día son más numerosas las que se quedan solteras? ¿Y les parece a ustedes dudosos que lo primero a que tiene derecho una mujer es a casarse? Si ha de realizar la misión que le impone la naturaleza, yo no veo otro camino. A menos de que echemos abajo toda la moral que sostiene nuestra sociedad. La mujer tiene derecho a casarse, y me apresuraré a añadir que, si se reconociese y proclamase y hubiese modo práctico de hacer uso de él, serían pocas, pocuissimas las muchachas solteras que no lo utilizasen. Desde luego, muchísimas más que las que harán uso del voto, de poder formar parte de un jurado, de abrazar una carrera señaladamente masculina, etc. El derecho a marido, señoras, no lo duden ustedes, es el primero y principal de los que ha de reivindicar el feminismo. Todos los demás me parecen insignificantes al lado de ese.

—Sí, sí, desde luego—me replicó la que parecía más inteligente del grupo.—Pero proclamado ese derecho, ¿cómo hacerlo efectivo?

—Yo no lo veo tan difícil como parece de pronto. Desde luego, no puede ser una dificultad el hecho de que haya muchas chicas feas y sin dote. Hay muchas casadas feas y muchas también que no tienen un cuarto, lo cual demuestra, por modo evidente que al hombre, cuando elige mujer, no le es absolutamente indispensable que sea bonita o rica, aunque éstas tengan más pretendientes que las otras. La gracia, la similitud

(Continúa en la pág. 79)





Los Limousines de los admiradores ya no esperan a las girls, a la salida de las artistas en Broadway. Desde que ellas han empezado a oírse en el écran, han adquirido autos propios comprados a crédito... los que no terminados de pagar aún, demolerán ellas mismas por los boulevares de Hollywood.

La Fabricación Industrial de los Coros de Girls

El Cine, el Automóvil y el Contrabando de alcohol, constituyen, hoy por hoy, la gran industria nacional de los Estados Unidos. Pero lo que impide a sus grandes usinas de adquirir mayores proporciones, o sea el verdadero calificativo de industrial fatigosa, es lo que hace de Hollywood en la hora presente el lugar único en el mundo, en donde parecen haberse dado cita verdaderas avalanchas de coros de girls, que bruscamente, desde la aparición del Talkie, han deserto de las plazas de Broadway por los estudios californianos. En tal forma, la vida de la chiquela ansiosa de gloria y de dólares ha sido radicalmente transformada de un sólo golpe, al extremo de que el sonambulismo obligado de los Music-Hall se han hecho imposibles para las que deben hallarse en el trabajo junto con apuntar los primeros rayos del sol.

Hace dos años, en New York, para poder ser admitido en calidad de espectador de las más hermosas piernas del mundo, era indispensable pagar once dólares,—cerca de \$ 140—y paralelamente la vida de una linda chica de music-hall era dura, mal sana y peor remunerada. El día cuando estos encantadores pájaros han sabido mirar al sol, han podido ver lo que para ellas había permanecido siempre entre nubes: confort, doble remuneración, menor trabajo, y la perspectiva de que cada girl coros de Broadway puede alcanzar la plaza de las estrellas del film mundo, transformadas, co-



El Instru-botás tiene más clientela que nunca, pero su trabajo le parece, sin duda, dotado de cierto encanto.



En dónde están las encantadoras bañistas de Mac Sennet? Ellas han sido reemplazadas hoy día por un batallón de alegres y vigorosas niñas. El esfuerzo desplegado por los coros de niñas durante sus lecciones habría destrozado a su frágil y tan decorativo antepasado.

mo en astronomía, en viejas lumbres. Así, pues, los music-halls neoyorkinos han sido desertados, la atmósfera de Hollywood transformada, revolucionadas las innumerables petite-restaurants y con todo esto han llegado a hacerse de fortuna los fabricantes de pitos para policías, por haberse hecho imperiosa la necesidad de triplicar este servicio, dada la forma como la fantasía femenina ha transformado el tránsito, pues en su locura por el auto, que conducen ellas mismas, los

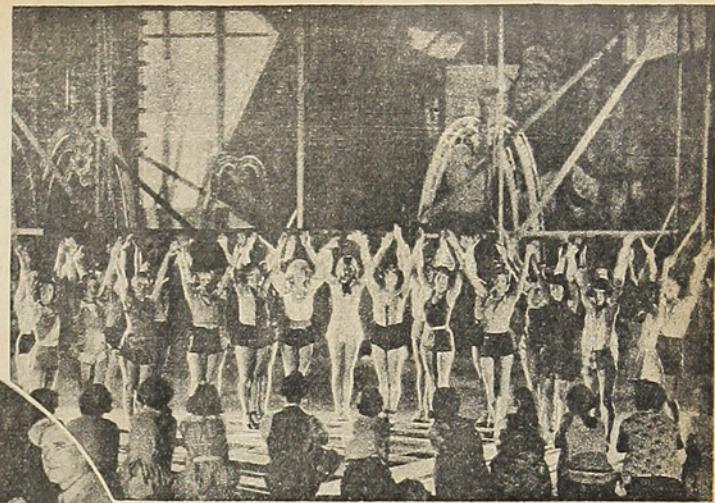
policemen viven dictando contravenciones que estos lindos demonios no toman jamás en serio.

El pudor puesto en fuga, permite ver, lo que se ha hecho ya habitual: batallones de jóvenes y espléndidas bellezas vestidas una vez por todas con un derivativo de camisa y un proyecto de calzón de muchacho, sin sombrero ni medias. Considerando tales pormenores, no es de extrañar la noticia de la ruina de las modistas y fabricantes de medias de seda.

Las girls no tienen tiempo de pasar a la pieza de vestir, y prefieren irse al estudio en tenida de trabajo.

Después de todo, precisa advertir que el movimiento aún no alcanza a su apogeo; las girls conocerán aún mejores días: el 75% de la pro-

ABAJO: En la escena, desde las 9 de la mañana, las girls se dedican a la gimnasia antes de dar comienzo a la corta pero fatigante jornada de trabajo.



Jamás se ha trabajado en Hollywood más alegremente que desde la llegada de las girls, que animan con su presencia la rutina del trabajo cotidiano.

ducción del film sonoro, serán destinados a historias de music-halls; por otra parte, como nueva garantía, los precios de los films sonoros serán rebajados, porque el trabajado realizado en él, es tres veces inferior al del film mudo.

En consecuencia, las damas no tendrán el derecho de sentir caprichos.

Pero, en compensación, ¡ellas hablan, ellas hablan! Y... ¡Dios lo sabe!...

ABAJO: El sábado, a mediodía, las girls desfilan ante el compartimiento del cajero, para tomar su salario, que es dos veces superior al de New York.



Lo que Piensan de los Americanos las Europeas de Hollywood

Después de una pequeña encuesta, discreta y perseverante sobre la suerte de un americano al casarse con una europea, la opinión de las estrellas extranjeras en Hollywood se ha manifestado entre dos sonrisas: una de aceptación por la alegría, la generosidad del muchacho feliz, gran acumulador de dinero y la otra, más discreta por la reserva demostrada en lo que se relaciona con el matrimonio.

Es verdad que América es la cuna del divorcio y que un error matrimonial es pronto subsanado; pero hay formalidades



Arlette Marchal.

que reportan más fastidios que agrados. La publicidad que resulta de una separación, no siempre significa ventaja a la linda mujer que siempre debe luchar contra la maledicencia y la calumnia. Las que van del otro lado a ofrecer al escenario, el encanto turbador y brumoso de las hijas del Norte, o la gracia lasciva de las del Mediodía, poseen generalmente una mentalidad que se inclina a los homenajes y las flores, pero que vacila ante una formalidad definitiva.

Algunas de las estrellas más en boga, dan su opinión maliciosamente. Otras tergiversan y merodean alrededor de la cuestión.

Una rubia conocida de todo el mundo, pero que no quiere ser nombrada, dice: —Me agradan profundamente los americanos. Son excelentes tipos, amables y correctos. No son celosos; bastante, sin embargo, para no herir el amor propio de una mujer, ni tampoco demasiado para hacer notar las relaciones masculinas que una artista está obligada a tener. Son generosos, osados, emprendedores. Poseen todas las cualidades exteriores requeridas para atraer a una mujer. Lo que les falta... es algunas cualidades interiores, ¡oh!, muy poco para retener a la mujer.

¡Muy poco! Esta frase resume todo. Pero, ¿cuál es éste poco? Esto es lo que precisa ensayar de conocer.

Baclanova, la bella rusa de los ojos claros, explica sencillamente las razones que le hacen preferir los americanos a los otros hombres. Son razones de carácter físico: —Los amo y admiro porque son deportistas, tienen anchas espaldas y viven al aire libre. ¿Comprendéis lo que quiero decir? En Rusia todos los hombres viven en el interior de sus casas. Son tristes, sí, muy tristes; ven la vida siempre a través de las sombras, y cuando se divierten, lo hacen sin alegría... En Moscú los hombres se visten a la moda americana y se esfuerzan por semejarse a los americanos. Pero yo jamás me habría casado con un americano.

Acabo de casarme con Nicolás Soussanin; es celoso y melancólico. Quiero mucho a los americanos, pero amo a un sólo hombre y este hombre es ruso.

Ahora oigamos a la hija morena de la tierra donde imperan los mandolines y las castañuelas: Raquel Torres. Ella también se complace en reconocer las cualidades de los grandes muchachos fuertes y risueños:

—¡Ah, son tan amables y felices! El español es demasiado celoso y el americano no lo es. En cambio es un buen marido: trata a la mujer como su igual, y para él, un beso no es un contrato. Un día el americano dice: —"Yo la amo", y a la mañana siguiente, si encuentra a su amiga, le pregunta con un aire de su-

prema indiferencia: —¿Cómo está usted? — El español es sentimental, y para él un beso es un convenio tácito. En cuanto a mí, que soy latina, el amor sin romanticismo no es amor. Yo admiro a los americanos... pero, me casare con un latino.

Renée Adorée vive actualmente su segundo ensayo. El primero Tom Moore, sólo le procuró una pasajera satisfacción, puesto que lo reemplazó por William Giel, quien reina aún.

Pero, he aquí a Lily Damita, quien tiene rendida a sus pies a la mitad de la población de Hollywood. Lily, que arrastra en pos de si una caravana de apasionados admiradores, entre los que pueden contarse príncipes y banqueros, nos habla de este modo:

—Hollywood es muy diferente de París. Aquí, seguramente, no tengo tantos enamorados, pero tengo en cambio mucho más amigos. Cuando un hombre en Europa se preocupa particularmente de una, los demás esperan pacientemente el despejamiento de la plaza. Aquí es muy corriente ver varios amigos compartir el placer de invitar o a danzar o a comer.

En América, los hombres se interesan, en primer término, por la mentalidad y como orden secundario, en la apariencia exterior. En Europa sucede lo contrario. Aquí, la amistad entre ambos sexos puede ser real, simple, sin ambigüedades ni conflictos posteriores, admitiendo tan solo una infima dosis de emoción, la que justamente da margen a pequeñas galanterías... Si yo me casara con un americano? Pues este es un affaire muy distinto. Tengo muchos amigos, pero el hombre a quien sinceramente adoro es a Charlie. ¡Qué inteligencia y qué genio!

—¿Qué fina es la exquisita Lily! Ella, que colecciona los homenajes internacionales, no se compromete, o al menos se declara ruidosamente por un hombre que, después de todo, no es americano, puesto que es inglés.

—¿Qué piensa la austriaca Eva von Berne, quién fué descubierta por Norma Shearer?

—¡Qué gentiles y buenos muchachos! No tienen jamás más de diecisiete años. Son hermosos, robustos, alegres. Si, yo amo a los americanos. Seguramente me hubiera inclinado por alguno, pero... Tengo un novio en Viena.

Camila Horn, la Fraulein de "Tempestad" y de "El Abismo", da una opinión desinteresada:

—Ellos son amables, es un hecho; pero yo... comprenderéis, estoy fuera de tema, pues soy casada y desde luego...

Después Lucía Loraine, Mona Ricco, Arlette Marchal, son quienes rinden justicia a las cualidades norteamericanas; pero también prefieren los defectos europeos.

Nos encontramos ligeramente informados respecto de la opinión de varias hermosas mujeres, cuyo oficio es agradar a las multitudes, y entre estas multitudes, recoger los homenajes masculinos de todos los países.

MARIANNE
A L B Y



Pola Negri.



El Ocaso de las Polleras Cortas

POR ABEL HERMANT

Si soy crédito a los rumores que provienen de la Rue de la Paix, principal arteria de nuestra cueva humana, estamos en vísperas de un acontecimiento que interesará al mundo entero.

—¿De qué se trata? —me pregunta un boxeador amigo mío. — ¿De un torneo para conseguir un título mundial? —¿Casco de una operación colosal que supone cifras astronómicas? —me averigua un financista, también amigo. (Tengo relaciones en todos los círculos.)

No podría calificar el acontecimiento que nos ocupa, ni de "mundial", que es un epíteto bárbaro, ni de "astronómico", puesto que este término, salvo que se coloque junto a una cifra, no significa nada; pero creo que el acontecimiento a que me refiero, puede sin inconvenientes, ser calificado de cósmico, dado que en lo futuro llegará a cambiar el aspecto del "Cosmos" en el doble sentido de esta palabra: mundo-universo y mundo elegante.

Tanto mi amigo el del "ring", como mi amigo el de la Bolsa, se han mostrado un tanto resentidos porque yo me he negado a emplear los términos de su vocabulario que han venido a ofrecerme con tanta generosidad; pero como la curiosidad los agujona, siguen insistiendo.

—¿Qué es lo que nos amenaza? —preguntan.

—Nada —les responden—. Al contrario, gracias a Dios "una inmensa esperanza ha atravesado la tierra" como dice Alfredo de Muset, que nunca escribió entre paréntesis (lo he sabido por un diario esta mañana):

"D'un siècle sans espoir naît un siècle sans crainte."

("Les comètes du notre ont dépeuplé les ciels".)

(De un siglo sin esperanzas, nace un siglo sin temores.)

Los cometas del nuestro han despoblado los cielos).

Musset escribió:

"Les conquêtes du notre, etc."

(Las conquistas de l'Inuestro, etcétera).

"Conquistas" no significa gran cosa; pero



sino que muestra también lo que promete, salvo una pequeña parte del cuerpo situado entre el talón y la rodilla. Si tuviera el don de la palabra (pero sólo cuenta con el de las cifras), diría:

—No quiero que las mujeres vuelvan a los vestidos largos! No tengo tiempo. De ahí que quedaría por un momento consternado; pero es optimista y si llegara a quererlo, lo que Dios no permite, (pues tengo fondos confiados a él) tomaría este accidente a la norteamericana, y volvería a comenzar sin descorazonarme.

Cuando se le anuncia una noticia que le disgusta o que podría molestarle, la niega con toda tranquilidad o por lo menos le quita toda importancia. Su sistema tiene algo del de Coué: "¡Qué bien me siento esta tarde! ¡Qué buen semblante tengo esta mañana!"

Me manifestó, pues, que yo le hacía el efecto de haber perdido notablemente el sentido de los valores y que no era necesario ser mago para predecir que los vestidos se alargarían, puesto que habían alcanzado ya, y aun traspasado los límites permitidos o vedados de la cortedad, que el espíritu de la moda era oscilar entre uno y otro extremo; que las mujeres se visto o como paraguas o

"cometas" no significa absolutamente nada. Falta saber qué va a más, un verso absurdo o un verso "pompier".

Mi amigo el financista me dice con tono irritado:

Le pido seriamente que no se pierda en dígresiones y nos haga saber sin comentarios inútiles cuál es ese acontecimiento que ha de cambiar próximamente la faz del "cosmos".

—Ah! Sí—replico. —Disculpeme; me había olvidado. ¿Recuerda usted el delicioso verso de Mme. Noailles: "Il fera longtemps clair ce soir, les jours allongent"? (Será largo el crepúsculo; los días se alargan).

—Pero, jinsiste usted!

—¡No se enoje! Y bien, así como los días se alargan con la primavera, van a alargarse los vestidos este invierno. Este dato lo he obtenido de buena fuente; Patón lo vocea en los tejados y Jenny me lo ha murmurado al oído como una confidencia.

Con gran sorpresa mía, esta importante revelación no produjo la menor impresión en el ánimo de mis dos amigos.

Disculpo al boxeador para quien los trajes son desmesuradamente largos y que está personalmente acostumbrado a llevar en público sólo un calcetín que ya tenga cuatro centímetros de más o de menos, no influirá mayormente en la fisonomía.

En cuanto al financista, aunque finja desdenar lo frívolo y no preocuparse sino de lo positivo, está muy lejos de no reparar en los trajes femeninos y, si me atrevo a decirlo, es incapaz de entender su filosofía.

Comete el mismo error craso de Stendhal cuando define la belleza como "una promesa de felicidad". En la misma forma define el traje femenino, y como no es amigo de enigmas y sus negocios no le dejan tiempo para buscar la solución, se declara vencido de inmediato. Ha sido partidario de la última moda que no se contenta con prometer,

que la pequeña parte del cuerpo

EL NEGRO CASTIGO

Este que voy a contarte se pasaba en el Imperio de los Persas, cuando los Medos predominaban, y ya derrotados por los Griegos, se había extendido entre ellos el Magismo. Zaratustra hacia tiempo que había hablado, y sus palabras ya habían sido olvidadas. A las creencias heroicas del Irán, habían sucedido ritos mágicos. Ormuzd, el dios del Bien, estaba en el cielo, y su divino hijo Mithra intervenía en la Tierra para salvarla, pues ésta había sido ya completamente invadida por el maligno Ariman.

Reinaba en estos tiempos en la Persia un soberano llamado Svarham, joven, apasionado gran cazador, y muy cruel de carácter. No podía soportar la verdad cuando ésta no coincidía con lo que él deseaba, y amaba la lisonja y los grandes elogios, aunque fueran inmotivados.

Un día, en uno de sus viajes, vió a una joven princesa de Siria, de una gran belleza, llamada *Mejillas de Rosa*, que había quedado huérfana. Y la deseó y la pidió por mujer, y ésta, aconsejada por un antiguo servidor de su padre, que no la dejaba nunca, accedió, pues le dijo que, de lo contrario, su reino iba a ser devastado por el déspota. Y ella se sacrificó, por no causar la ruina de sus buenos vasallos.

Las bodas fueron suntuosas. Asistieron a ellas 7 reyes y 77 príncipes; y como en toda gran solemnidad, el *Rey de los Reyes* (que así se hacía llamar), ordenó que la fiesta terminara con una gran cacería.

Un día de primavera, mientras el rocío de la madrugada cubría aún con sus perlas las hojas, y el cielo empezaba a presentar, a lo lejos, aspectos de nácar. Svarham, con su bella esposa al lado, caballeros ambos en blancos corceles, seguidos de toda la Corte, y acompañados de los ojeadores, los pajés y la jauría de perros, salieron al bosque y comenzó la cacería. Los perros empezaron a perseguir las liebres, los ciervos, los antílopes y otras bestias, que aún dormían tranquilas dentro de los matorrales. Las aves emprendían el vuelo desparpionadas, y las flechas eran lanzadas por los cazadores con tal puntería, que bien pronto llovieron infinidad de pájaros, cubriendo la verde alfombra de hierba, en la cual caían también heridas en su fuga las demás piezas de caza mayor.

Vuelto de la expedición con diez carros de marfil, cargados de animales muertos, descarrión en el patio de palacio, en torno del gran surtidor, rodeado de lirios, que estaba en el centro. Svarham, con su joven esposa al lado, desde la galería, llena de cortesanos y príncipes, y rodeado de los siete reyes, contemplaba el prodigioso resultado de la cacería; los plíqueros iban levantando las piezas y mostrándolas al soberano. En esto levantaron un hermoso antílope, muerto de un solo flechazo al corazón. "Este lo he matado yo, que parto un cabello en el aire, en dos mitades iguales, a mil pasos de distancia", dijo el rey. Todos los cortesanos, incluso los príncipes y los reyes, prorrumpieron en admiraciones hiperbólicas. La reina, que había visto por sus propios ojos, que el que lo había derribado era un joven cazador, que andaba cerca de su caballo, se calló. No podía asentir a tal mentira, pero también sabía que el contradecir a un déspota es más peligroso que el tirar de la cola de un león, o el pegar con la mano desnuda contra el filo de un sable; por lo tanto, y antes de hablar con un monarca absoluto, hay que pesar las palabras, y no verterlas en los casos comprometidos. Así, por más que su esposo la miraba, ella nada decía.

Svarham la apostrofó duramente, acabando por exigirle que confesara la verdad de lo que había visto, creyendo que ella pronunciaría un dictamen favorable. La pobre princesa respondió temblando: "Señor, perdónadme, pero había sido una alucinación que yo he sufrido..."

"—Qué—le interrumpió irritado Svarham.

—Que vuestras flechas son de oro resplandeciente—balbuceó la reina—y me ha parecido, que la que hirió a este antílope era de negro acero.



cureciendo; se hubiera creído que, en lugar de levantarse el dia, llegaba la noche.

La comitiva hacia ya horas que andaba, y no acababan nunca de llegar al palacio del primero de los siete reyes; por fin, y ya envueltos completamente por las nocturnas sombras de Ariman, sin que se viera en el cielo ni una sola estrella, cual si el maligno se las hubiera comido todas, divisaron unas luces pálidas, que parecían oscilar dentro de unos ventanillas. Ya no tardaron en llegar a un palacio rodeado de un bosque sombrío, y las puertas se les abrieron como por encanto. Un heraldo vestido de negro salió a recibirlas, y les introdujo en el salón de recepciones, donde les recibió una reina negra, toda vestida de negro, sentada en un trono de ébano. Las damas que la rodeaban eran también de un color sombrío, e iban todas enlutadas, lo mismo que los músicos que, desde una tribuna, con colgaduras negras, tocaban aires fúnebres. Allí se les hizo a todos los hombres, especialmente al Rey de los Reyes, agasajándoles con un banquete, en el cual no se sirvieron más que carnes tostadas, pan moreno y vino negro. La reina se sentó al lado de Svarham, y por su propia mano le fué pasando los platos y escanciándole el vino.

Pronto sintió que un sueño profundo le invadía, tanto que pidió retirarse a sus habitaciones; los demás se retiraron también, ya medio dormidos.

Al día siguiente, al amanecer, salieron todos para cazar en el sombrío bosque, y la reina les despidió en el umbral de la puerta, envuelta en su negro manto. ¡Y cuál no fué el asombro de Svarham al despedirse de ella, cuando le pareció reconocer en aquellos ojos una mirada igual a la de su desposada, que él mandara arrojar a las olas!

—Volveréis?—le preguntó cariñosa la sombría reina.

—No, no volveré...—le respondió Svarham, conturbado.

—Haremos bien..., para no ver más la que os causa ho-

PARA TODOS

Por
POMPEYO GENER

rror...—le respondió ella, volviéndole la espalda. Svarham espolgó el caballo y partió al trotar, seguido de los suyos. Iba pensando en si todo aquello era realidad o pesadilla, cuando reparó que él, y los suyos también, iban todos vestidos de negro. Las armas y armaduras, chapadas de oro, se habían vuelto de acero pavonado. Las irrisadas plumas de los cascós y de los gorros eran negras, así como las guardas de los caballos. Hasta los perros de la jauría eran todos negros, como los espíritus maléficos de Ariman; sólo sus lenguas pendientes eran rojas, como si fueran de fuego, cual sus ojos, que parecían ascuas.

De repente, le distrajo una gacela que vió a lo lejos, y se puso a seguirla con ardor. Cuanto más corría su caballo, más corría la gacela. Por fin, vió que se refugió cerca de un hombre de aspecto salvaje, que iba medio cubierto de negras pieles, el cual estaba rodeado de una multitud de animales diferentes que parecían vivian en su compañía. Las aves revoloteaban sobre su cabeza, y tomaban simientes de su mano. Al ver avanzar al caballero, le indicó por señas que se apeara y se aproximara, arrojando antes sus armas. El Rey de los Reyes, como dominado por un conjuro mágico, descabalgó, ató su negro corcel a un árbol, arrimó a él su lanza y, arrojando el arco y el carcaj y tirando al suelo su espada, avanzó y preguntó a aquel salvaje, por qué prefería la compañía de los animales a la de los hombres.

—Porque los hombres no son los que deberían ser— le respondió.— La mayor parte de ellos, a pesar de su conformación superior, valen bien menos que estos apreciables animalitos. Ni son fieles, ni son buenos amigos, ni tienen buen corazón. El animal bipedo, que llaman hombre, casi en su totalidad, ya no sirve al brillante Ormuzd, el dios del Bien, sino al sombrío Ariman, dios del Mal y de la Muerte. Así, el hombre no busca en todas partes más que su propio interés, sacrificando, si es preciso a sus semejantes, y, a veces, hasta por placer.

Svarham se quedó pensativo. Los buenos animalitos se apartaban de él, como si temieran algo. Levantó la cabeza, miró a su alrededor, y vió que todo su séquito había desaparecido; hasta sus perros, sus armas, nada ya tenía a la vista de lo que dejara cerca.

—Mi querido filósofo—le respondió al cabo de un rato—me parece que ésta no es la razón, sino algo que me oculta. En nombre del gran Ormuzd, y en el de Mithra, su hijo, que goberna el mundo, yo te conjuro a que me digas la verdad.

Entonces, el filósofo salvaje le respondió, al oír la invocación sagrada:

—¡Ah, joven, imprudente, que buscas el mayor de los males, queriendo conocer el fondo de la causa que me ha guiado a vivir en este bosque!

—No importa, dila—le gritó Svarham, ansioso.

—Pues bien... Anda siempre en linea recta hacia la derecha, y encontrarás el mar. Cerca de la playa, se te presentará un viejo mago, que te responderá por mí—Y diciendo esto, volvió a mezclarse con las bestias, desapareciendo en la espesura.

Svarham fuése en la dirección que le indicara el filósofo salvaje, y pronto vió su caballo que le esperaba comiendo hierba. Volvió a montar, y partió al galope. Llegado que fué a la orilla del mar, encontró, en efecto, un viejo de largas barbas, todo vestido de negro, que estaba de pie, apoyado en el umbral de una gran cabaña. Este era un mago que vivía sólo con su sombra, leyendo los astros y escuchando los rumores de la naturaleza. El joven principe, al verle, descabalgó, y preguntó al solitario, lo mismo que al que vivía entre los animales. Este, apartando la vista del mar, miró de pie a cabeza, y no despegó los labios. El joven rey ya iba a marcharse desesperado, cuando le pareció oír de lo alto de las nubes, como si fuera llevado por el rumor del

viento, esta máxima: "Con tiempo y perseverancia se llega a todo. De nada sirve forzar el curso de las cosas". Entonces se armó de paciencia, y suplicó al viejo solitario que le tomara en su compañía.

Este le indicó una pequeña cabaña cerca de la suya, la cual estaba vacía. El rey se instaló en ella, y se puso a hacer vida de ermitaño. Cada día iba a pasar un rato con el viejo, el cual le hablaba de todo, menos de lo que él deseaba. Por fin, al cabo de cierto tiempo se decidió a preguntarle por el enigma, y el viejo respondió: "¡Oh, gran Rey, en nombre de Mithra, vuelve a tu palacio, y ocupa nuevamente el trono, que no quiero hacerte desgraciado para siempre!". Svarham volvió a su cabaña fuertemente impresionado, y tal fué la impresión que cayó enfermo. El buen viejo se instaló en la cabaña, y le cuidó con paternal solicitud hasta que hubo curado del cuerpo, mas no del alma. Un día, al llevarle agua fresca, le halló tendido en su lecho

de hojas secas, llorando y desesperándose, y al verle en tal estado, le dijo: "Hijo mio, para que no te mueras de pena, voy a hacerte ver lo que te escondía, pero antes es preciso que tu cuerpo sea lavado por la mar salada; entonces tú conocerás el misterio. Arrójate de cabeza a las ondas, con los ojos cerrados, y no temas, que pronto has de salir de la prueba".

Entonces, Svarham se desnudó, subióse a una roca, y se echó de cabeza al mar con los ojos cerrados. Y cuál no fué su sorpresa cuando, al cabo de algún tiempo de sentirse balanceado por las ondas, le pareció que ya se hallaba en tierra firme; abrió los ojos, y se encontró tendido en la playa, tocando a un bosque, y teniendo al lado un manto negro para cubrirse. Miró al cielo. Era de noche, y las estrellas palpitaban en el firmamento. Entonces respiró fuerte, se levantó, se embobó en el manto, y se puso a andar por un sendero que se internaba en la espesura. A poco oyó unos rugidos horribles. Volvió la cabeza, y vió a la débil luz del menguante dos leones, a lo lejos, que veían persiguiéndole. Echó a correr despavorido, y los leones tras de él, hasta que llegando al borde de un abismo se arrojó al fondo, y la capa, sirviéndole de paracaídas, hizo que el descenso fuese lento. En lo alto rugían y asomaban sus horribles cabezas las dos fieras. Tocado que hubo el suelo, volvió a andar, pero es que le perseguían llamas que salían del suelo. A medida que andaba, éstas iban aumentando, hasta que, por fin, una le alcanzó el borde de la capa, la cual se inflamó, viéndose rodeado por un torbellino de fuego, que pronto empezó a morderle las carnes. Al sentirse arder, el dolor vivo de las quemaduras le trajo el conocimiento. No supo el tiempo que transcurrió cuando despierto; aorío los ojos, y con gran sorpresa suya, hallóse tendido en un muelle y lujooso diván, dentro de un cuarto guarnecido de bordados, telas de la India y tapices de Egipto, alumbrado por la luz del día, que entraba por un alto ventanal tamizado por cristales de colores suaves.

Frotóse las sienes, estiró los miembros e incorporóse, para ver si estaba soñando, y se halló vestido con una rica túника blanca, recamada de oro, ceñida con broches de esmeraldas, rodeado el cuello por rico collar de gruesas perlas. Entonces se abrió una puertecita con incrustaciones de esmalte, y dos jóvenes hermosísimas se dirigieron a él y le calzaron ricamente, diciéndole: "Rey de los Reyes, su Majestad la Reina os está esperando en la gran sala del trono. Sabiendo que habíais llegado ayer noche, ha esperado a que despertarais para salir de sus habitaciones, a fin de recibiros". En seguida le cubrieron con un rico manto real, le pusieron en la cabeza una tiara de oro, tricoronada, y le introdujeron, al son de una música melodiosa, en la gran sala del trono, donde se hallaba la Reina rodeada de una multitud de hermosísimas jóvenes, a cuál más bella. Sus

(Continúa en la página 80).

El Presente del Pescador

Delante del pequeño estable, la casita llegaba casi al mar. La barca se balanceaba como para dormir un niño. Era una sólida barca. Se llamaba la "buena Madre", nombre que los provenientes dan a la Virgen. Como atraída por las consecutivas caricias y los consecutivos desdenes de las olas, siempre parecía dispuesta a partir, en un ligero impulso, hacia extraordinarias aventuras.

Pero no partía jamás.

Bernard Londas, el viejo enfermo que habitaba la casucha, pasaba la mayor parte posible del tiempo, en la barca amada e inútil.

Con el único brazo que le quedaba, la cuidaba como a una madre adorada o como a una hija pequeña a la que ni se está seguro de ver todavía mucho tiempo. Le hablaba con mimos pueriles.

¡Hola! querida, ya sé que te gustaría correr a impulsos del viento y salir un poco hacia lo lejos. Pero tú sabes que eso no es posible. Con mi brazo de menos y mi reumático, cómo podrías hacer ma-

A menudo en las noches de verano, dormía en la barca bajo las e trelas.

Allí su sueño encontraba una dulzura de juventud y le mecían deliciosos sus ensueños, con fuertes vientos y pescas extraordinarias.

Desde hacía diez años, desde su "desgracia" él ya no podía coger y tirar de la cuerda que extendía o recogía las velas de su barca. También sabía que ya no podría jamás bajar la mar en calma, coger los remos, para hacer de lízarse a "La buena Madre" blanca, dulce y armoniosa como un cisne. Pero hacia y un mes que estos consolados ensueños no venían a allí, un poco su desventura. Tres

pués de lo que él llamaba siempre con un término vago "la desgracia", desde que le aconteció el accidente que lo privó, por una amputación de su brazo derecho, Bernard Londas, privado de su oficio de pescador, se había preguntado varias veces y sin ningún angustia, cómo ganaría él su pobre vida. Tenía es verdad, algunas pequeñas economías que el muy prudentemente, las había empleado en comprar algunos cordellos que conducía a pastorear sobre la colina. Pero si algún caminante le preguntaba, mientras apaciguaba sus cordellos:

—¿Cómo va, pastor? —hacía él una mueca de descontento. En cambio, una llama de placer y de orgullo se encendía en sus miradas, si el caminante le decía:

—¿Cómo está la "Buena Madre"?

En principio, se le había querido comprar su barca muchas veces.

Londas, de continuo tan dulce y tan bueno, había recibido las ofertas como si fueran verdaderas ofensas. Mientras él viviera, nadie treparía en esta "Buena Madre", que él ya no podía manejar. Estaba celoso de su barca, como lo está un viejo de su joven esposa.

Sin embargo, hacia un mes, hacia fines de noviembre, él había tenido una nueva proposición que lo había llenado de dudas.

He aquí las circunstancias que lo habían hecho vacilar un segundo.

La barca, "Los dos Hermanos", había sucedido en una tempestad, y Mario Esclan, uno de los hermanos que la ocupaba, y a los cuales la barca debía su nombre, había perdido en ella. Pedro, el sobreviviente, era viudo con cinco hijos. Y había recibido a su cuñada, María, cargada ella misma con tres niños y a punto de ser madre de un cuarto. ¿Cómo dar de comer a este pequeño mundo, ahora que el instrumento para ganarse el pan, se había perdido?

Pedro había venido con la pobre mujer, con sus hijos flacos, y con los huérfanos de ojos

enrojecidos. Le había dicho al anciano pescador:

—Para qué te sirve la "Buena Madre"? Y en cambio a nosotros nos salvarya. Hay que ser bueno con los desgraciados que sólo pueden trabajar y permanecer honestos. Es preciso que me la vendas o que me la prestes. No tengo plata para pagarte, pero tú me conoces y sabes que soy incapaz de hacer perder un céntimo ni siquiera a un rico. Te daré tu parte de pesca.

El viejo tuvo un fruncimiento de cejas. Estuvo a punto de gritar:

—Yo no necesito tu pesca. Cuando yo quiero comer pescado, lo cojo en mis redes. Gritó casi, y su voz era dura, porque sintió una gran piedra a la vista de esos seres miserables, y había estado a punto de ceder.

Estaba furioso consigo mismo.

—Tú quieras pues, que yo me muera!

Después con tono menos áspero:

—Yo no soy más malo que otro. Ven conmigo al estable. Te daré un cordero, pero si quieras que me enoje para siempre, pideme cosas que no te puedo dar. Dejarte salir en la "Buena Madre" sería lo mismo que arrancarme el corazón del pecho y colocarlo en el tuyo.

Después de un mes, Bernardo veía siempre la escena: todos estos pobres rostros descarnados y esos otros pobres ojos hinchados. Y sobre todo veía a María con los rasgos de la cara, tan dolorosos, que parecía la "Pietá" del antiguo convento. El tenía ganas de pegar a estas imágenes como a enemigos, porque le obsesionaban. Las acompañaba una especie de remordimiento. Era una especie de voz que él no podía oír y a la cual él colmaba de injurias. Todavía él no se formaba claramente la idea de que no era posible sacrificar a una idea tonta, toda una pobre gente.

—Pero luego te disculpaba a sí mismo diciéndose:

"La Buena Madre", no es una cosa. Es casi una persona para mí. Qué digo una persona. Es mi madre. Es mi hermana, o por lo menos vale para mí como si lo fuera.

Desde que los hambrrientos vecinos le habían visitado, él no había vuelto a tener esos hermosos sueños de navegación y de pesca que antes solían venir a él. El pobre hombre creía que la ausencia de sus sueños, constituyía verdadero castigo del cielo.

—Creía apaciguar al cielo y a su corazón multiplicando las generosidades. Había dado a la familia necesitada un segundo cordero, y constantemente regalaba a María parte de su pesca en las redes.

Pero, a pesar de todo, el remordimiento turbaba estos humildes placeres.

Ese 24 de diciembre, él pensó en María más que nunca. Había oido decir que el niño que esperaba la infeliz mujer, no tardaría ya en llegar.

Se decía:

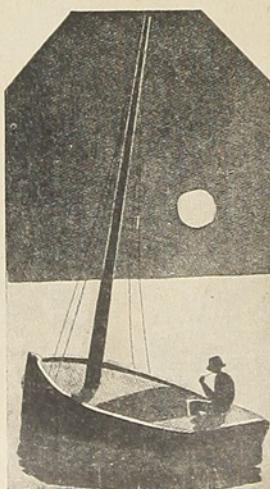
—Sería curioso que el niño de María llegara esta noche, ni más ni menos que el Niño Jesús.

En la noche, después de una comida modesta ligera que de costumbre él se había bebido en un vaso lleno de vino cocido lo que no hacia desde hacía mucho tiempo —como que era comida de Navidad, apuntó en la boca su pipa y llamó a esos amables pensamientos que en otras ocasiones con tanta frecuencia le visitaban.

Decidió ir a las once a la iglesia. Al pasar, se fijaría si había luz y alguna novedad en casa de los Esclan.

La imagen del pequeño huérfano que iba a

(Continúa en la página 80)



CUATRO EXPRESIONES



¿Inteligencia?



¿Ingenuidad?



¿Enojo?



¿Serenidad?



Una encantadora foto-
grafía premiada en un
concurso de Londres



Mussolini cabalga con
su hijito, el menor de
todos los suyos



UN BESO...
Cinematográfico

NORMA TALMADGE Y GILBERT ROLAND

LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO Por Carlos F. Borcosque



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque.
Un autógrafo de Lupe para nuestra revista.



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque.
Junto a la chimenea de su nueva casa en Beverly Hills



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque.
Los días de fiesta, Lupe se distrae limpiando personalmente su automóvil.



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque.
Lupe en traje de noche.



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque. Un beso maestro. Lupe y William Boyd.
en «La Melodía del amor»

Estamos en una habitación de una familia humilde, perdida en el desierto. Afuera llueve torrencialmente y se oye el chorrear desesperante de los regueros que se suceden sin interrupción. Entramos en un rústico escaño de madera, Luisa y yo, a dos pies. Rin Tin Tin, el perro, permanece plácidamente. Demás está decir que la tormenta es artificial y obra y se trata de un «set», que la dirección de Warner Brothers.

El director, George Fitzmaurice, está en un rincón con Monte, el uniforme rojo de los policías. Gastón Glass, que hace en la película una escena de amor con Luisa, está pues a nuestra disposición animadamente con la interesante pregunta: «Una entrevista? No, por favor, dicen cosas tan raras de mí...»

Y ella misma nos recuerda que en Hollywood ha tenido que pasar de un salto, de «El Gaucho», casi llevándose por delante al cumplido Robin Hood, que hubiese sido delito terrible de su pecho, — le valió un control en la cárcel por lucirse demasiado.

Lupe es siempre la misma mujer que dicen que es inicula, pero quienes dicen que es franca, francota, a la manera americana, y como lo siente, y que no tiene amigos ni enemigos, ni personalidad, y por eso es que se ha hecho una de las estrellas más populares, como algunas estrellas holandesas que actúan de inútiles, tienen un lio y un escándalo.

Dicen que soy un «pimentón», — nos dice Lupe, — pero creímos que era tranquila que yo. Vivo con mi marido, Me levanto a las siete y media, cociono un poco, tomo aunque éste llorillo, y algunas cartas. A las 8.30 me trabajo. Cuando terminamos de trabajar, a las 9.30, me voy a la mesa a comer, en mi casa o en la de mi marido. Hace más de un año que no me interesa un asunto serio.

Nos interesa más un asunto serio.

— Y Gary Cooper?

— Es mi mejor amigo. En suyo.

— Y se casan cuando?

— Lupe saltó en su asiento.

— Casarme yo? ¡Si eso es un disparate! No lo pienso; deseo ésta es mi profesión, mi marido.

Continúa en la pág. 62

nas iluminadas; es la casa de pedid de los bosques del Canadá, las ventanas sin postigos y el reflejo de los relámpagos. Estamos sentados en la cama y yo, mientras a nuestro cerebro humano, descansa que se trata de un «set», que la dirección de los técnicos de los estudios.

Entre tanto, charla animadamente, macizo y feo, vestido con montados canadienses, y con cuello un rol de villano. Lupe sonríe, y conversamos larga y animadamente con la interesante actriz mexicana.

— Una entrevista? No, por favor,

dicen cosas tan raras de mí...»

— Entre tanto, charla animadamente, macizo y feo, vestido con montados canadienses, y con cuello un rol de villano. Lupe sonríe, y conversamos larga y animadamente con la interesante actriz mexicana.

— Una entrevista? No, por favor,

dicen cosas tan raras de mí...»

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.

— Ya hablamos con ella y estamos un par de años, cuando acaba de nacer a la gloria, en «El Cid» a Douglas Fairbanks, cosa algún otro estudio, pero que cine — que no tiene envidias — en vez de que se le pusiese en la cara por lucirse demasiado.

— Chalemos como buenos amigos.



LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO, por Carlos F. Borcosque. Lupe y Gary Cooper, «su mejor amigo».

¿La misma?

Quién lo creyera; esta es la misma fotografía de Arlette Marchal, en tres distintas posturas

BIBLIOTECA
CH
SECC
103.15
FACULTAD

Un Momento... Nada Más o El Arte del Fotógrafo



Pero ¿por qué tan
seria, señora?



Un poquito más
alto el rostro, así...



La cabeza algo más
inclinada...



Pero, no tanto, no
tanto...



Plense en algo bien
divertido



No se ponga ner-
viosa, señora...



Tiene usted una
boca muy expresiva



Ah, muy bien, no
se mueva...



Tranquila, muy
tranquila



Justo, así un mo-
mento...



Un segundo, por fa-
vor, no se mueva



Mil graciás, se-
ñora...

LA MODA, EN
MAGENES
Y SIN
PALABRAS



Vestidos Sencillos

binaciones que pueden hacerse es extra-
ordinaria; se hará de terciopelo inglés y forrado
contra que armonicen el abrigo y los ves-
tidos el cual para que lleve bien su come-
tido, se hará de terciopelo inglés y forrado
de satén o de crepón de China y se ador-
nará en la parte baja con secciones y en
el cuello y en los buños con piel que se-



El conjunto de tarde llevará un abrigo que pueda servir también para cubrir el traje de noche. Para que los conjuntos formados por la misma prenda no hagan mal efecto, convendrá que el color de los vestidos se armonicen con el del abrigo, pudiéndose hacer, por ejemplo, un abrigo de terciopelo azul marino para llevar con un vestido de tarde de crepón de China rojo y el de noche de taftán azul medio. Si el abrigo es de terciopelo verde oscuro el vestido de día será de crepón de China verde almendra y el de noche de taftán color marfil. El número de com-

ún el color de la prenda serán de castor, ragondín, nutria y astracán negro o gris.

El vestido de tarde lleva una falda plisada y un cuerpo liso adornado con pliegues religiosos; las mangas son largas y estrechas, terminadas con un pufito de encaje semejante al que bordea el escote.

El vestido de noche es de taftán y está adornado con incrustaciones de tul del mismo color que aquél; el cuerpo ceñido y la falda amplia dan una línea muy favorecedora para una jovencita.

Según la edad de la que haya de llevar este vestido la falda será de longitud indicada en el dibujo o diez centímetros más larga.



*E l
T w e e d ,*

Tejido Favorito

Ved sobre estas líneas tres trajes prácticos, elegantes y juveniles. El de la izquierda lleva una chaqueta tres cuartos y el vestido es de línea recta con falda a pliegues y cuerpo liso. El segundo se completa con una chaqueta recta de mangas raglán; la falda forma godets delante y detrás. El de la derecha es también un vestido dos piezas, pues consta de una chaqueta y de un vestido que se abre sobre un pechero de crespón de Chino de color claro y lleva anchos pliegues fuelle que dan la amplitud conveniente a la falda; una corbata de nudo de color contrastante cierra el cuello, que es vuelto y se lleva por encima de la chaqueta.

Los abrigos con esclavina están muy de moda; el de la izquierda es muy práctico para la mañana y los viajes. El de la derecha es muy cómodo y práctico y se cierra con un cinturón de piel; el cuello es de forma smoking y lleva amplios bolsillos.



La boga de los tweeds es tan grande, que la mayoría de los trajes sencillos están hechos con ellos y por eso hemos reunido en estas páginas modelos para hacer con dichos tejidos. Sobre estas líneas, a la izquierda, vestido adornado con pespunte, un cinturón de cuero y un cuello de lencería. En el centro, vestido de tweed, adornado con un tejido de lana liso. A la derecha, conjunto de dos piezas compuesto de una chaquetita recta y de un vestido con amplitud en forma a los lados de la falda; una tira de tejido de lana lisa forma el cuello y la tabla donde van los ojales y botones, que son pequeñitos y sirven de adorno.

A la izquierda, traje sastre de color muy masculino; la chaqueta es cruzada y la falda lleva pliegues delante. A la derecha, conjunto compuesto de un abrigo con cuello de piel, y de un vestido con amplitud ligeramente en forma a los lados; el modo con que están hechos los bolsillos dan una nota nueva a este modelo.



PEINADO PARA CABELLOS MAS LARGOS.— Frente descubierta. Bucles sobre la nuca y las meñillas.

CABELLOS ONDULADOS.— Bucle atrás y sobre las orejas. Frente descubierta adelante y ondulaciones.

De la Cabeza a los Pies



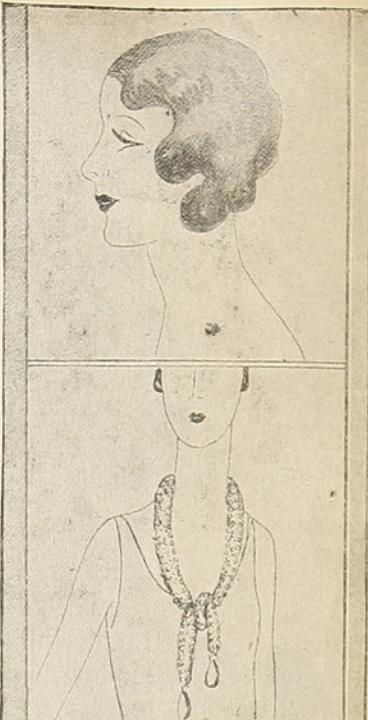
PARA LA NOCHE.—Fantasía de perlas torcidas de dos tonos, generalmente en blanco y negro.

Fantasia de pequeñas perlas formando corbata, terminada en dos de dimensiones más grandes.

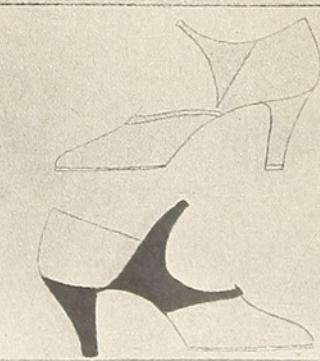


PARA LA MAÑANA.—Echarpe en barras por azul y gris, adornado de franjas. Se anuda graciósamente sobre el cuello.

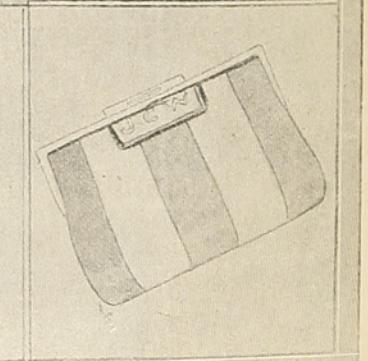
W O R T H.—Cuello de abrigo formando corbata; gran nudo a un lado en forma de lazada.



DOEUILLET DOUCET.—Pequeño bolero en crêpe marroquin violeta obispo y adornado de plisado en redor.



HELLSTERN.—Calzados uno es en crêpe de China verde y satin verde. El otro en antilope marrón y adornos también marrón.



Saco generalmente adecuado al traje, en gros grain y satin. Broche e iniciales en plata.

M u y Parisien



Fieltrso suelto, gris azulado. Banda incrustada y nudo de fieltro azul marino.



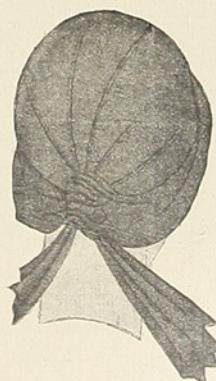
Abrigo de noche, en brocado verde y plata. Un efecto de capa prolongado a un lado adorna la espalda. Cuello y puños de zorro gris.



Forma muy novedosa, en negro liso. Banda y pequeña caída en fieltro blanco. Pequeño nudo de falla color negro.



JEAN PATOU.— Espe-
cie de boina en cinta
de satín negro, dentella-
da en la frente y al bor-
de de la caída del lado



JEAN PATOU.— Fieltrso violeta drapado en la
nuca, terminado por dos
paños plisados, de fieltrso.



JEAN POTOU.— Som-
brero levantado adelan-
te en terciopelo negro
flexible, alargado de un
lado; motivo en cristal.

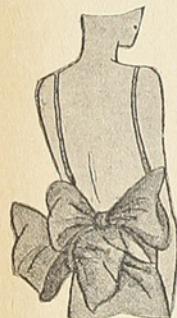
Para
la Tarde



LE MONNIER.— Sombrero novedoso, en fieltro negro o verde, con aplicaciones.



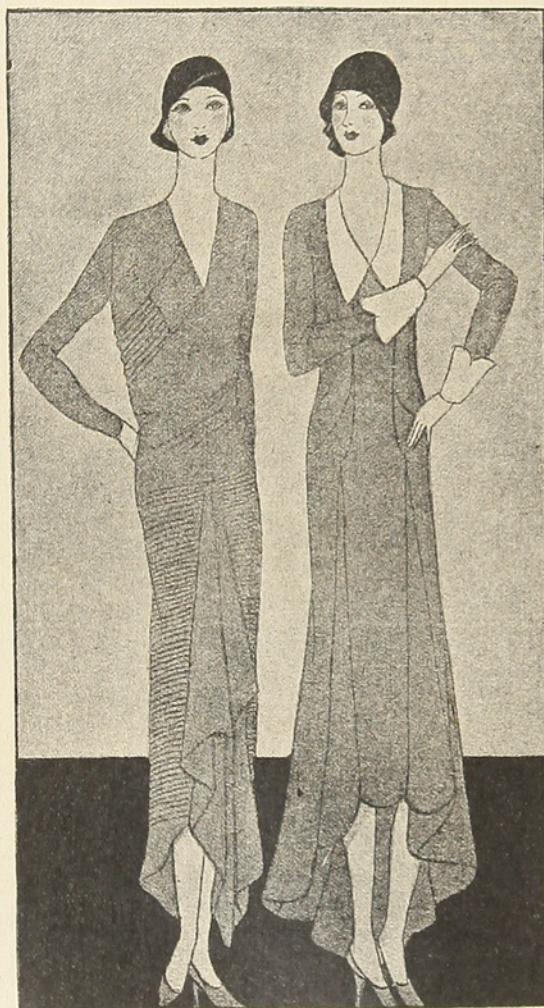
CHERUIT.— Escote en corbata de tafetán anudado a un lado.



CHERUIT.— Escote muy pronunciado en la espalda, cerrado por lazadas y nudos.



CHANEL.— Drapería flotante en velo de tul, calda sobre la espalda.



MADELEINE.— Vestido de tarde en crepe georgette negro, adornado de nervurés. Drapeado adelante.

CHERUIT.— Vestido encantador, en moiré negro, forma princesa. Cuello y puños en crepé rosa.



AGNES.— Sombrero en terciopelo, gris y azul.



TALBOT.— Cuello y puños en kasha beige, plissado.

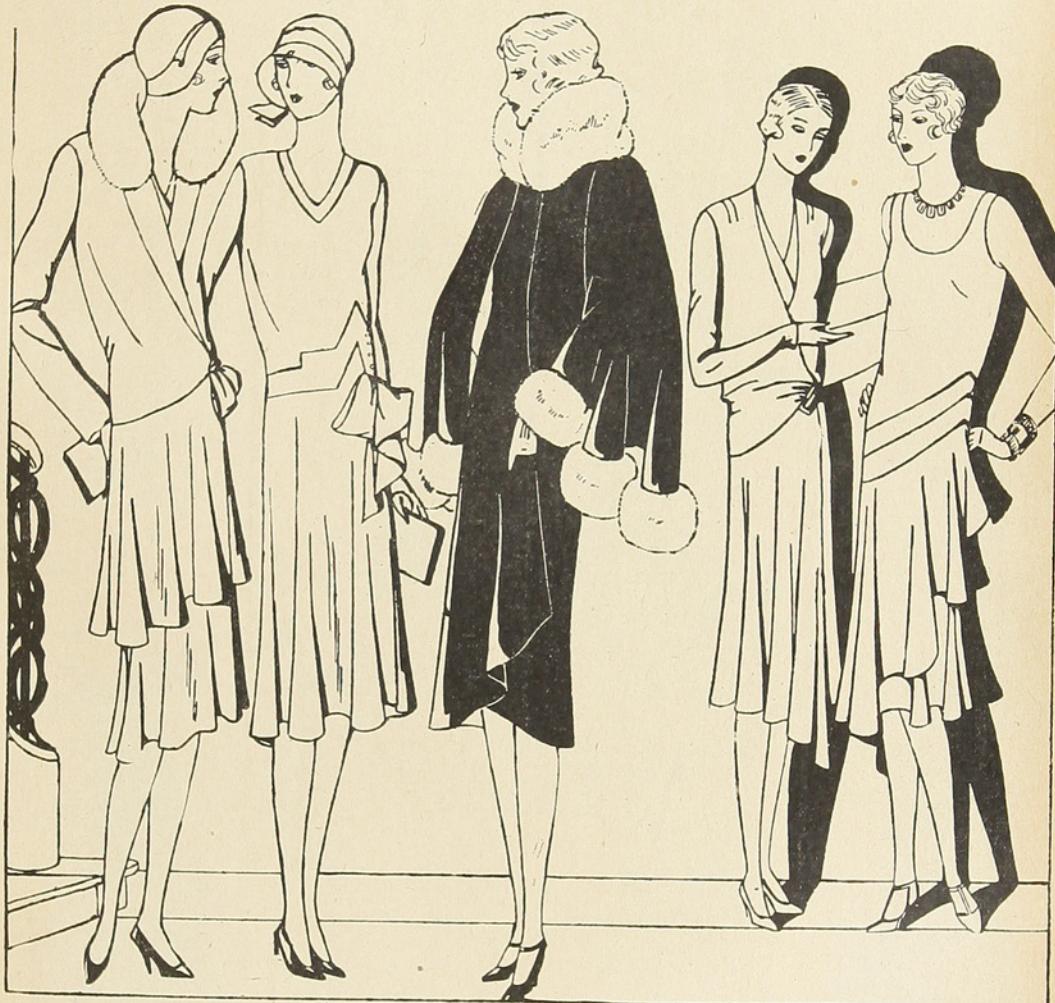


TALBOT.— Bolero corto, perfeccionado, en encaje, para traje de noche.



Capita en terciopelo o pieles, para la noche.

Un Conjunto, un Abrigo y dos Vestidos



El conjunto, que es el que está a la izquierda de esta página, puede hacerse de paño, seda o terciopelo de color liso y azul preferentemente. El abrigo se corta en el talle con un movimiento recto hacia las caderas y sube por delante hasta el punto en que cruza; dos volantes en forma que siguen la misma línea, es decir, que descienden por detrás y suben por el delantero, dan el vuelo conveniente a la parte baja; el cuello es un renard u otra piel de pelo largo y las mangas son de la misma amplitud arriba que abajo. El vestido lleva una sección en el talle que es recta por detrás y forma ángulo ascendente por delante, sobre cuyo lado izquierdo va una amplia lazada del mismo tejido; la falda está cortada en forma y es más larga por detrás que por delante; las mangas son ceñidas.

El abrigo se hace con crespón satén o terciopelo suave, es muy cruzado adelante y muy amplio en sus delanteros; se completa con una amplia capa valona, muy larga, que va bordeada en su parte inferior de una piel de pelo largo de color blanco o gris y en la parte alta lleva un amplio cuello que puede subirse o bajarse a voluntad. El primer vestido se hará con crespón satén y en su lado derecho lleva una sección en las caderas, que sube en un lindo movimiento drapeado, que termina en un broche, siendo la parte inferior cortada en forma con gran amplitud de tejido. El otro vestido se hace de paño de seda y el cuerpo de él también tiene el movimiento ascendente; la falda, cortada muy en forma, se arrolla sobre sí misma y forma al lado izquierdo una túnica.



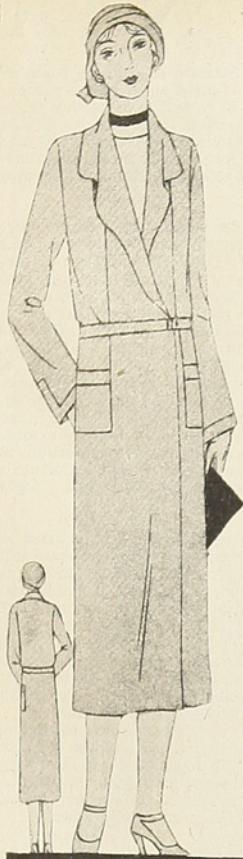
REDFERN. — Lindo vestido en georgette beige; cinturón de ante del mismo tono. Falda formada por godets incrustados.

REDFERN. — Georgette de lana marino claro. Cuello y corbata de China crema con calados. Godets.

T A R D E Y N O C H E

Novedoso vestido de noche en tafetán negro. Falda ensanchada por medio de pliegues o fruncidos. Escote de tul negro. Lazada de strass

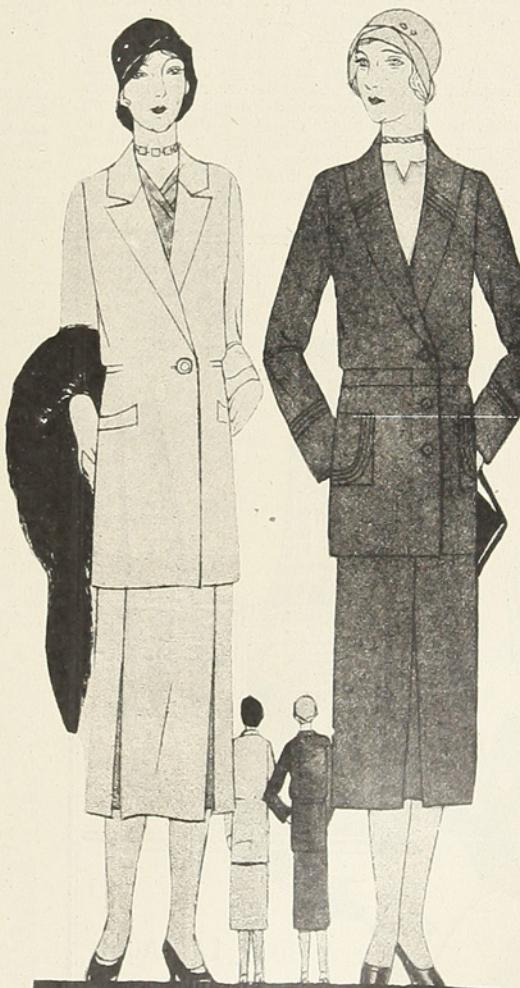
JENNY. — Terciopelo frísom negro. Falda de tul muy vaporosa; bridas de fantasía de vidrio en la espalda. Caderas cónicas.



Vestidos

En estas líneas, vestido que puede ser más o menos lujoso, según se haga de crespón marroquí o de crespón de lana. Por medio de la cinturilla, que es postiza, se hace abusar ligeramente el cuerpo.

Para entretiempo, ved junto a estas líneas un buen modelo de traje con chaqueta semi larga, que unas pinzas horizontales a la altura de la cintura hacen abusar la chaqueta.



Sencillos

Para las andanzas matinales o para viaje, este abrigo será muy práctico, sobre todo si se hace con una lana fantasia como el tweed. Unos pespuntes visibles unen entre sí las diferentes partes de la prenda.

Este traje, de mayor fantasía que el de su lado, puede hacerse de crespón marroquí, crep de seda, satén o paño. La chaqueta está adornada en las solapas; puño y bolsillos con nervaduras.

D E C O C I N A

Lomo relleno.—Se toma medio kilo de lomo en un trozo, el cual debemos dejar completamente limpio de bordes, grasa y tetillas; después partirllo en filetes de un grosor regular. Lo que se quitó, picarlo bien y mezclarlo con migas de pan mojada en leche y se obtiene un revuelto como para hacer albóndigas. Se sazonan dicho picadillo con sal, pimienta y trufas picadas y se liga bien con huevo batido. Sobre un filete se coloca una ligera capa de relleno, después otro filete, y así, sucesivamente, se forma una pila cuya primera y última capa sean de lomo. Se ata el conjunto fuertemente, y después de rebozarlo en harina, rehogáse en mantequilla, espolvoreándose con sal y una pizca de pimienta. En un par de tazas de agua caliente se vierte un vasito de jerez y se pone a hervir el lomo durante unos tres cuartos de hora. Puede servirse en caliente o como fiambre; para lo último hay que dejarlo secar y ponerle un peso encima para que se prense, sin cortarlo hasta que esté completamente frío.

Tarta real.—Este postre es muy delicado y exige una gran paciencia en quien lo haya de hacer.

La primera operación a realizar es formar una especie de mazapán, amasando 100 gramos de almendras pulverizadas con 50 gramos de azúcar, desleido éste en una copa de marrasquino.

Aparte, en una cacerola, precisamente de barro, mezclar las yemas de diez huevos con 300 gramos de azúcar, hasta obtener un jarabe espeso. Unir este mazapán, formando una especie de crema, que, con ayuda de un batidor, se pasa por un colador fino. En los moldes que sean precisos, ligeramente untados de mantequilla o glucosa, se vierte la crema, haciéndola hervir en el baño María veinte o veinticinco minutos. Después, volcar en un plato los distintos moldes, tostando la parte superior con un horno candente.

Las claras, azucaradas y batidas a punto de merengue, se doran en el horno.

Carlota de manzanas a la rusa.—Se cuecen las manzanas con piel, pepitas y todo, pero cortadas en pedazos; deben hacerse con muy poca agua. Se mezcla con azúcar en la proporción de medio kilo de azúcar por un kilo de manzanas y se vuelve a cocer, pero apartando la piel, pepitas y coronazones. No se debe pasar por tamiz, ni tampoco cocerlo tanto que parezca mermelada; la manzana deberá guardar el aspecto de la "manzana asada", cosa relativamente fácil, puesto que depende del grado de la cocción. En un molde grande de flan, que se untará previamente con mantequilla, se pondrán pegadas a los bordes unas rebanadas muy finas de pan tostado, untadas con un poco de mantequilla. En el

cuenco que forman, se echa la pasta de manzana y se mete en el horno cuarenta minutos. El caramelo se forma, pegamos unas con otras las rebanadas de pan, y resulta después de volcado en una fuente, una especie de fortaleza almendra, de un sabor agradabilísimo y muy sano.

Bizcocho de maíz.—Se pesan cuatro huevos y luego, dado el peso que éstos den, se pone igual cantidad de manteca, azúcar y harina de maíz muy fina (no confundir con maicena). Se amasa mucho rato con la mano, hasta que la pasta resulta bien homogénea. Se unta un molde con mantequilla, y al horno. El bizcocho estará cocido cuando, al meter una aguja de calceta salga seca. Si el molde es circular, es decir, de los de forma de corona, es preferible, pues, el único defecto de este bizcocho es quedar a veces el centro un poco crudo. Se le pueden poner dos pasas de Corinto y corteza de cidra en pedacitos, según gustos.

Flan de frutas.—Se hace la masa de yuca y además se hace una pasta con ciento veinticinco gramos de almendras. Se estira la masa, se forra el molde para hacer el flan, teniendo cuidado de redoblar las orillas de la masa. En la manga del embudo se coloca la pasta antes preparada y dentro de la crosta puesta en el molde, se va haciendo un enrejado a cuadros; se dora y se cocina al horno, luego se deja enfriar.

Alrededor se coloca una corona de compota, se llenan los cuadros y el espacio libre con mermelada de frutas; se cubre el conjunto con jalea natural de manzanas, se salpica la obra con azúcar granulada blanca rosa y se sirve.

Merluza borracha.—Con cebolla, perejil, pimienta, laurel, sal y un vaso de vino blanco, se cuece la merluza. Póngase aparte a dorar un pedazo de pan con mantequilla; se echarán a la manteca cebolla muy picada y unas quince nueces machacadas; cuando todo ello esté cocido, se le anadirán dos cucharadas de harina previamente dorada y un vaso de vino blanco; se dejará hervir y en el momento de servirla se le agregará un diente de ajo picado con perejil; la salsa se colará y ya aparte en la salsera o bien cubriendo la merluza, será servida a la mesa.

Sopa al huevo.—Se coloca al fuego una sartén con agua y sal; cuando el agua hierva, se retira del fuego y entonces se cascán dos huevos, que serán depositados en el cucharón; aquéllos, a su vez, serán depositados, con cuidado, en el agua hirviendo; se dejan así un momento y se aproximan al fuego; allí estarán hasta que un velo blanco cubra la yema y la clara esté cocida; con la espumadera se retiran del agua.

Póngase entonces una sartén al fuego y en ella una cucharada de mantequilla con dos rebanadas de jamón; se dora el jamón, se retira y en la misma sartén se ponen a freír unas rebanadas de pan.

Los huevos y el jamón, así como el pan, se cubren con un buen "consomé". El pan que acompaña a los huevos debe ser substituido por cuadrados de pan frito, que son en definitiva los "crutons".

PIPPERMINT J. L.

JOSE LAPLACE
TALCAHUANO.

LA MODA AL DIA



Linda toilette de satén rojo y crespón de china, en el mismo color. La pieza superior es de crespón. Lazo de satén colocado muy bajo.

Bueno modelo de toilette de crespón georgette amarillo azafrán. Un pliegue descendiendo de la espalda, forma godet a la falda.

EL SALUDO

La más elemental de las fórmulas de cortesía es el saludo. Un saludo no debe negarse a nadie. Entiéndase: a ninguna persona digna de saludo. Antes que hacer ostensible nuestra actitud al negarlo, es preferible una prudente distracción para no abochornar a la persona cuyo trato esquivamos.

Las personas altivas son tan parcas en saludar que adoptan un empaque de orgullo y altanería a todas luces censurable. Ven desde lejos al conocido, y luego, al cruzar junto a él, abismados en profundos pensamientos, hacen caso omiso de la persona y esperan a que ella los salude, no sólo descubriéndose, sino pronunciando su nombre y título para pavonearse y hacerse notar.

No hagáis tal cosa. El saludo no debe hacerse desde lejos y antes de que la persona llegue hasta nosotros, si es que ese es su camino; el momento oportuno es al cruzarse, cuando la frase de que puede ir acompañado el saludo no tenga que ser hecha en un tono de voz elevado, chocante y ordinario. El saludo es para la persona y no para la concurrencia.

El amor propio mal entendido lleva el tema del saludo hasta discutir quién debe ser el primero en saludar. El asunto no admite dudas: la persona más educada. Las demostraciones exageradas quedan para las personas vulgares y ordinarias. No quiere esto decir que por grande que sea nuestra satisfacción al encontrar a un amigo debamos permanecer impasibles. Nuestra fisonomía sabrá reflejar la satisfacción que sentimos, nuestras palabras sabrán decir la simpatía que nos causa el encuentro inesperado, pero de eso a preferir veces hay un mundo.

ESCUELA ACTIVA

El Instituto «Pinochet Le-Brun», ha querido ayudar al más noble de los gremios de trabajadores intelectuales en esas tareas de orientación en el movimiento.

Con el título ESCUELA ACTIVA ha iniciado un Curso que tiene por objeto dar a conocer a los profesores primarios y secundarios la orientación moderna que necesitan para comprender y poner en práctica las ideas fundamentales de la reforma educacional sobre la base de los MÉTODOS ACTIVOS de la experiencia personal del niño, que instruye y educa para la vida y por medio de la vida misma.

La redacción de este Curso estuvo a cargo de uno de los pedagogos más distinguidos y progresistas del magisterio nacional y a la vez uno de los pioneros de este gran movimiento de reforma educacional.

Pidanos informes sin compromiso para usted.

EL INSTITUTO • PINOCHET LE-BRUN •
SANTIAGO: AVENIDA CLUB HIPICO, 1406

Casilla 424 — Teléfono 474 (Matadero) — Dr. Teleg. «IPILE». Enseña por correspondencia los siguientes Cursos: TENEDURÍA DE LIBROS — CONTABILIDAD — ARITMÉTICA COMERCIAL — GRAMÁTICA CASTELLANA — MECANOGRAFÍA — TAQUIGRAFÍA — CORRESPONDENCIA MERCANTIL — ESCRITURA — ORTOGRAFÍA — REDACCIÓN — MENTALISMO Y AUTO-SUGESTIÓN — DETECTIVISMO — INGLÉS — CARICATURISMO — APICULTURA — AVICULTURA — DACTILOSCOPIA — GEOMETRÍA — DIBUJO LINEAL — VENDEDOR — ARCHIVERO — LEYES TRIBUTARIAS — ESQUEMAS — CONTADOR — ESCUELA ACTIVA.

Este instituto tiene un DEPARTAMENTO DE ENCARGOS, donde el residente en provincia puede dirigirse para lo que se le OFREZCA en la capital.

Sírvase pedirnos informes hoy mismo acerca de la enseñanza por correspondencia y le enviaremos amplios detalles, sin compromiso alguno para usted: recorte y envíenos el siguiente cupón, llenándolo con letra legible:

INSTITUTO • PINOCHET LE-BRUN •
Santiago. — Av. Club Hípico, 1406 — Casilla 424.

Sírvanse mandarme informes sin compromiso alguno por mi parte del curso que me interesa.

NOMBRE
CIUDAD
CALLE Y N.º
CURSO
CASILLA
P. T. — Mar. 18-30.

¿Es posible adelgazar

sí que se debilite el organismo?

Esta es la pregunta que se hacen todas las señoras que sufren por su obesidad y que han empleado ya MUCHOS MEDIOS de combatirla sin lograr el resultado tan deseado, obteniendo sólo perjuicios para su salud.

Sabido es que la causa de la OBESIDAD cuando no proviene de exceso de comer, se debe al MAL FUNCIONAMIENTO del cuerpo tiroides y esto es fácilmente remediable ayudando a este órgano de secreción interna con sus propios EXTRACTOS o con los PRINCIPIOS ACTIVOS DE SUS SECRECIONES (combinaciones yódicas).

Este es el criterio que ha inspirado a los técnicos del LABORATORIO GEKA, para incluir en la fórmula de la DELGADINA el EXTRACTO TIROIDES como un principio activo de ella.

Aconsejamos a las personas que usen la DELGADINA, someterse a la vez a un régimen alimenticio, absteniéndose de las grasas, aceites, féculas, etc., pudiendo en cambio ingerir verduras frescas en CUALQUIER CANTIDAD sin temor de debilitarse.

Recomendamos la DELGADINA como el UNICO MEDIO SEGURO de combatir científicamente la gordura sin perjuicio alguno en la salud.

No lo olvide, la DELGADINA es preparada por especialistas, a base de Extr. Tiroides, Extr. frangul. Extr. fucus, Tint. Ruibarbo, Tint. Iodo iod. Alcohol, Agua y azúcar.

PIDALA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAÍS

LABORATORIO GEKA

MAESTRANZA, 1168.

CASILLA, 3867

SANTIAGO

Jovencitas



BERNARD.— Conjunto para la mañana en rodil café. Bolsillos forrados por vivos superpuestos.

WORTH.— Abrigo en dialikashá cerrado en la cintura. Forro de tweed beige y marrón.



MAGGY ROUFF.— Blusa de raso rosa. Falda de tweed beige. Cinturón. Pequeño bolsillo al costado.

WORTH.— Tweed beige en forma. Iniciales al costado. Trajecito de jersey café claro y café oscuro.

Nuestros Trajes Sastre y sus Blusas



Crepe de China
blanco, trabajada
con recortes y des-
hilados.

Crepe satin blanco,
incrustaciones de
satin negro. Cin-
turón de gamuza
blanca.

Blusa camisa en
marrocain limón
con mangas ra-
glán. Alforzas.

Traje sastre de
drapalga negra
guarnecido de piel
fina. Alforzas.

Tela de seda esco-
cesa blanca, roja y
negra, abotonada a
un lado.



Dos simples pasos

Hacia Uñas Perfectas

¿QUÉ importa que las manos sean atractivas cuando las uñas están descuidadas? La forma y belleza de las uñas dependen de la atención que se dé a la cutícula. Nunca debe cortarse ésta, porque así se vuelve rasgada, áspera y fea. Manténgala suave y bien formada con este fácil método Cutex.

PRIMERO: Mójese un pedazo de algodón en CUTEX removedor de Cutícula, pasándolo suavemente debajo y en torno de la uña, empujando la cutícula hacia atrás, dando así a las uñas una forma perfecta lo que hace resaltar la media luna. Observe como el Removedor de Cutícula remueve cualquier mancha en las uñas. Enjuáguese las manos en agua pura y remueva la cutícula muerta que el Removedor haya desprendido.

SEGUNDO: Dí a las uñas ese natural brillo que solo CUTEX Esmalte Líquido puede darle, o si Ud. prefiere, pula las uñas con cualquiera de los famosos Brillos Cutex.

Las preparaciones Cutex se venden dondequiera que haya artículos de tocador.



Removedor de
Cutícula
Cutex

6 manicuras completas por Tres Pesos

Envíe Ud. este cupón con Tres Pesos y recibirá un Estuche de Presentación que contiene todo lo necesario para la manicura a domicilio.

ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO

GUSTAVO BOWSKI, Edificio Mutual de la Armada,
7.º piso, Oficina, N.º 10, Casilla 1793, Santiago L. O. 2

Incluyo Tres Pesos en sellos de correo para un Estuche de Prueba de Manicura de Cutex.

Nombre _____

Dirección _____

LUPE VELEZ, EL PIMENTO MEJICANO

(Continuación de la página central)

dre, mi porvenir. Soy muy joven y no he ganado bastante. Me casaré quizás, en algunos años más, cuando tenga mis ahorros. Una mujer que se casa pobre pasa a depender del esposo y a ser su esclava. A mí me gusta mi independencia. Quizás por eso no me case jamás, y si lo hago será como un contrato amistoso por parte iguales, sin que ninguno tenga mando sobre el otro.

Nosotros, entre tanto, temblamos por la suerte del futuro de Lupe. Pero también, ¡Lupe es adorable!

Ella continúa dándonos nuevas e interesantes ideas.

Mis primeras economías las acabo de gastar en una casa en Beverly Hills que me cuesta 57.000 dólares. Pero soy buena comerciante: estoy cierta de poderla vender en un año más, si lo deseó, en 80.000. En seguida tengo que ahorrar para asegurar mi vida futura, la de mi madre, y la educación de mi único hermano, que he tomado a mi cargo.

Y, maliciosamente, agrega:

—Si Gary tiene paciencia, que espere... El es más rico que yo, y eso nos separa...

—Qué piensa usted de su carrera?

—Estoy sorprendida. Tenía un miedo atroz cuando llegaron las cintas habladas. ¿Podría hablar yo un inglés normal? Pero ya estoy tranquila. Warner me acaba de arrendar a Artistas Unidos, para esta cinta que se llamará «Rosa la tigresa». Y en seguida debo actuar en «El puerto del infierno», dirigida por Henry King. Iremos a Florida a hacer esa cinta. Y luego volveré a mi camerín de Artistas Unidos donde me espera, bajo la dirección de Fitzmaurice nuevamente, el título de estrella.

—Y los temas en español?

—Me muero por hacerlos, pero usted sabe que dependemos de los productores y nadie puede hacerse si ellos no lo deciden. ¡Ah! Sueño con una historia de mi tierra, una legítima historia mejicana en que yo cante cosas de allá, y balle un «jarabé», por ejemplo. Algun día será.

En ese momento, George Fitzmaurice, el director, llama a Lupe para hacer una pequeña escena. Cinco minutos después estaba de vuelta, pero ya era tarde, y la compañía suspendió el trabajo. Salimos del set con Monte Blue, que llevaba a Lupe casi en el alce, por la cintura.

—Qué hombre más bueno es este hombre —nos decía ella, riendo— es el mejor amigo—desinteresado que tengo.

Nos despedimos en su camerín. Nos dió un buen retrato firmado, un apretón de manos cariñoso, y nos pidió que dejásemos establecido que no se casa, que se muere por su tierra y su familia, y que... bueno, esto no lo dijo ella, pero lo agregamos nosotros: que tiene cada día más viveza y más vida interior, y que con esa cara, ese cuerpo y ese «salero andaluz-mejicano», tiene derecho a reírse de los peces de colores...

PARA PROLONGAR EL APROVECHAMIENTO DE LOS JABONES

No deben tirarse los trocitos de las pastillas de jabón cuando tocan a su fin; es fácil su uso de nuevo.

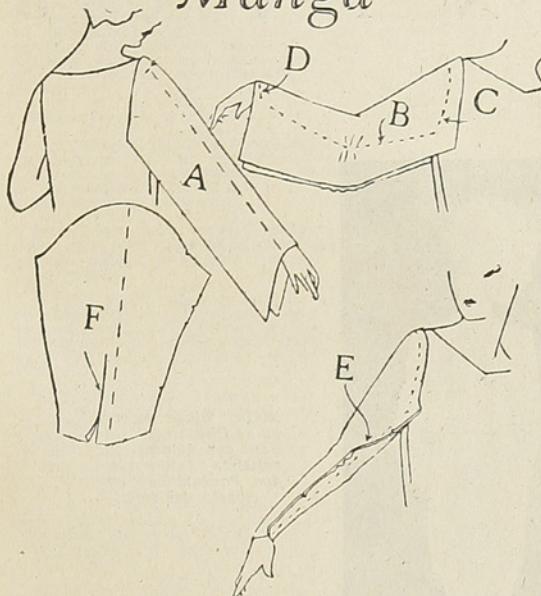
En una cazuela de barro se echan todos los restos de jabón de que se disponga; añádase su volumen de agua templada y póngase al fuego hasta la ebullición.

Cuando la disolución esté terminada y se tenga un líquido untuoso se agrega un poco de harina de maíz para espesar la pasta, de modo que pueda amasar con las manos. Se deja templar y se vierte en un papel untado con aceite de oliva.

Con esta pasta se forman pastillas redondas que se envolverán en papeles blandos impregnados de vaselina pura.

Y con procedimiento tan sencillo se consigue utilizar los restos de pastillas de jabón y fabricar otras nuevas que darán excelentes resultados.

Cómo se Corta una Manga



La señora que no tenga experiencia previa en cortar mangas será más prudente que haga su primer ensayo con glaseado y utilice después ésta como patrón para cortar tela del vestido.

Para cortar las mangas sobre el brazo, emplícese por cortar un trozo de tela recto lo bastante largo para que llegue con desahogo al hombro y por abajo alcance a cubrir la muñeca. La anchura de este trozo será de medio metro aproximadamente y el centro se marcará con un hilván. El mencionado trozo, según vemos por la A, se prenderá de modo que la línea de hilvanes vaya recta desde lo alto del hombro hasta la muñeca, cerca de la falange inferior del dedo meñique. Márquese con alfileres la línea del brazo, como vemos por la B, frunciendo ligeramente la tela a la altura del codo y continuando la misma línea hasta llegar bajo el pulgar. Hecho esto, se marcará igualmente la línea del hombro (C) y después la de la muñeca (D).

Antes de cortar el género, muévase el brazo en todas direcciones para asegurarse de que la manga sienta bien y no tira de ninguna parte. Una vez adquirida esa certidumbre, córtense la tela sobrante, no sin dejar una ancha pestana de un par de centímetros para la costura, según señala la E. Se darán unos piques antes de hacer la costura, y si la forma de la manga exige que ésta vaya abierta por abajo, la F señala que el corte debe hacerse a poca distancia del centro.

HUMORISMO

—Cuando vamos a picar una aceituna, ¿cuál es nuestro pensamiento?

—¡Buscar la más gorda!

—Mamá, mira, Antolin está tirando la cola al gato.

—Así me gustas, que defiendas a los animales.

—Es que hace rato no se la tiro yo y ahora me toca a mí.

—Oiga, abuela, ¿cuáles son las vacas que más le gustan?

—A mí las vacas blancas, ¿y a tí?

—A mí las vaca-ciones.

—Anoche, por equivocación, llamé a casa de un médico.

—¿Cuánto te cobró?

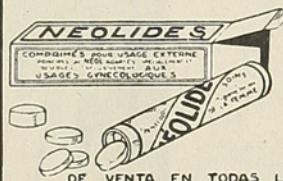
El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima



NEOLIDES

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

ANTI-REUMÁTICO ANALGÉSICO-SEDANTE

**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS , GRIPE,
CIATICA, REUMATISMO**

Resfríos, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

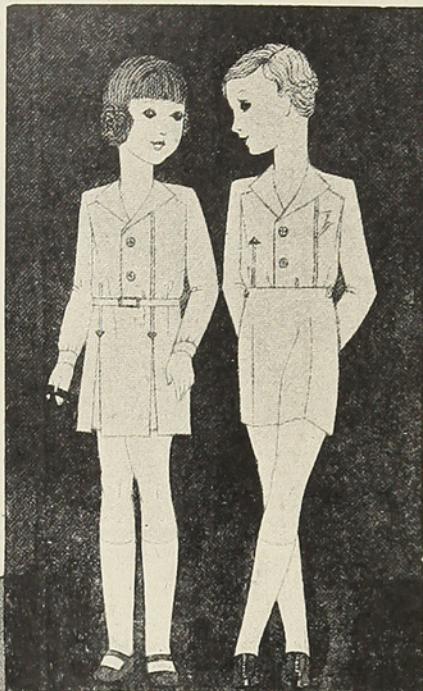


Tubos de 20 tabletas,
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas



H E R M A N I T O S

Traje de niñita en kasha beige. Pliegues cruzados. Cinturón de gamuza del tono. Niñito: Misma tela.



Niñito: Blusa en crepe de China azul. Canesú con dientes, que retienen los fruncidos. Pantalón en terciopelo del tono.



Niñita: Como la blusa del chico.

Niñita: Blusa en crepe rouge vivo, con patas, que se abotonan en la cintura y al escote. Falda en forma en terciopelo negro.

Niñito: Todo semejante.



Consultorio Sentimental

Chiquilla trigueña, muy simpática, culta y algo sentimental, desea amistad epistolar con joven marino, que reúna más o menos las mismas cualidades. Ella es alta, cuerpo de silfide, educada y de immejorables sentimientos. Si alguno se interesa, puede escribir a G. A. B., Correo San Francisco de Limache.

Viuda Rica.—Falta dirección.

G. T., Correo, Yerbas Buenas.—Desea correspondencia con la simpática señorita María M., que estuvo veraneando en casa de los señores Urrutia de este pueblo. Ella debe recordar al joven alto.

Bucks Jones, Correo Central, Valparaíso.—Joven de 18 años, desea correspondencia con señorita porteña, de su edad, que sea muy cariñosa.

F. C., Correo 3, Valparaíso.—Chiquilla alta, simpática, amante del hogar, muy apasionada, desea correspondencia con caballero alto, no mayor de 45 años, de preferencia inglés. Ruega enviar foto.

Labb., Casilla 2-O, Valparaíso.—Joven de 20 años, desea correspondencia con chiquilla culta, simpática, de bonito cuerpo, no mayor de 20 años ni menor de 17; además, deberá ser porteña. El tiene buen porvenir; es simpático y de muy buena familia.

M. C. L., Correo Providencia, Santiago.—Desea reunir su amistad con el simpático alférez M. Bustos Q. ¿Recordará quién soy? Conteste a la dirección indicada.

Militar de la Legión de Honor Española, joven, educado, desea correspondencia con madrinita de guerra, que lo consuele y le endulce la vida.—Juan José Salido, 5.º Bandera, 18 Compañía, Tercio Extranjero, Ceuta, Cádiz, España.

Luis Richardson, Correo Principal, Valparaíso.—Joven de 18 años, educado, aficionado a los deportes y muy trabajador, desea correspondencia con señorita simpática, que sepa corresponder.

Dos marineros serios y educados, desean encontrar entre las lectorcitas, señoritas de regular edad, en calidad de confidentes; no nos preocupan situaciones sociales. El primero tiene 25 años y el segundo 23. Dirigirse a Aníbal Díaz, Destructor "Riquelme", Talcahuano.

Alba, Correo, Tomé.—Desea noticias del teniente Jorge H. Parra, del Regimiento Guías, de Concepción. Si fueran tan amable y su corazón está libre, le agradecería escribirme.

A. Bulnes, Correo Central, Santiago.—Chiquilla de 17 años, recién huérfana, desea correspondencia con joven de 20 a 25, que la comprenda en su dolor y quiera hacerla su compañera. Ella ha quedado en buena situación. Ruega enviar foto.

Siempre Triste, Correo, Talca.—Desea correspondencia con caballero instruido, serio, franco, cariñoso y leal, prefliere del sur.

Rubia Morena y Morena Rubia.—Falta dirección.

E. Y. Y., Rancagua, Teniente "C"—Joven de 26 años, educado, serio, muy buena situación, desea correspondencia con señorita de 23 a 26, que tenga una situación regular, sea seria y simpática, con buenos fines.

Rafael Barroso, Regulares de Melilla No. 2, Ametralladoras del 1.º Tabor.—Joven militar de la Legión Extranjera, desea correspondencia con señorita chilena de cualquier situación social, para que se digne endulzar sus penas.

Luz Saa, Correo, Chillán.—Desea correspondencia con caballero de regular edad, martillero de la Feria «La Rural». Ella es la chiquilla a quien corresponde las miradas.

Tulipán del Valle, Casilla 1454, Concepción.—Chiquilla de 19 abriles, desea correspondencia con joven de 20 a 30 años. Lo prefiere alto, delgado, ojos verdes y buen trato.

Maria Vergara V., Correo Central, Temuco.—Desea correspondencia con viudo moreno y simpático. Lo prefiere del norte.

Luis Osorio G., Correo, Talcahuano.—Desea correspondencia con chiquilla simpática, seria, zalamera y cariñosa.

Vera Ruddloff, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven de buena estatura, agradable, pero en ningún caso buenmozo; desprejuiciado, de moralidad sólida, bien entendida, nada de puritanismo. Si es posible, sin familia. Quien esto solicita es persona de criterio y seria.

Gringuito Mc. Cherar.—¿Por qué no contestó la carta que le escribió Mimosa? Lo saluda afectuosamente Mimosa B., quien espera sus noticias.

Robustiana Cabrera Correo Viña del Mar.—Chiquilla de 24 años, santiaguina, desea correspondencia con joven de 30 a 40 años, serio y cariñoso. Ella es buena dueña de casa, también seria y buena.



El Jabón Flores de Pravia

HA LLEGADO A SER HOY INDISPENSABLE EN EL TOCADOR DE TODA DAMA ELEGANTE. SU PERFUME ES EXQUISITO Y DA AL CUTIS UNA SUAVIDAD DIFÍCIL DE CONSEGUIR CON NINGUN OTRO JABON



Así me gusta mi "KUFEKE"

HOMBRES PREMATURAMENTE VIEJOS PELIGROS QUE ACECHAN A LOS DE EDAD MADURA

Dolores repentinos en la espalda y en las piernas. Dolor de cabeza, la sensación de abatimiento; la naturaleza le indica que sus riñones sufren.

¿Por qué seguir sufriendo día tras día, meses tras meses, cuando otros hombres que han sufrido tanto como usted de los dolores que señalan el mal de los riñones han podido aliviarse? Si Ud., quiere tener salud y vitalidad, lo que debe hacer es facilitar el funcionamiento normal de sus riñones y limpiar la sangre de ese exceso de ácido úrico.



POR QUE ESTE REMEDIO LE HARÁ SENTIRSE ALIVIADO

Es fácil describir la razón por la cual las Píldoras De Witt para los riñones y la Vejiga le harán sentirse aliviado.

Para deshacerse del mal de los riñones tiene que eliminar del organismo el exceso del veneno ácido úrico. Los riñones deben obrar como purificadores de la sangre y eliminar del cuerpo el exceso de este veneno. Cuando los riñones fallan, esto es señalado por el dolor de Espalda y de Cabeza, Cutis Manchado, Pérdida de Vigor, Reumatismo, etc.

PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que usted pueda comprobar por sí mismo el valor verdadero de estas píldoras, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen más de cuarenta años de fama. Cuando usted haya recibido su obsequio y después de 24 horas haya observado por el cambio de color en la orina que ha empezado su acción beneficiosa, puede usted pasar a su botica, comprar un frasco y ponerse en el camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento gratis hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y diríjala a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. T.). Casilla N.º 8312. Santiago de Chile.

**Píldoras
DE WITT
para los Riñones y la Vejiga**

(Marcas Registradas)

FORMULA: A base de Extracto Medicinal de Pichi, Buchú, Enebro y Uva Ursi como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

Carnet 16.105. Correo 2, Valparaíso.—Moreno, regular estatura, de 21 años, desea correspondencia con chiquilla de trenzas, ojos azules, blanca, hasta de 25 años. Por ahora, desea un cambio de ideales, pero en ningún caso un flirtito pasajero.

Lyla del Río, Casilla 982, Concepción.—Chiquilla de 18 años, de buena familia, desea correspondencia con guardiamarina o teniente de aviación. Ruega enviar foto, que será devuelta caso de no ser de su agrado.

Elena Valdés O., Correo, Viña del Mar.—Morena, sencilla, de 17 años, desea correspondencia con jovencito alemán, de Valdivia.

Joven serio, modesto, buena situación, de 24 años, desea correspondencia con chiquilla no mayor de 20, seria, simpática y trabajadora. Diríjase a Karl Valentín, Ranagua, Sewell.

Besa Servier, Correo Central, Valparaíso.—Desea correspondencia con Joven de buena presencia, que esté dispuesto a mantener simplemente una amistad desprovista en absoluto de mentido amor. Tiempo al tiempo.

Miss Dolly, Correo, San José de Maipo.—Desea correspondencia con el encantador ingeniero del Mineral de El Teniente, «La Mina». Su nombre es Alberto y su apellido empieza por B.

Lillian de Souzy, Correo, Putaendo.—Chica de 19 años, más bien feita, pero simpática, desea correspondencia con joven educado, serio y de buena familia.

Gary, Correo, San Bernardo.—Desea correspondencia con una encantadora chica de Linares, que el año 27 asistió a un baile en el Club de ese lugar. Su nombre es Adita M. B.

Norman Kerry, Correo Principal, Valparaíso.—Joven de 24 años, moreno, simpático, desea correspondencia con chica de 17 a 20, también simpática y dispuesta a querer con todo su corazón.

Ifigenia Chatan, Plaza Condell, Concepción.—Rubia, alta, esbelta, de 22 años, desea amistad con un joven cuyo nombre es Sebastián, socio del Club de Concepción.

Iris Barahona T., Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven educado, serio, amante del cine y los paseos.

Gaby Day, Correo, Mulchén.—Morocha sincera, de 17 primaveras, desea correspondencia con S. A. R., que escribió en el «Para Todos» N.º 61, con quien cree comprenderse. Ruegue enviar foto.

Marta y María, Correo 5, Santiago.—Dos primitas desean correspondencia con jóvenes de familia distinguida, trabajadoras y de buen carácter. Ellas tienen 18 y 20 años y desean que ellos sean también de 25 a 30 años.

Caballero de 45 años, agricultor, de buena figura y nobles sentimientos, descendiente de extranjeros, desea contraer matrimonio con señorita simpática, educada, no mayor de 45 ni menor de 40, que sea buena dueña de casa y honrada. Escribir enviando foto a Casilla 347.—N. A. B., Osorno.

E. H. Martínez, Correo Alto de San Antonio, Iquique.—Joven decente, amante de todas las diversiones, desea correspondencia con señorita no mayor de 20 años, de preferencia iqueña.

Archipreste de Hita, Correo, Puerto Varas.—Joven de 29 años, desea correspondencia con señorita de 19 a 24, seria, de buen carácter y que posea un vasto concepto de la nobilísima misión que le está encomendada en la vida.

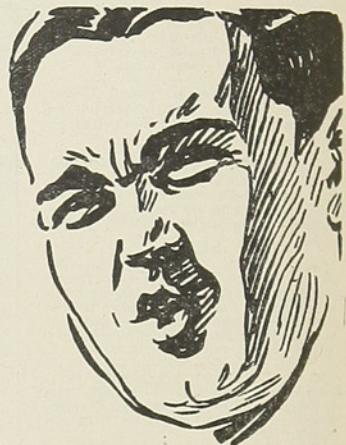
Marevita, Grapacita y Tamarcita, Correo, Linares.—Tres chiquillas alegres y simpáticas, desean encontrar amigos alegres, amantes del deporte, de corazón sincero y buenas familias, cualidades que ellas poseen al alto grado.

Herbert Wendler y Raúl Burg.—Jóvenes de 25 y 30 años respectivamente recién llegados de Hamburgue desean correspondencia con simpáticas morenitas de Concepción.

ción instruidas, cultas y de buena presencia. Ellas son de buen físico, académicas. Dirigirse a Correo Central, Concepción.

Por fin pareceme haber encontrado el ideal tantas veces soñado en la encantadora chica Elsita O., que vive en Viña del Mar, Limache 1309. Para mayores datos, ella debe recordar al joven que le dirigió la palabra sin conocerla.

Myriam Herrera R., Correo Central, Santiago.—Chiquilla rubia, pelo ondulado sencillo y cariñosa, instruida y excelente dueña de casa, desea correspondencia con jó-



|Aunque dejes de comer,
no te curarás!

Frecuentemente se quiere curar la diarrea dejando de comer: pero aunque no se tomen alimentos, no se hace desaparecer esa molestia. — Al contrario, con eso se acelera la decaída de fuerzas. Te curarás tomando

las Tabletas de Eldoformo

que hacen desaparecer enseguida las trastornos de estómago, regularizan la función de los intestinos, procuran una buena digestión y el peso normal del cuerpo se recupera en poco tiempo.



M. R. A base de tanino y levadura

ven de 20 a 25 años, moreno, educado y de buena familia.

Kitty Piñeiro y Rudy Carzon, Correo, Talca.—Desean correspondencia con jóvenes que sean émulos de Conrad Nagel y Ronald Colman. Ellas son morochitas, modernistas, amantes del cine y el baile.

Jeanne d'Arc, Correo, San Javier.—Desea correspondencia con el joven de la Caja de Ahorros de Linares, cuyas iniciales son C. P. y M. ¿Recordará a su amiga y confidente de otro tiempo, con quien tuvo una larga conversación en septiembre del año pasado? ¿O la corta distancia será motivo de olvido?

Laura G., Correo, Purén.—Provincianita, nada mal parecida, buena dueña de casa, educada, seria, desea correspondencia con joven de 25 a 30 años, educado, sin vicios, honorable, que deseé formar su hogar. Prefiere de Concepción o Chillán y ruega enviar foto.

John Windsor, Correo, San Javier, desea correspondencia con una señorita de Linares, que conoció en ésta. La llaman Martita y dicen que vive en la Alameda de las Delicias frente a la Plaza de Juegos Infantiles.

Timoteo Parra Villar, Correo Central, Santiago.—Joven chauffeur desea correspondencia con juventud de 27 a 30 años, modista o empleada en casa particular. Recuerda con singular deferencia a su antigua amiga Olivia Kreft Faúndez, de Playa Ancha.

En esta cofradía de amargados, no soy llorón. Soy alegre, procura pasarlo bien; tengo un auto Hudson muy presentable y tengo la franqueza de decir que, por ahora, no pienso en el matrimonio. Quiero una amiga juiciosa, amante del automovilismo, de buen carácter. Tengo 30 años, soy soltero y acaudalado. Raúl Vergara Varas, Correo 10, Nunoa.

Deseo correspondencia con el encantador subteniente Eugenio Bittner Clifentes, de Traiguén. El muy bien sabe quéén le dirige estas líneas. Conteste al Correo 5, Santiago. —Flor Indu.

Jackie Coogan, Casilla 20, Molina.—Joven simpático, de 17 años, alegre, desea correspondencia con chiquitina de 15 a 17, tan sincera y alegre como él. La prefiere rubia, de ojos claros.

Tere H., Correo 13, Santiago.—Desea saber del hombre que ocupa todos sus pensamientos, cuyo nombre es Alejandro S. S., actualmente en Tocopilla. Si conserva un pequeño recuerdo por su amiga, condescienda en lo que le pide por carta.

C. O. F., Iquique, Calle Vívar 730.—Joven de extraordinario parecido con Ramón Novarro, desea correspondencia con fines matrimoniales, ya que su situación se lo permite, con señorita con un cuerpecito estiloso Lily Damita. Agradecería enviarle foto. Absoluta seriedad.

Sol de España, Correo, Lirquén.—Joven de 18 años, desea correspondencia con chiquilla de su edad, amante de las fiestas y buena dueña de casa, para que pronto pueda convertirse en la "Hormiguita del Hogar". Ruega enviarle foto.

Mi único ideal sería encontrar un joven de 22 a 26 años. Lo deseo sincero, franco y leal, poco amigo del flirt. Soy morena, de 18 primaveras, próxima a recibir un título profesional. Lirio Marichito, Correo 11, Santiago.

Doris Montero, Correo Central, Santiago.—Mi único ideal es un joven rubio, con bigotes a lo Ronald Colman, que conoci en Valparaíso el año 26. Su nombre es Facundo S. Actualmente se encuentra en Antofagasta.

Chilenita, admiradora de Colombia, desea correspondencia con joven de esa nacionalidad, que sea profesional y de buena familia. S. G., Casilla 1768, Santiago.

T. B. C., Correo, Sewell.—Chiquilla de 16 primaveras, de físico y educación regular, desea correspondencia con joven de ésta, de 22 a 30 años, que sea noble y muy cariñoso.

Morenita de 17 años desea correspondencia con marino inglés, pues le gusta mucho este idioma y desea practicarlo por carta. Tite, Casilla 1768, Santiago.

Pina del Río, Casilla 982, Concepción.—Morenita simpática, de 15 años, estudiante y de muy buena familia, desea correspondencia con joven de 17 a 22, que sea serio, educado, cariñoso y alegre. Indispensable enviar foto.

Pablo Bruzzon, Correo, Concepción.—Desea conocer una linda nenita de 15 a 17 años, educada, carirosa, de buena presencia, amante del cine y el baile. El es correcto, culto y simpático y tiene 17 años.

Mi ideal es una señorita, al parecer extranjera, a quien siempre encuentro en el Correo o en la calle Rengo. Su admirador es joven, de regular estatura, pelo castaño, a quien ella mira siempre. Si reconoce esas líneas, le ruego contestar a Carnet 67,902, Correo, Concepción.

El otoño de la vida hace sentir a mi corazón la necesidad de un cariño, un ser que la acompañe en el resto de la existencia. Si hay algún solitario, le ruego escribir a Lila del Campo M., Correo 3, Valparaíso.

Elisabeth Ander Glyn, Independencia 811, Valparaíso.—Desea correspondencia con el cadete naval que conoció en Playa Ancha. ¿Recordará a la chiquilla de vestido blanco, azul y rojo y boina roja?

Joven de 20 años, moreno, de 1.65 de estatura, desea correspondencia con señorita de familia modesta, que sea sincera, simpática y educada, de 18 a 19 años. R. Torres, Rancagua, Sewell.

Garuya y Malevoje.—Dos marineros de atlética figura, amantes de la literatura, la música y el cine, desean correspondencia con chicas que reúnan idénticas condiciones, además de ser elegantes y apuestas. Las prefieren de Valparaíso, su puerto predilecto. Al primero, pueden escribirle a G. M., Correo, Talcahuano, y M. G., Talcahuano, al segundo.

Tristeza Sentimental.—Se ha dicho innúmeras veces que las cartas no se archivan, de modo que al decir «falta dirección», debe enviarse ésta juntamente con repetir la carta. ¿No se imagina usted el trabajo que significaría una cosa como la que usted pretende?

Violeta, Correo Americano, Chuquicamata.—Desea correspondencia con joven simpático, educado y de sentimientos que lo hagan digno de un corazón sediento de ter-

nuras y que está dispuesto a corresponder con creces al afecto que le dispensen.

A Very Sorry Man, Correo, Chillán.—Admira con toda su alma a la encantadora reina Chita, la de ojos profundos. Su seriedad me cautiva mucho más y sería el hombre más feliz si se dignara contestarme, pero creo que el estudiante se opone, por lo cual me gustaría hablar con él el 9 de marzo en la Plaza de ésta.

Julietta, Correo Americano, Chuquicamata.—Desea conocer y mantener correspondencia con un Romeo joven, varón, que sepa amar a la mujer, respetarla y cortearla con recursos propios, no con frases aprendidas cuya significado en muchas ocasiones ni siquiera conocen.

Inés Ruiz, Correo, Copiapó.—Chiquilla de 20 años, morena, de ojos grandes, desea correspondencia con chiquillo que reúna iguales condiciones, además de muy buenos sentimientos.

Un Lector, Las Salinas, Viña del Mar, Casilla 152.—Desea ardientemente correspondencia con una chica de lacre que conoció en ésta, el sábado 15 del presente; le fué presentada por una prima y con ella tocó la victrola. Su nombre empieza con C.

Iris Solar P., Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con el joven que conoció el domingo 16 de febrero, en circunstancias que ella iba acompañada de una amiga, y él con su amigo, jugaba en la arena en Las Salinas. Ella es la chica a quien él pidió fueran hasta la Gruta de la Virgen.

Lucía G., Correo Viña del Mar.—Chiquilla de 18 años, alegre, morena, simpática, desea correspondencia con joven de 20 a 25, sincero, instruido y de sentimientos nobles.

Sara Peralta F., Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 25 a 28 años, serio, trabajador, de buena presencia, amante del cine y el baile. Ella tiene 25 años y es muy simpática.

R. S. D., Correo Chillán.—Desea correspondencia con una encantadora morenita que vive en la "Casa Residencial". Viaja todos los días a la Estación donde tengo la suerte de encontrarla. Si su indiferencia no fuera tan tenaz, habría reparado en su admirador, que es persona seria y sin vicios.

Antoneta Torrealba, Correo 5, Santiago.—Desea correspondencia con joven de muy buena familia, físico atractivo. Ella es morena, de 16 años, muy simpática. Prefiere un militar.

E. C. L., Correo 1, Santiago.—Chiquela de 19 años, desea correspondencia con te-

WATKINS
pasta
Dentífrica

TONIFICA LAS ENCIAS Y CONSERVA LOS DIENTES
PERFECTAMENTE SANOS Y BLANCOS

Agente general para Chile:
PEDRO GHISI
BANDERA, 575 - OFIC. 49
Casilla 3114 Teléfono 86984
SANTIAGO

ODOL

DA LOS SIGUIENTES RESULTADOS:

1

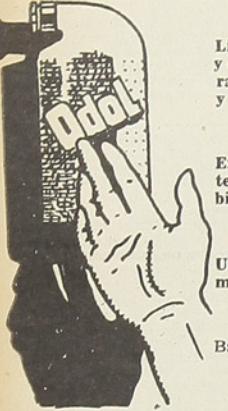
Limpieza absoluta y desinfección duradera de la boca y de los dientes.

2

Efecto refrescante, sensación de bienestar.

3

Un aliento perfumado y fresco.



Base: Orthoxybenzalcohol

M. R.

Por qué tantas loas al dolor? Es tan fácil y bello el saber vivir. A vosotros los que desearéis de la dicha por un obstáculo imprevisto; a los escépticos que de todo dudan, van dirigidas estas líneas, impregnadas de optimismo y fe en el porvenir.—F. A. Biola. Correo San Bernardo.

Negra de ojos negros. Correo Principal, Valparaíso.—Desearía conocer un joven de ojos azules y que supiera amar intensamente.

M. N. A. Correo Los Angeles.—Desea correspondencia con el señor Luis N. Díaz. Destructor Riquelme, que expuso su ideal en esta encuesta y cuya significación cree poseer ampliamente.

Esta exhortación es para la damisela gentil y señadora, primorosa como un ensueño de oro, delicada y palpitante como un péntalo de magnolia estremecido por el aura; que con sus palabras pueda sembrar un consuelo y con sus miradas sepa engendrar una pasión. Que ame y piense, que llore y ría; que sea una bendición angélica sobre el espíritu que la anhela, y una apoteosis auroral para una vida enmarañada de amores trucos y esperanzas imposibles.—El Paje Moreno. Santiago. Echaurren, 89.

C. M. Chillán.—Desea saber el motivo que tiene Adolfo W. de la Escuela de Artillería de Talcahuano para no responder su última carta.

Flor de Sevilla. Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 22 a 25 años, educado, serio, trabajador; me agradaría más que fuera bombero. Ella tiene 19 años y es una morena muy simpática.

Al señor que envía unas líneas a Negri Stigo.—¿Cómo quiere usted que se publique su carta si es completamente indecidible? Escriba con claridad, tomando como modelo una de las miles que se publican cada martes, enviando la dirección donde quiere que le conteste la persona aludida y su nombre o pseudónimo. Parece que no es muy complicado.

Regina y Marta. Correo 2, Valparaíso.—Chiquillas no mal parecidas de 16 y 17, desean amistad con hermanos y amigos, no mayores de 20 años, porteños o vifamarinos.

Lorely. Correo 6, Santiago.—Desea correspondencia con el simpático joven talquino. Carlos H. C., quien no podrá dejar de reconocer a la deliciosa rubia que lo ama con delirio. Si su corazón está libre, le ruego contestar a la brevedad posible.

G. V. I. Correo 2, Santiago.—Chica de 19 años, muy simpática, desea un ahijado de deportes, que pertenezca a la Unión Deportiva Española.

Para Fresia Pacheco. S. Fdo.—Leí su pá-

rrafo; su insulto no me ha tocado, pues no lo merezco. ¿Qué mal le hice? Ud., en cambio, me ha causado el mayor, por haber hecho nacer la desconfianza en la mujer amada. No me explico su actitud, sin embargo, la perdonó.—Freddy.

Perico. Correo de Linares.—Moreno, alto, de 25 años, deseas correspondencia con señorita morena, ojos negros grandes, que tuvo el gusto de conocer en Valdivia, Hotel Palace, en los días 8 al 11 de febrero. Su pieza estaba contigua a la mía. El martes se fué a Puerto Montt en el mismo tren donde yo iba y la vi al día siguiente por última vez en el Hotel. Mi felicidad sería muy grande si obtuviera lo que solicito.

Caupolicán. Correo Principal, Valparaíso.—Deseo correspondencia con señorita de hasta 22 años, de noble corazón. No me interesa ni posición social, ni hermosura. Tengo 22 años, pelo castaño y ojos claros.

Margot I.—Desea correspondencia con joven de 22 años, no importa físico, si sus sentimientos son recomendables.—Correo 3, Valparaíso.

Esperanzada.—Falta dirección.

A. Pizarro C.—Desea correspondencia con fines serios, con señorita educada y honrable, que frice en los 18 años. El tiene 20 y no es feo.—Sewell. Mineral de "El Teniente".

Aladino M. Sewell. Mineral de "El Teniente".—Joven gordito, de 18 años, excelente empleado, deseas correspondencia con señorita honorable y educada, ojalá morena, ojos grandes. Agradecería recibir foto.

R. M. E. Correo 13, Santiago.—Desea correspondencia con joven moreno, de buena familia, más bien alto. Ojolá de 22 a 30 años. Lo prefiero de provincias del sur.

Francisca Núñez. Correo 2, Chillán.—Declaro que su ideal lo constituye un joven alto, de figura distinguida, que creo es jefe de la Casa Singer. Acaso mis miradas le habrán revelado mi amor.

Dos chiquillas, último modelo, con pelo a lo Greta Garbo, deseas correspondencia con dos oficiales del Ejército o de la Marina. Ellas son santiaguinas, pero actualmente se encuentran veraneando en el sur. Lucy y Agnes Cooper. Dirígete por separado a lista sobrante Correo Concepción.

Jane, deseas correspondencia con el teniente Osvaldo Castro C., que hasta hace poco se encontraba en Concepción, y June con el fascinador Daniel Ballevo, del Chacabuco. Veraneamos en Penco. Dirígete a June Clyde. Concepción.

Fresa, San Fernando, agradecería a Fredy, que antes residía en El Teniente, me diríjera si recibió mi última carta contestación que iba dirigida a Sewell. Me agradaría saber si está dispuesto a continuar las simpatías charlas espirituales.

Ilusión Marchita.—Falta dirección.

Berta Reyes y María Vergara. Correo San Felipe, rubia y morena, respectivamente, ambas de 19 años, educadas, serias y prometedoras de fidelidad, deseas correspondencia con jóvenes que reúnan las mismas cualidades.

Alma y Ruby Bosch, 15 años, deseas correspondencia con jóvenes de 20 a 23, estudiantes de Medicina o Leyes. Correo, Talca.

Flor de Pravia. Correo Temuco, rubia, seria y educada, que habla el francés y el castellano muy correctamente, deseas encontrar un caballero de 45 a 50 años que reúna las mismas cualidades a fin de que le ayude a cuidar sus intereses.

Minerita de Schwager, deseas correspondencia con joven de 25 a 30 años que sepa querer y la haga olvidar la monotonía de esta región. Prefiere marino, pero no marinero. M. S. P., Coronel.

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolin purificado

ARDOR
PESADEV

ACIDEZ
CALAMBRES

M.R.
TABLETAS

Dosis:

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE, EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tomase el natural o disuelta en un poco de agua

Dos chiquillas de 20, una rubia de ojos verdes, otra morena de ojos pardos, desean correspondencia con jóvenes de 25 a 30. La primera lo prefiere moreno, simpático; la otra lo quiere pálido de ojos negros. Marinos, pero no de la Marina Mercante. Si hay dos personas que reunan estas cualidades, dirigirse a O. A. y a Correo, Coronel.

Betty, Correo 3, Valparaíso, desea correspondencia con joven no menor de 22 años, educado y que esté dispuesto a brindarle una amistad sincera. Agradece foto.

Quena, Correo Osorno, desea correspondencia con estudiante de 23 a 26 años. Prefiere Medicina.

Gebby y Betty, Correo Principal, Valparaíso, desean correspondencia con jóvenes de la Cruz Roja del Hospital Naval, porque

somos de la misma profesión, no mayores de 24 ni menores de 18.

L. C., Catedral esquina de Herrera, 17 años, no muy fea, familia honorable, nada de pinturas y muy buena dueña de casa, desea tener correspondencia con muchacho serio, ojalá estudiante de Medicina, donde tengo varios amigos que me pueden presentar, que tengo 22 a 25 años.

Alina Roberts, Correo 7, desea encontrar entre los lectores de esta querida revista, uno que, como yo, sienta el deseo de llenar el vacío de su corazón con un gran amor.

Marta Guerra, profesional, físico agradable, desea correspondencia con fines serios con joven de buen carácter, buena familia y trabajador de 27 a 35 años. Correo, Talca.

Olga y María Ibáñez, hermanas de 17 y 18 años, desean conocer jóvenes que no tengan más de 30 años. Los prefieren rubios. Correo 2, Chillán.

Joven de 23 años, bonita figura, alto, simpático, empleado de la Oficina de Bienestar de El Teniente, buena situación y muy económico, desea correspondencia con señorita de 18 a 20 años simpática, con el corazón lleno de ilusiones y sinceridad, que quiera ser una buena y feliz dueña de casa. Mis deseos son encontrar esa amiguita con fines matrimoniales. Prefiero de Chillán hasta Santiago. Se ruega enviar foto. Diríjase Correo Rancagua al Teniente Jim Zuriter.

Deseo correspondencia con joven hasta de 30 años. Alicia Wilson, Correo Chillán.

Rubia Flechada, Correo Peñafiel, sería muy feliz si pudiera tener amistad con un chiquillo encantador que veo todos los domingos en Peñafiel. Quizás él se acuerde de la rubia alta, ojos azules y rizos que lo mira a la llegada del tren en que se viene a Santiago. Se llama Aníbal Rodríguez.

Betty Wilson, Correo Central, desea correspondencia con el simpático chiquillo que vive en Núñez y cuyo nombre es Félix del Solar O.

Caballero formal, Correo Mina, Rancagua, desea correspondencia con viuda de regular edad, con fines serios. M. S. A.

Luz y Sombra.— Nada se publica sin dirección.

Mar Agitado, Correo Concepción, desea conocer para casarse, señorita de 20 a 25 años, bien caracterizada, dueña de casa, no pretenciosa. La preferiría alta y delgada. Que no use rouge, ni vestido corto ni escote.

N. N., Casilla 89, Tomé, simpático, con profesión y fortuna, desea correspondencia con señorita de 17 a 20 años. Enviar foto.

Sola y Triste, Correo Central, Talcahuano, 17 años, ojos azules matadores, desea correspondencia con joven extranjero.

mayor de 25 años, prefiero alemán, de Santiago.

Illusión Perdida y Alma Destrozada, Correo Central, Casilla 363, Talcahuano, desean correspondencia con jóvenes hasta de 25 años, ojalá alemanes.

Pasionaria Triste desea saber por qué el joven J. Moraga R. no le escribió más. Que se dirija al Correo Principal, al nombre que ya sabe.

Clara Haydee R. M. desea saber el por qué de su silencio con respecto a la última carta enviada a Viña del Mar.



Un conjunto "perfumado" para la mujer elegante

¿Como Perfume? - "CIEL BLEU" (Cielo Azul) la última y turbadora creación de CHERAMY... y, para acompañar el Perfume, Agua de Colonia, Brillantina, Polvos de Arroz, Talcó, Jabón "CIEL BLEU".

Perfume y preparaciones de tocador deben formar en efecto un "conjunto armonioso": el conjunto perfumado "CIEL BLEU" es la última palabra de la elegancia parisina.



CIEL BLEU
(CIELO AZUL) M.R.
"VENTANA ABIERTA EN EL
INFINITO DEL ENSUEÑO"
CHERAMY PARÍS

Con ODORONO

se mitigan las inconveniencias del calor en el cuerpo

Mediante el uso regular de Odorono, se eliminan las molestias que trae consigo el sudor, con su humedad y su mal olor.

Odorono mantiene secas y frescas las axilas, al reprimir, sin peligro, la transpiración. Los médicos lo recomiendan cuando el sudor resulta una molestia insoportable.

Hay dos clases de Odorono Líquido:

El de Fuerza Regular, para usarse dos veces a la semana, y el Odorono Número 3. Modera do, que se recomienda para pieles tiernas y que puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Odorono, que se vende en tubos.



Distribuidor:

GUSTAVO BOWSKI

Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso, Of. No. 10. Casilla 1793. Santiago.

The ODO-RO-NO Co., Inc. Nueva York, E. U. A.

RECETAS EXPERIMENTADAS DE
«PARA TODOS»

(Continuación de la página 24).

decería que me dijera qué puedo hacer para atraer clientela al negocio de tienda que posee mi padre. La gente de este pueblo, acude toda a hacer sus compras a los negocios de turcos que abundan muchísimo.

R.—No se nos ocurre manera mejor para atraer clientela, que la de ser muy amable con los clientes y venderles lo más barato posible. Es verdad, que se ganan menos en cada objeto, pero cómo se vende muchísimo más, a la larga los resultados son mejores. El comerciante amable, serio y cumplido de todos, acaba siempre por enriquecerse. El que engaña al cliente, acaba siempre por hacerse conocido de éstos y ahuyentártelos. Es todo lo que podemos aconsejarle.

El divorcio en Chile.—Un señor que firma "Un docto de Concepción" nos escribe una larga carta, preguntándonos si creemos que en Chile es "indispensable" el divorcio. Sentimos no publicar la susodicha carta, pero no nos lo permite su extensión que es mucha.

La pregunta es perentoria, pero nos-

otros no podemos contestar perentoriamente. El divorcio es necesario. Indispensable, es mucho decir. Quizás no constituye una necesidad vital, pero si que es y constituye, un evidente progreso social. Las razones de este aserto son muchas, pero no tenemos espacio, y quizás tampoco deseos de opinar sobre un asunto del cual tanto se ha opinado ya. Creo que sobre el divorcio se ha dicho ya cuanto se tenía que decir. Quédense pues, sus partidarios deséandolo. Algun día vendrá, y sus impugnadores deseando que e tarde lo más posible.

Cabellos gruesos.—P. ¿Qué será bueno para adelgazar los cabellos? Tengo un pelo que me avergüenza por ser excesivamente grueso y negro. Quisiera una receta para adelgazarlo, y otra para ondularlo en forma permanente. Además, quisiera teñir rubios mis cabellos, porque los cabellos negros no me gustan.

R.—No podemos satisfacerla en ninguna de sus preguntas, porque no hay remedio alguno para adelgazar los cabellos gruesos, ni tampoco para mantenerlos permanentemente ondulados, sin ocuparse de ellos más. Pero vamos a darle algunos consejos. Si sus cabellos son gruesos, no procure usted teñirlos de rubio, porque esa calidad de cabello, luce mejor negro que rubio. Si no tiene usted un tipo fino, es mejor que no ondule sus cabellos, porque los cabellos negros y ondulados, dan a las personas morenas, cuyo tipo no es francamente fino, un aire ordinario.

De todos modos, si quiere usted ondularse el cabello, y que dicha ondulación le resulte, sino eterna, duradera, acuda donde un buen peluquero, y hágase la ondulación permanente. La ondulación al agua es mejor que la ondulación al fierro, dura un poco más y no maltrata el cabello. Todo esto se lo harán en una buena peluquería. Yo creo que Concepción la tendrá excelente.

Eleción de carrera.—P. ¿Qué carrera cree que yo debería seguir, para tener un porvenir brillante? Nómbrame algunas que yo seguiremos sus sabios consejos. — ESTUDIANTE APPLICADO.

R.—Muy difícil nos resulta aconsejar a usted en ese sentido, puesto que usted no nos ha dado

dato alguno respecto de los estudios que lleva hechos, ni nos indica su edad, aficiones y situación económica. Este último punto es muy importante en la elección de una carrera, por cuanto no es posible, por ejemplo, que se aplique a estudiar medicina, un joven que no tiene asegurados sus medios de subsistencia durante el curso de tan largos estudios.

Si es usted bachiller y pobre, podría usted estudiar Farmacia, Agronomía o Dentística, que son las carreras más cortas. Si tiene tiempo y aficiones, puede usted aspirar a ser médico, abogado o ingeniero. La arquitectura también es hoy día una profesión lucrativa. Si quiere usted datos más concretos, sirvase darnos también usted más detalles en una nueva carta.

A una interesada.—R. Si el Ministro las recibe, no hay inconveniente en que hablen con él. De todos modos, pueden ustedes cualquier día, de 3 a 4 de la tarde pasar por Antonio Bellet 98, donde se procurará ayudarlas.

Natación.—P. Deseo saber si la natación es un buen ejercicio. Si éste deporte debilita o enflaquece y cuál es el estilo más rápido.

R.—La natación es un ejercicio excelente. No debilita, no enflaquece, por el contrario, conserva la salud, pero naturalmente, una persona gorda que nadie enflaquece, como ocurre con cualquier ejercicio. El crawl es el estilo que da los mejores tiempos en natación.

Chiquito.—R. En contestación a su larga carta, recogemos una respuesta que da el Averiguador Universal de "El Mercurio" a uno de sus lectores, que quiere crecer a toda costa: "Haga usted ejercicio de gimnasia suave, ande, corra, etc. Lleve usted una buena vida moral y crecerá en años, sabiduría y... estatura..." Nada más podemos agregar a tan sabia respuesta.

CHISTES

—No te da pena, Emilio, que tu primo Luis esté más avanzado que tú en los estudios, siendo más joven?

—Es que él es bicho.

—Y eso qué?

—Que mientras yo estudio una página, él estudia dos a la vez.

—Y este pueblo ¿es sano?

—Antes sí; pero ahora se ha abierto otra farmacia y la verdad... no sé.

Entre esposos:

—Laura de mi alma! ¡Qué feliz soy! Quisiera tener tus manos siempre entre las mías, así!

—Y para qué?

—Para que no pudieras tocar el piano.

El maestro explicando Historia Sagrada:

—Los hijos de Noé fueron tres: Sem, que se fué al Asia, Cam al África y Jafet, que partió a Europa.

—Falta uno.

—Habla, Millo.

—Colón, que se fué a América.

—Vamos a ver, niño, ¿qué son anfibios?

—Unos bichos que pueden vivir en el mar y en la tierra.

—Un ejemplo.

—El señor Juan, amigo de mis padres, que es buzo.



Ud. Podrá Duplicar el Valor de Su Sonrisa

Este método nuevo produce una blancura deslumbrante a los dientes manchados y da a sus encías firmeza y salud

No crea Ud. que sus dientes son por naturaleza manchados y opacos. Puede Ud. restaurarles su blancura maravillosa, siguiendo este procedimiento nuevo.

En la película se reproducen los microbios a millones. Y los microbios, con el sarro, son la causa fundamental de la piorrea. La película favorece a la vez las picaduras.

Los dentífricos comunes nunca

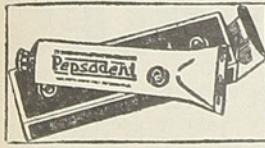
han podido destruir eficazmente la película. Esa es la razón por la que los dentistas recomiendan ahora un dentífrico especial para eliminar la película, llamado Pepsodent.

Quedará Ud. gratamente sorprendido al ver la forma en que los dientes se vuelven más blancos y más brillantes. Ni siquiera se imagina Ud. la blancura y belleza que puedan alcanzar sus dientes.

Sírvase aceptar un tubo de muestra

Para comprobar sus resultados, compre Ud. un tubo de Pepsodent, el dentífrico de alta calidad—de venta en todas partes. O bien, pida una muestra gratis para 10 días a: Depto. K, Droguería del Pacífico S. A. Casilla 28-V, Valparaíso.

8-26-8



Basado en investigación científica moderna. Recomendado por los más eminentes dentistas del mundo entero. Ud. verá y sentirá inmediatos resultados.

MERLINA ACONSEJA...

Lavemos nosotras mismas las ropas de lavadas.—Es evidentemente muy cómodo de dar a la lavandera o a la lavandería, cada semana, la ropa sucia y recibirla, más o menos bien lavada, planchada y doblada, la semana siguiente.

Pero éste agradable método tiene dos puntos negros: 1.o las tarifas de las lavanderías que son cada día más astronómicas. 2.o los procedimientos que se emplean generalmente en ellas, para lavar las ropas, los cuales procedimientos son desastrosos para la salud de la ropa.

Hoy día, un par de buenas sábanas cuestan una pequeña fortuna. Los hermosos pañuelos cuestan fácilmente cien pe-

sos la docena, y qué decir de los precios de la bonita mantelería bordada.

Cuide usted pues, su ropa, señora, y para eso, lávela usted misma.

Yo no quiero decir, por supuesto, que se arme usted de jabón y escobilla y se instale usted, delante de la cuba de lavar. No, pero tome una lavandera y hágala trabajar bajo su dirección.

O bien, cómprese una máquina de lavar perfecta. Plíense usted, que ciertas máquinas realizan el milagro de absorver la ropa manchada y devolverla limpia y seca. No hay necesidad de mojarse con ellas, ni siquiera la punta de los dedos. Por cierto, que estas máquinas

cuestan bastante caro, pero si se piensa lo que cuesta el lavado en la lavandería, la suma que se desembolsa parece muy sencillo de recuperar.

Yo no os aconsejo, sin embargo, que encodeméis a una doméstica el manejo de una máquina de lavar. Esta clase de aparatos necesita ser conducido con inteligencia y precisión, y de estas condiciones estás generalmente desprovistas las domésticas.

En resumen, usted tiene señora, todas las razones del mundo para no dejar que la ropa sucia salga de su casa. Procure encontrar medios de lavarla usted misma con la mayor comodidad y sin molestarle en lo más mínimo, pero no deje de lavarla usted misma.

En beneficio de los cabellos.—Los cabellos no se mantienen bien si no se les aísla por lo menos dos veces al día, y cada vez bastante rato. Esta alreación se opera con la ayuda del peine y de la escobilla. Si querés activar la circulación de la sangre en vuestro cuero cabelludo y mantener en excelente estado de salud vuestros bulbos pilosos, importa mucho que escobilléis vuestros cabellos con un cepillo bien duro. El empleo de la brocha metálica, es también muy recomendable. Pero si temés su caricia, que es en realidad un poco ruda, contentaos con el cepillo común, pero elegido de buena calidad. Con el uso, sin embargo, la mejor escobilla pierde su firmeza.

Para devolverse, sumergid sus pelos en agua adicionada con bastante amoniaco. Pero cómo este baño resulta nefasto para la montura del cepillo, cuidad de no sumergirlo entero.

VARIEDADES

LAS FAROLAS DEL PILAR

En la procesión del Rosario del Pilar, que se celebra en Zaragoza, figuran 375 farolas, contando el monumental, que representa el exterior del templo de la Virgen (regalo de un devoto en acción de gracias por un beneficio recibido) y que para ser iluminado por dentro consume cada año una arroba de cera.

UNA BUENA RECOMPENSA

Sabido es que el general inglés Wellington ayudó a España en la guerra de la Independencia. En recompensa, bien ganada, de su eficaz auxilio, fué agraciado con el título de duque de Ciudad Rodrigo con grandeza y, a más, medio millón de duros en metálico y la hermosísima finca conocida con el nombre de «El Soto de Roma», existente en la provincia de Granada.

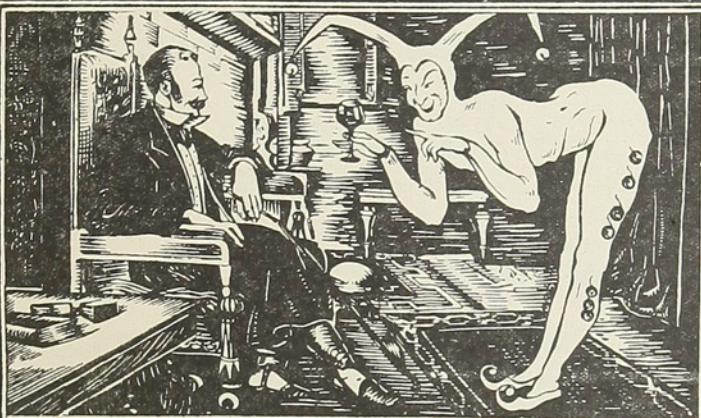
DE «TIROS LARGOS»

La frase «ir de tiros largos», con que se quiere significar el lujo o boato con que se acude a una gran fiesta, ceremonia o suceso, tiene el siguiente origen:

Antiguamente se podían poner en los coches, para arrastrarlos, el número de caballerías que se quisiera; pero el tiro delantero sólo podía ir, bastante separado de los demás, en los vehículos del monarca y de las personas nobles.

Esas correas para unir a distancia dicho tiro delantero tenían de cuatro a cinco metros de longitud y se las llamaba «tiros largos».

Cuando se veía algún carruaje ensanchado de este modo, decíase que pertenecía a personas del más alto rango.



Acelere la Convalecencia

UNA recaída durante la convalecencia es más peligrosa que la enfermedad original. Recuerde que es un período crítico en el que el no avanzar equivale a retroceder. En este período, el poder recuperativo del organismo necesita el Jarabe de Fellows para ayudar con él a las fuerzas naturales y acelerar su restablecimiento permanente. En el Jarabe de Fellows encontrará un reconstituyente cuya excelencia ha sido demostrada durante 60 años de eficacia insólita.

La potencia tonificante de las sales minerales y demás valiosos elementos científicamente combinados, hacen del Jarabe de Fellows un reconstituyente de gran alcance que se puede tomar en toda época del año.

En las Farmacias de 58 países es **FELLOWS** el tónico predilecto.

M. R.

**JARABE DE
FELLOWS**



EL GIGANTE EGOISTA

(Continuación de la página 10)

El otoño trajo frutos de oro a todos los jardines, pero no dió ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoista—dijo.

Y era siempre invierno en casa del gigante, y el viento del norte, el granizo, el hielo y la nieve, danzaban en medio de los árboles.

Una mañana el gigante, acostado en su lecho, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonó tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que los músicos del rey pasaban por allí.

En realidad, era un pardillo que cantaba ante su ventana; pero como no había oido un pájaro en su jardín hacia tanto tiempo, le pareció la música más bella del mundo.

Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento del norte de rugir. Un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado al fin la primavera—dijo el gigante.

Y saltando del lecho se asomó a la ventana y miró. ¿Qué fué lo que vió?

Pues vió un espectáculo extraordinario.

Por una brecha abierta en el muro, los niños habíanse deslizado en el jardín, encaramándose a las ramas. Sobre todos los árboles que alcanzaba él a ver, había un niño, y los árboles sentíanse tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros revoloteaban de unos para otros, cantando con delicia, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped.

Era un bonito cuadro.

Sólo en un rincón, en el rincón más apartado del jardín, seguía siendo invierno.

Allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido llegar a las ramas del árbol y se paseaba a su alrededor llorando amargamente.

El pobre árbol estaba aún cubierto de hielo y de nieve y el viento del norte soplabla y rugía por encima de él.

—Sube ya, muchacho—decía el árbol.

Y le alargaba sus ramas, inclinándolas todo lo que podía, pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

—¡Qué egoista he sido!—pensó.—Ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a ese pobre pe-

queñuelo sobre la cima del árbol, luego tiraré el muro y mi jardín será ya siempre el sitio de recreo de los niños.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió nuevamente la puerta y entró en el jardín.

Pero cuando los niños le vieron, se quedaron tan aterrados, que huycron y el jardín se quedó otra vez invierno.

Únicamente el niño pequeño no había huido, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no le vió venir.

El gigante se deslizó hasta él, le cogió cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol.

Y el árbol inmediatamente floreció, los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó.

Y los otros niños, viendo que ya no era malo el gigante, se acercaron y la primavera les acompañó.

—Desde ahora, este es vuestro jardín; pequeñuelos—dijo el gigante.

Y cogiendo un martillo muy grande, echó abajo el muro.

Y cuando los campesinos fueron a mediodía al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que puede imaginarse.

Estuvieron jugando durante todo el día, y por la noche fueron a decir adiós al gigante.

—Pero, ¿dónde está vuestro compañero?—les preguntó. —Aquel muchacho que subió al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había abrazado y besado.

—No sabemos—respondieron los niños;—se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta—repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y hasta entonces no le habían visto nunca.

Y el gigante se quedó muy triste. Todas las tardes a la salida del colegio veían los niños a jugar con el gigante, pero éste ya no volvió a ver al pequeño a quien quería tanto. Era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amigo y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verle!—solía decir.

Pasaron los años y el gigante envejeció y fue debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas,—decía, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miro por la ventana.

Ya no detectaba el invierno; sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos, atónito y miró con atención.

Realmente, era una visión maravillosa. En un extremo del jardín había un árbol casi cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas de oro y colgaban de ellas frutos de plata; bajo el árbol aquél estaba el pequeño a quien quería tanto.

El gigante se precipitó por las escaleras lleno de alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

En las palmas de las manos del niño y en sus piecitos, veíanse las señales sangrientas de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte?—gritó el gigante.—Dimelo. Iré a coger mi espada y le mataré.

—No—respondió el niño,—éstas son las heridas del Amor.

—Y, ¿quién es ese?—dijo el gigante.

—Un temor respetuoso le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

E L A Y - A Y

El ay-ay de Madagascar es un extraño animalito nocturno. Pertece a la familia de los lemúridos, antepasados del mono, y se alimenta principalmente de las larvas de escarabajos taladrados de madera, que obtiene royendo la madera en que se ocultan esos bichos.

Lo más peculiar en este animal, un tanto parecido al perro, es la forma extraordinaria de sus manos, cuyo tercer dedo no se asemeja en nada al de ningún otro animal viviente. Tiene la forma de una varilla excesivamente delgada con articulaciones, y armada de una garra que utiliza para sacar de sus agujeros a los gusanos cuando quedan suficientemente expuestos por el roer de ay-ay.

Este también hace uso de su dedo mayor para beber, cayendo el agua en su boca en una corriente continua. También roba los nidos de los pájaros. Abre un agujero a un extremo del huevo, inserta en él su extraño dedo y se sorbe el contenido con inusitada velocidad.

chos casos, estad seguros que ellas lo abandonarán; tal vez después de haber arruinado su vida y su corazón, pero... de una vez y para siempre.

Si, por el contrario, son lo bastante fuertes y capaces como para llevarlo, ¿quién tendrá derecho de despojar a nadie del derecho de vivir? Pues no nos engañemos: es el derecho a vivir lo que la mujer desea. Todos los demás derechos son tan solo derivados en ese derecho elemental. Vivir con libertad e independencia; dar su amor, como un don sagrado, no como precio de la casa y la comida de un hombre no amado y si fuerá necesario, ser capaz de sostenerse a sí misma y a sus hijos, no como mendigos que se contentan con cualquier paga, sino como corresponde a la clase de vida en que fué educada y con las aptitudes que le son propias, lo mismo que si se tratara de un hombre.

Este es el derecho que exigimos y que será nuestro con la misma seguridad con que el sol luce en el firmamento y con que las estrellas siguen su interminable curso por la obscura senda de la eternidad. Llegará el día en que todo el mundo, hombre o mujer, tendrá este derecho: el de vivir su mundo de acuerdo con su capacidad.

Pero que esto suceda dentro de veinte años, o de doscientos o de mucho mas tiempo todavía... eso no puedo decirlo.

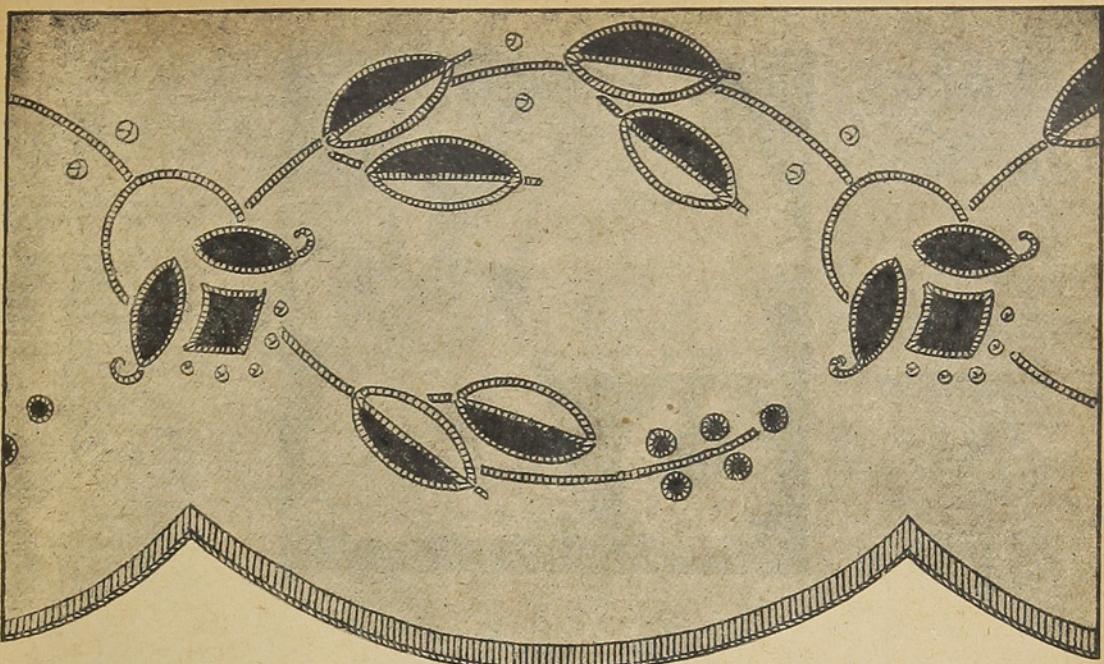
LAS MUJERES EN VEINTE AÑOS MAS

(Continuación de la página 15)

la ventaja de cientos de generaciones, de modo que la lucha esté lejos de ser equitativa.

Pero aun así, es justo y conveniente que ellas obtengan su derecho. Pues, ¿por qué no dar a cualquiera lo que le corresponde por derecho, bajo el pretexto fútil de que no será capaz de utilizarlo? Con el tiempo, si ello es verdad, ya lo abandonará en el camino y seguirá adelante sin guardar rencor en su corazón contra nadie.

Pero si a una parte de la población se le prohíbe que acarree una piedra de una tonelada de peso, hasta el estanque contiguo, se desesperará con el deseo de hacerlo y se remorderá incansablemente por causa de ello sin creer jamás que la incapacidad para realizarlo está en ella y no en la ley que se lo prohíbe. Lo mismo acontece con el derecho de trabajar en todo y en alguna cosa. ¡Dejad que obtengan ese derecho! ¡Dejad que lo obtengan y sean felices con ello; no queráis quitar el peso que ellas quieran llevar sobre sus espaldas! Si resulta demasiado pesado, como sucederá en mu-



LENCERIA DE CASA

El bordado decorativo con dibujo elegante y poco re-cargado, será muy apreciado por las señoras que en sus ratos de ocio, bordan ellas mismas la lencería de su casa y no pueden consagrarse mucho tiempo a minuciosos e interminables bordados. Este trabajo se ejecuta por medio de filete y por las ramas decorativas en punto de cordóncillo inglés y punto anudado. Cortinas, juegos de mesa, manteles, sobres para guardar la ropa de noche pueden ser decorados por este ador-no fácil y gracioso.



Para los Bebés

Ensemble compuesto del abrigo, vestido, gorra, zapatos en crepe de China rosa adornado del mismo genero en color azul.

Batancito en linón adornado de flores bordadas en punto de cordón.

Camisita en linón adornada de un motivo bordado.



Servilleta en tela doble adornada de aplicaciones de tela de otro tono.

Capita de moletón adornada de bordados en lana en punto de trigo y liso. Capuchón bordado y lazada de cintas.

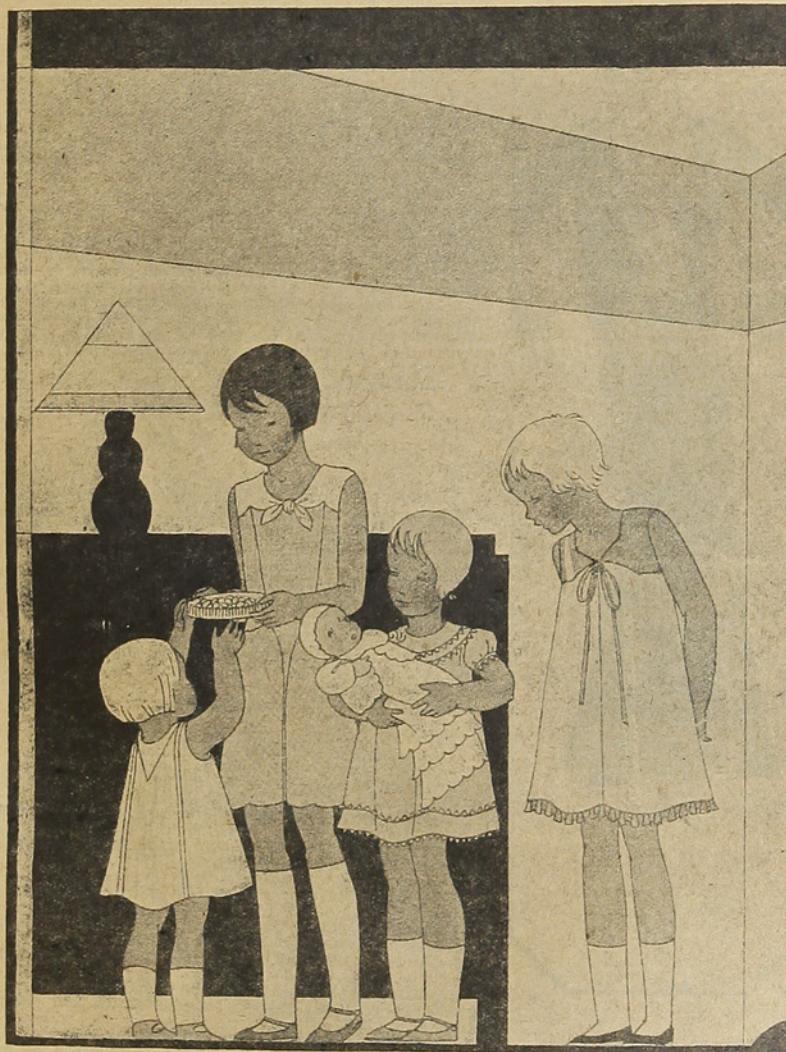
Calzoncito muy práctico con un pequeño motivo bordado.

Cunita alsaciana adornada de tela de seda o crepe de China rosa o azul realizada de motivos bordados al realce. El mismo bordado sobre sábanas y almohadas.

Combinación de jersey beige adornado de soutache rubí.



GABY HA BAUTIZADO SU MUÑECA



Vestido en crepe satin color cielo, adornado en el ruedo y la pelerina con franjas de satin adecuado al tono, lazada de las mismas anudada adelante. La pelerina lleva adorno de flores bordadas en seda del mismo tono.

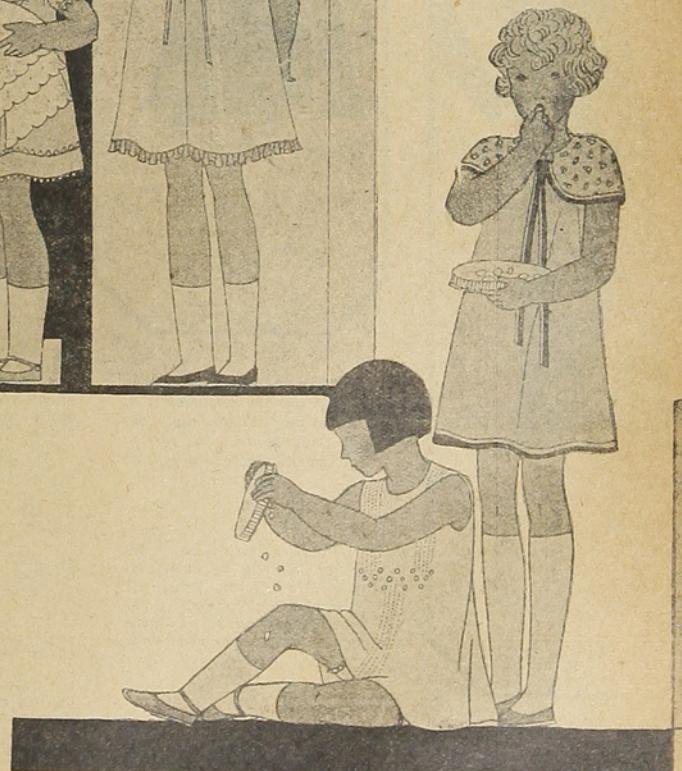
Crepe de China blanco adornado de calados y pastillas bordadas en seda del tono.

Cuatro paneos de moiré blanco montados sobre cintas de satin componen este sencillo y elegante vestidito.

Tafetán de cuadritos verdes y blancos, montado sobre un canesú de tafetán verde de un solo tono, forma el segundo modelo, que en nada desmerece del anterior.

Vestidito en tafetán color rosa, el canesú, mangas, y ruedo, van adornados de soutache o trenzilla del mismo tono.

Vestidito en crepe de China blanco, adornado de calados y vuelo plisado; un nudo une las dos partes del canesú por delante



Lindos Modelos para el Otoño



Vestido en terciopelo frisson. Falda con un movimiento en forma en la parte baja. Cuello y puños en crêpe chiffon azulé trajeado de grupos de nervures.

Vestido en terciopelo inglés negro adornado de cortes pespuntados prolongados por pliegues. Chaleco, euello y puños de tafetán rojo. Cinturón de ante negro con hebilla roja.



(Continuación de la página 3).

LA SOMBRA DEL CLAUSTRO

—¿Cómo es esto, querida hermana? La hermana María Edmée adoptó su fina sonrisa, a la que se unieron la mayor parte de las alumnas.

—Yo creí que él me amaba, pero era demasiado rico para amarme; en el mundo sucede muy a menudo.

—¡Qué innoble! Esto debe haberlos hecho sufrir demasiado, querida hermana, dijo enternecida una de las alumnas.

—Sí, verdaderamente... Sin embargo, hoy dije me pregunto cómo y por qué he podido verter una sola lágrima por tal cosa, cuando, al contrario, debí de haberme regocijado desde lo más íntimo de mi corazón. ¡Qué habría ganado, cásandome con este hermoso muchacho? Poca cosa, seguramente, y en cambio, hubiera sufrido tantas decepciones; mientras que, gracias a su rechazo, he venido hasta aquí, he conocido esta paz, esta serenidad divina, en medio de la cual vivo devotamente desde hace ya veinte años en santidad y sana alegría en medio de mis queridas niñas, tan afectuosas. ¡Aquí, bajo estos grandes árboles, como en un paraíso!... ¡Qué de agradecimientos debo a Federico Hamelin! Vos, querida Luisa, le expresaréis mi infinita gratitud, le diréis que más de alguna vez en mis oraciones, han subido hasta el trono del Altísimo mis votos por su felicidad ya que él en la vida me ha procurado el bien más immense, más cierto, más eterno!...

A. G.

(Continuación de la página 5)

EL COLLAR

Ya en la calle, no vieron coches de alquiler. Anduvieron de un lado a otro buscando, llamando a los cocheros que veían pasar a lo lejos, desesperados, temblando de frío, descendiendo hacia el Sena. Al fin encontraron en el muelle una de esas viejas berlinas noctámbulas que no se ven en París sino de noche, como si de día se avergonzaran de su miseria.

Les llevó a su casa, a la calle de los Mártires, y subieron tristemente al piso, pensando, Matilde, que ya todo había acabado para ella, y pensando, él, que al siguiente día, a las diez, habría de estar en la oficina.

Ante el espejo, para verse una vez más en su gloria, se quitó ella el abrigo con que se había cubierto las espaldas. Y de pronto dió un angustioso grito. No llevaba en el cuello la sarta de diamantes...

Su marido, ya casi desnudo, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Ocurre... ocurre... —dijo ella, desesperada—que no llevo la sarta de diamantes de la Forestier.

—¿Qué? —preguntó él, aterrado.— ¡No puede ser! Buscaron en los pliegues del vestido, en los del abrigo, en los bolsillos, por todas partes. No lo encontraron.

—Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

—Sí. Lo he tocado en el vestíbulo del Ministerio.

—Pero si lo hubieras perdido en la calle lo habríamos oido caer. Debe estar en el coche.

—Sí, puede ser. ¿Has tomado el número?

—No se me ha ocurrido. ¿Y tú? ¿No lo has mirado?

—Nó.

Durante un rato permanecieron mirándose aterrados. Luego el señor Loisel volvió a vestirse.

—Me voy a recorrer todo el trayecto que hemos hecho a pie.

Y salió. Ella se quedó en vestido de balle, sin fuerzas para meterse en la cama, abatida sobre una silla, sin acertar a pensar en nada.

Hacia las siete volvió el marido, diciendo que nada había encontrado. Había ido a la Prefectura de Policía, a las redacciones de los diarios para anunciar una gratificación, a las compañías de coches de alquiler, allá donde la esperanza le empujaba.

Matilde, en el mismo estado de abatimiento ante el enorme desastre, estuvo todo el día esperando el resultado de las gestiones del marido. Pero Loisel volvió a la noche con la cara densamente pálida, desencajada. No se había encontrado el collar.

—Debes escribir a tu amiga diciéndole que se te ha roto el collar y que lo están arreglando. Eso nos dará unos días de tiempo para buscar...

Y ella escribió lo que fué dictando él.

Al cabo de una semana habían perdido todas las esperanzas. Loisel, que había envejecido como si hubiesen pasado cinco años, dijo:

—Hay que pensar en substituir la alhaja.

Tomaron el estuche que la había contenido y fueron a la joyería cuya dirección se leía dentro. El joyero consultó sus libros y respondió:

—No soy yo quien vendió ese collar de diamantes. De mi casa es sólo el estuche.

Entonces fueron de joyería en joyería buscando un collar parecido al otro, consultando sus recuerdos, enfermos de pena y de angustia el marido y la mujer.

Finalmente, en una tienda del Palais Royal encontraron un rosario de diamantes que les pareció igual al que habían perdido. Valía cuarenta mil francos. Se les daría por treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se lo reservara por tres días, y pusieron por condición que se lo volviera a quedar por treinta y cuatro mil francos si antes del día primero de febrero aparecía el que habían perdido.

De herencia de su padre, Loisel conservaba diez y ocho mil francos. Había que buscar el resto. Pidió mil francos a un amigo, quinientos a otro, cinco lises aquí, tres lises allá. Firmó pagarés, contrajo préstamos ruinosos, trató con usureros de la peor especie. Comprometió hasta el fin de su existencia; puso su firma sin saber si podría pagar, y espantado por las angustias del porvenir, por la negra miseria que se cernía sobre él, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fué a buscar el collar de diamantes, depositando sobre el mostrador del joyero treinta y seis mil francos.

Cuando la señora Loisel devolvió el collar a la señora Forestier, ésta le dijo con aire ofendido:

—Debías haberme devuelto antes. Lo podía haber necesitado.

No abrió el estuche, cosa que temía su amiga. Si se hubiera dado cuenta de la substitución, ¿qué habría pensado? ¿Qué habría dicho? ¿Se hubiera creído que la había robado?

La señora Loisel conocía ahora la terrible vida de los pobres. Ante la necesidad de pagar aquella deuda espantosa, hubo de tomar su partido heroicamente. Despidió a la sirviente y cambió de piso, alquilando una buhardilla bajo las tejas de una casa lejana.

Conoció los trabajos domésticos y las odiosas necesidades de la cocina. Fregó los platos, lastimando sus uñas rosadas; lavó la ropa sucia y los trapos, que ponía a secar en una cuerda; bajaba la basura a la calle todas las mañanas y subía el agua, deteniéndose en cada rellano para tomar aliento. Y, vestida como una menestrala, iba a la verdulería, a la carnicería y al ultramarinos, con la cesta colgada del brazo, defendiendo al céntimo su escaso dinero.

Cada mes habían de hacer efectivos los pagarés, firmando otros para ganar tiempo. Su marido trabajaba por las noches poniendo en limpia las cuentas de un comerciante y con frecuencia hacia copias a diez céntimos la página.

Y esta vida duró diez años. Al cabo de los diez años todo estaba pagado, todo, con los abusos de la usura y la acumulación de los intereses compuestos.

La señora Loisel parecía vieja. Se había transformado en la mujer fuerte, ruda, de los matrimonios pobres. Mal peinada, con la falda torcida y las manos rojas, hablaba alto, fregaba las baldosas con gran abundancia de agua; pero a veces, cuando su marido estaba en el despacho, se sentaba junto a la ventana y pensaba en aquella lejana fiesta donde había sido tan festejada, en aquel baile donde se había divertido tanto...

—¿Qué habrá pasado si no hubiese perdido aquella joya? —¿Quién sabe? —¿Qué singular, qué extraña es la vida! —¿Qué poca cosa se precisa para perdonarnos o salvarnos!

Un domingo, que había ido a dar una vuelta por los Campos Elíseos para descansar de los trabajos de la semana, vió llegar hacia ella a una señora que paseaba con un niño. Era la señora Forestier, siempre hermosa, siempre joven y siempre graciosas.

La Loisel se emocionó. —Le hablaría? —Sí. Ahora que todo estaba pagado se lo diría. Sentía la necesidad de decírselo todo. —Por qué no?

—Buenos días, Juana —le dijo, acercándosele.

La otra, sin reconocerla, se asombró al oírse nombrar tan familiarmente por una mujer del pueblo.

—Señora... no sé... —balbuceó. —Debe usted de equivocarse...

—Nó. Soy Matilde Loisel.

Su amiga dió un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Pobre Matilde! —CÓMO HAS CAMBIADO! Me hubiera sido imposible reconocerte.

—He pasado días muy duros desde que no te he visto. Muchas miserias... Y todo por culpa tuya.

—Por culpa mía? —CÓMO ES POSIBLE?

—Te acuerdas de aquel collar que me dejaste para ir a una fiesta del Ministerio...

—Sí. —¿Y qué?

—Que lo perdi.

—Pero si me lo devolviste, hija!

—Te devolví otro muy parecido... Y hace diez años que lo hemos vendido pagando. Puedes comprender que no nos ha sido cosa fácil a nosotros, que no teníamos nada. Por fin está liquidado todo y cree que estoy muy contenta...

La señora Forestier se había quedado enormemente sorprendida.

—Dices que comprasteis un collar de diamantes para substituir el mío?

—Sí. No te habías percatado,, verdad? ¡Eran tan parecidos...

Y sonreía con una alegría orgullosa e inocente.

Y entonces la señora Forestier, muy emocionada, le tomó las dos manos.

—Oh, mi pobre Matilde!... Pero si mi collar era falso!

—Si apenas valía quinientos francos!

(Continuación de la página 7)

CASARSE, NO!

les continuaron los paseos de ambos jóvenes. Ella, cada vez más entusiasmada con Hugo. El, cada vez más preocupado, aunque sin exteriorizar sus sentimientos.

Todo iba muy bien, excepto las entrevistas que Juana solía tener con su tía Felisa.

La vieja refunfuñaba más que antes.

—Pero van a durar mucho tiempo estos paseos? —le preguntó un día a Juana.

—No sé, tía, no sé —contestó la joven, desconcertada.

—Pues debes saberlo. Ya es tiempo de que ese hombre te haya dicho algo.

—Algo? —repitió Juana, sin acertar a comprender.

—Que se te haya declarado; no seas tan pánfila, niña! Pero Hugo no se declaraba por más que cada vez se aficionaba más a la muchacha, llegando a pensar en quién podría casarse con ella que la hiciera feliz. No era fácil la solicitud, porque de los jóvenes que conocía ninguno merecía el cariño de aquella bonita muchacha.

Así las cosas, una noche, animado por los vapores del ponche, tuvo una idea y se propuso realizarla.

Necesitaba una compañera para asistir a una reunión y propuso a Juana que le acompañara.

—Sabe usted bailar? —le preguntó Hugo.

—Nunca lo he hecho.

—Pues, yo la enseñaré.

Y en casa de la tía, a los acordes de un gramófono, demostró Juana ser una buena discípula aprendiendo algunos bailes en muy pocas lecciones.

Una vez con Juana en sus brazos, notó la sensación de siempre, aunque más acentuada; pero no era la de un protector cariñoso y amante como un hermano.

Y esto le sacaba de quicio, haciéndole murmurar:

—Soy un imbécil.

La noche que fueron a la fiesta familiar donde se bailaba, encontró Hugo a su joven compañera ridícula y cursi con el abriguito que se había puesto, más propio para que una criada fuera a la compra que para presentarse en una elegante reunión.

Pero pasado el segundo ponche comenzó a encontrarla de su agrado, y después del tercero, se sintió locuaz, enamorado y tan decidido, que no dudó en hacer su esposa de la hermana de su querido amigo.

Las amantes palabras que salían a torrentes de los cálidos labios de Hugo no dejaron de impresionar a la joven de un modo delicioso.

Claro, ella desconocía a los hombres, del mismo modo que a los efectos que producen las bebidas alcohólicas, y así se dejó besar las manos mientras el compañero le decía:

—Es usted una delicia, Juana. Es usted lo bastante bella para hacer feliz a un hombre, ¿verdad, Juana?

La joven movió la cabeza en señal de duda. No sabía nada de lo que tan atropelladamente le preguntaba Hugo. Sólo había sacado en claro una cosa: que estaba en la gloria.

A la mañana siguiente, Hugo despertó con un fuerte dolor de cabeza y verdaderamente contrariado.

Los vapores del ponche habían desaparecido y pudo ver la desplorable situación en que se hallaba.

—Qué hacer para poder seguir adelante de un modo decente?

El criado se presentó para abrir los postigos de las ventanas y para informarle de que llovía copiosamente.

Tomó el baño, se vistió y trató inútilmente de encontrar el sosciego que necesitaba leyendo el periódico.

De pronto exclamó, estrujando el papel:

—¡Nada! —¡Que no tengo vocación para casado!

El día terminó triste, pero no para Juana, porque Hugo se encargó de enviarle flores, muchas flores.

El, entre tanto, se disponía para arreglar el intrincado asunto en que se había metido, y pensando recordó a su amigo Larry Todd, al cual mandó llamar. Media hora después se presentaba el joven.

Larry era ambicioso y le obsesionaba la literatura, hasta el punto de que cifraba sus ilusiones, su porvenir, todo, en escribir novelas que le dieran fama y dinero y obras teatrales de clamorosos éxitos.

Pero es lo que él solía decir:

—Mi tío me tiene en su despacho a todas horas, sin dejar que me aparte de la mesa, y esto ni me permite dar rien-

da suelta a la inspiración ni me da la mitad de lo que yo necesito para vivir decorosamente.

La situación de Larry la sabía Hugo perfectamente y de aquí que lo llamara. Una vez en su casa, le hizo sentar junto a la chimenea.

—¿Cómo andas con tu tío? — le preguntó Hugo entre sorbo y sorbo de whisky.

—Peor cada día que pasa... Cree que estoy desesperado.

—Pues yo he encontrado el medio para que puedas dar cima a tus ideas.

—¡Bravo! Eres mi mejor amigo.

—Pero tienes que hacer un pequeño sacrificio.

—Lo haré.

—Casarte.

Larry se puso en pie de un salto y estuvo en un tris que no rodaran las copas por el suelo.

—¿Te has asustado? — le preguntó Hugo, sonriendo.

—¡Caramba! ¿Y a eso le llamas tú pequeño sacrificio?

—A eso le llamo yo la solución de un problema que eres incapaz de resolver.

—Ya estoy casado con la mesa del despacho, y aunque aguanta con paciencia los puñetazos que le arrojo cuando la desesperación se apodera de mí, no me seduce tal unión.

—Déjate de tonterías y escucha. La mujer que yo te proporciono es joven, encantadora, virtuosa y con dinero.

—Un mirla blanco.

—Una mujercita ideal.

—¿Y por qué no aprovechas para ti ese portento?

—Ya sabes que no tengo vocación para casado. Se trata de la hermana del mejor, del único amigo que he tenido en esta vida.

—Gracias por la parte que me toca.

—No me interrumpas. Mi amigo murió, adoraba a su hermana y yo he de velar por ella como lo hubiera hecho Jacobo.

—¿Y es rica la muchacha?

—Su hermano le dejó cinco mil libras esterlinas, que yo administré y que pondré a tu disposición cuando os hayais casado. Podéis vivir muy bien cinco años, durante los cuales escribirás tranquilo. Tu talento hará lo demás.

—¿Y estás seguro de que ella me querrá?

—También es ese un asunto que confío a tu talento. Juana, que éste es su nombre, me tiene por su prometido, porque yo me he precipitado sin darme cuenta. Tú le haces el amor, yo me voy desviando; del amor de novio pasó al de hermano, que es el que me corresponde, y entonces ella se irá acercando a ti. ¿Qué te parece?

—Una atrocidad.

—No tan grande como la de casarme yo con Juana!

—He de pensarlo — murmuró Larry sin decidirse del todo.

Al día siguiente salieron de paseo Hugo, Juana y Larry. Este quedó prendado de la muchacha a primera vista, y a Juana también le agrado Larry, diciéndoselo a Hugo con franqueza cuando estuvieron solos.

—Es muy simpático su amigo, verdad? — dijo candorosamente.

—Mucho — contestó Hugo; — muy simpático y muy bueno; pero sufre y es preciso consolarle.

—Consolarle?

—Más bien entretenérlo, distraerlo. Y eso nadie mejor que tú.

—Pero eso no puede ser!

—Por qué?

—No sabe que somos novios? En fin, haré lo que quieras si es tu gusto.

Pasada una semana, fué Larry a visitar a su amigo para contarle sus progresos o, mejor dicho, sus atrasos. De momento se dejó caer sobre un sillón, como si le agobiara la pena.

—Pero qué diablos te pasa ahora? — le preguntó Hugo con impaciencia.

—¿Y a tí? ¿No has comprendido que sufres una equivocación lamentable? ¿No adviertes que estás haciendo el imbécil?

—Te doy las gracias.

Larry continuó:

—Pero es posible que, habiendo encontrado una de las mejores mujeres del mundo, quieras abandonarla?

Hugo se encogió de hombros.

—Aquí va a haber un enredo mayúsculo — siguió Larry.

—Ella te quiere de veras, está enamorada de tí. ¡Qué suerte la tuyá!

—No te des por entendido y sigue adelante, y si quieres dinero para empezar a escribir, me lo dices.

—Yo no quiero dinero. Mi más ardiente deseo sería casarme con Juana, aunque fuera más pobre que yo.

—Hábllale así a ella.

—Ya lo hago. Ayer le dije lo que sentía, que era encantadora, y me contestó que no admitía piropos, y que si contaba por ese camino daría por terminada nuestra amistad.

Hugo se veía colocado entre la espada y la pared, mas así y todo, siguió aferrado en su idea.

—Mira — le dijo a su amigo, — yo no tengo fe en ninguna mujer.

—¿Ni en Juana?

—Ni en esa.

—Tú no estás bueno.

—Déjame a mí a un lado y contesta: ¿no piensas seguir enamorándola?

—Por tu cuenta, no; por la mía y convencido de que sería con tal mujer el más feliz de los hombres.

Ya no hablaron más, y Hugo continuó visitando a Juana, porque verdaderamente no podía dejar de hacerlo.

Aquella carita ingenua, aquella sonrisa pura e infantil le atraían sin que pudiera remediarlo. Total, que el recuerdo de ella no le abandonaba ni un minuto.

—Verdad que no poseo atractivos como otras jóvenes de mi edad? — le decía Juana una tarde.

—Tú eres un millón de veces más atractiva que todas las mujeres que yo he conocido hasta ahora.

—Lo piensas así porque me amas... pero...

Hugo sonrió pensando en lo equivocada que ella estaba respecto a su amor, porque no la amaba, o por lo menos así lo creía él, aunque no dejara de comprender que era la mujer más bella y más buena de cuantas había visto. Mas ya que no estaba dispuesto a casarse, nadie mejor que su amigo Larry para ser feliz con ella.

En fin, que el atolondrado Hugo se hacia un lio, suspendiendo unas veces por la dicha que se perdía y alegrándose otras por la que esperaba ayudando del matrimonio.

—Hoy cumplíes años, Juana — le dijo Hugo el último día que se vieron — y deseó hacerte un obsequio de tu gusto.

—¡Oh! ¡Qué bueno eres para mí!

—Vamos, dime qué es lo que quieras, sin rodeos, con franqueza.

Los ojos de Juana brillaron de un modo especial, envolviendo a Hugo en una intensa llamarada.

Casi al mismo tiempo contestó la joven con profunda emoción:

—Lo que más me gusta, lo que más querido ya lo tengo. Eres tú y sólo tú.

Nada: que no había medio de apartarse de aquella angelical criatura, toda bondad, toda amor sincero hacia él. Cuando Hugo se despedía de ella, lo seguía con la vista en medio de una franca adoración.

Hugo se encontraba una tarde en su casa, cuando Larry le llamó por teléfono y le comunicó:

—¡Una desgracia, Hugo, una desgracia!...

—¿Qué?... ¿De qué se trata?...

Y Larry dijo, atropelladamente, que había salido con Juana a dar un paseo en automóvil y que por exceso de velocidad habían chocado contra un poste telefónico...

Juana tuvo que ser asistida en una clínica.

Larry le dió las señas y el joven partió hacia el sitio indicado, llorando lo mismo que un niño.

Una enfermera le acompañó hasta la salita donde habían instalado a Juana, y allí la vió en el lecho con la cabeza totalmente vendada.

—¡Juana! — exclamó Hugo cariñosamente. — ¡Amor mío!...

Y fué a estrechar sus manos; pero la joven las retiró vivamente, volviéndose de espaldas.

—Pero no me reconoces? ¡Soy yo, mírame a tu lado!...

La enfermera hizo salir a Hugo de la sala.

—Por hoy ya basta — le dijo modosamente; — mañana estará mejor y podrá usted hablarle más detenidamente.

La desesperación de Hugo era tremenda y se acusaba de ser él el causante de la desgracia. Además, creía haber perdido el amor de Juana precisamente cuando él se dió cuenta de que no podía vivir sin ella.

La visita del siguiente día fué más cordial que la primera. Juana le sonrió, le habló con cariño, pero se mantuvo más reservada de lo que tenía por costumbre.

A la cuarta visita ya los dejó solos la enfermera.

El primer impulso de Hugo fué besar a Juana, porque la amaba de veras, porque la deseaba para esposa, aunque le quitara hasta el último ápice de libertad. Pero la enferma se apartó rápidamente, tapándose la cara con las manos.

—Larry me lo ha contado todo — dijo, suspirando. — Confia en que me casaré con él; pero ni con Larry ni con usted. Cometí una torpeza al creer que usted me amaba.

Hugo se estremeció violentamente y fué a sincerarse del mejor modo que supo; mas Juana le atajó, diciéndole que se retirara.

—Pero... — insistió Hugo.

—Le confieso que he pasado unas semanas agradabilísimas con usted, pero ahora le vuelvo a suplicar que se retire.

Y, diciendo esto, cubrió su semblante con el brazo que no tenía en cabestrillo.

Los demás días que Juana permaneció en la clínica fueron de conquista y tormento para Hugo... y hasta quiso matar a Larry por charlatán.

Pero como el único culpable era él, por su modo de pensar respecto al matrimonio, hubo de conformarse.

Juana salió, curada, de la clínica, y por fin la vió Hugo una mañana en Portland Place, mientras daba el paseo a Toto.

El auto que Hugo guiaba se detuvo junto a la acera.

—Sube! — ordenó él.

Juana movió la cabeza negativamente.

—No puede ser — dijo después; — mi tía me lo ha prohibido terminantemente.

—No me importa... ¡sube!

Dicho esto, abrió la portezuela y la hizo entrar. Juana preguntó, temblando de emoción:

—¿Pero a dónde me llevas?

—A nuestra casa — le contestó él.

Y después de una breve explicación, que dió por resultado hacer las paces, procedieron a sacar los documentos que necesitaban para casarse lo más pronto posible.

El piso que en pocos días había dispuesto Hugo le resultó un palacio a la encantadora Juana, la cual perdonó la locura de su prometido creyendo que éste la amaba de veras.

También terminaron por hacer las paces con Larry, y éste pudo al fin dedicarse a cultivar sus afanes literarios.

Y todo acabó, al fin, como debía terminar.

¡Amor, amor y amor!

KATHARINE HAVILAND TAYLOR

(Continuación de la página 33)

EL DERECHO A MARIDO

patia, la bondad, la amabilidad, la virtud y otras cualidades menos espirituales, que no hay para qué citar, pueden atraer a un hombre, tanto como la belleza o la dote.

—De acuerdo. Mas, ¿cómo reivindicar y hacer efectivo ese derecho? Son muchas las ideas razonables y convenientes en teoría, que resulta utópico pretender llevar a la práctica.

—Atinada observación, señora; pero veamos con calma si el derecho a marido, que yo proclamo como el primero y el más interesante de los derechos de la mujer soltera, no puede ser puesto en práctica. Claro que en ninguna constitución puede insertarse un artículo que diga, por ejemplo: "Todas las españolas llegadas a la mayoría de edad, tienen derecho a marido, y el Estado se obliga a facilitártelo". Pero si puede figurarse uno que diga: "El Estado se obliga a proteger, con todos los medios a su alcance y con todos los procedimientos eficaces, la formación de familias, y al efecto se concederá siempre un trato de favor a los españoles casados, sobre quienes no lo sean". Y ese artículo, redactado así, no sólo podría ser fácilmente cumplido, sino que nadie, que tuviese sentido común, osaría discutirlo, porque, siendo, como es la familia, la célula, la base, la piedra angular de toda nuestra organización social, no solo es justo fomentar la formación de familias, sino que es una verdadera locura no hacerlo cuando se nota, como ahora, cierto desafecto hacia la institución familiar, que si no se enmienda, irá aumentando con gravísimas consecuencias.

—Evidente, evidente. No obstante, ese *trato de favor* a los españoles casados, ¿qué extensión habría de tener?

—Toda la que fuese precisa hasta lograr que todas las mujeres solteras pudiesen hacer fácilmente efectivo su derecho a marido o, dicho de otro modo, hasta que todos los hombres, llegados a cierta edad, tuvieran tanto interés a casarse que casi ninguno dejara de hacerlo.

—Y le parece a usted que la ley que podríamos llamar de "Protección a la familia" podría llegar a alcanzar esa máxima eficacia?

—La práctica nos lo diría. Y en todo caso, para llegar a ella, no habría más que ir acentuando el trato de favor a los casados hasta lograrlo. Cuando una fortaleza no se derriba con un cañonazo, se dispara diez o cien o mil, y cuando un tornillo no aprieta bastante, se le dan algunas vueltas más.

Voy a anunciarles a la ligera algunos extremos o disposiciones que podría contener la ley de protección a la familia:

a) Todos los que cobran, sueldos, subvenciones, dietas, etc., del Estado, de cualquier clase o categoría que sean, si están casados, percibirán un cincuenta por ciento más que si están solteros o viudos.

b) Para aspirar a determinados cargos dependientes del Estado, es condición indispensable ser casado.

c) En los cargos por oposición, en igualdad de méritos o circunstancias o siendo ligera la diferencia, se dará siempre preferencia al casado sobre el soltero o el viudo.

d) Ningún casado puede ser detenido por más de doce horas, sea cualquiera el delito de que se le acuse, no hallándose *in fraganti*, y gozará siempre de la libertad preventiva, sin necesidad de depositar fianza. Probado su delito y condenado a cualquiera de las penas señaladas en el

Código, el hombre casado se beneficiará de un cincuenta por ciento de reducción en el plazo de la pena.

e) Todas las leyes de protección social, retiros, vejez, etc., sin excepción, señalarán en las subvenciones un veinticinco por ciento de aumento, cuando sea casado el beneficiario.

f) En todos los talleres, fábricas u oficinas donde trabajen más de tres individuos, un setenta y cinco por ciento de ellos habrán de ser casados, salvo que se demuestre que no hay solicitantes de ese estado.

—Les parece a ustedes si todo eso bastaría para decidir a los remisos a casarse, aún a costa de los mayores sacrificios?

R. D. A.

(Continuación de la página 37)

EL OCASO DE LAS POLLERAS CORTAS

como sonajas, y que es una insensatez dar tanta importancia a sus caprichos.

—Es usted — le dije — el que ha perdido el sentido de los valores y el que demuestra una curiosa falta de discernimiento. Mientras las variaciones de la moda se limiten a este ir y venir que usted define plagiando a Dumas hijo, y repitiendo una de sus réplicas más famosa y más a menudo...

—¿Citadas?

—No; robadas.

—¡Ah! ¿Pero esa frase es de Dumas? Lo ignoraba.

—No es usted el único. Prosigo.

—Como guste.

—Mientras no se trate sino de pasar del paraguas a la sonaja y viceversa, reconozco que ello no tiene importancia; pero la moda que actualmente está declinando nada tiene de paraguas ni de sonaja. Cuando desaparecía mañana, nadie concebirá cómo pudo ser vía en sentido astronómico) y mucho menos cómo la imaginación de los modistas, pudo regresar tan fácilmente al ritmo de la sonaja y del paraguas.

—Y, usted se alegra de ese retorno?

—Pero amigo mío, no sólo eso, sino que entonaría una aleluya de no haber este clamor augusto convertido en una refrán de "jazz" y no quiero desperdiciar ninguna ocasión de protestar contra tan desdicha inconveniente.

—Su última palabra la ha vendido. ¡Qué anticuado se está poniendo con la vejez! Ahora me explico por qué la moda que, según dice usted, muere, le desagrada tanto: la encuentra inconveniente.

—¡Ah, pobre amigo mío! ¡Qué mal me conoces usted! ¡Quisiera decir que las polleras cortas ofenden mi pudor? Pero si mi pudor es tan elástico que mejor sería decir que no lo tengo. Para agujonearme me dice luego, que estoy envejeciendo, pero le aseguro que yo no soy el único viejo que se queja de nada que se le oculta. ¡Acaso mi impaciencia no es una prueba de que soy joven todavía? Pero, en realidad, usted tiene razón: ante todo, es en nombre del pudor que condono esos vestiditos casi de nada.

—Ha visto usted?

—Pero es que yo tengo del pudor, la misma idea que los antiguos griegos, que lo jugaban inútil en las personas bien formadas, e indispensable en los bárbaros y aun en los helenos menos favorecidos por las Gracias.

—Veo que su pudor no tiene nada de virtud y hasta podría decirse que es casi un vicio.

—Ni virtud ni vicio. No se relaciona con la moral, sino con la estética.

—Pretende acaso insinuar que nuestras compañeras de melena y polleras cortas no son bien torneadas?

—Bien torneadas, tal vez... ¡Qué metáfora tan ridícula! Conviene que es clásica, pero si repara usted en ciertos epítetos del mismo Virgilio, no podrá usted negar que le gustara por lo menos para los brazos y el cuello, eso que, según el lenguaje vulgar de los talleres, se llama "regordetas". Pero yo no pretendo de ningún modo que nuestras compañeras estén mal formadas; no generalizo hasta ese punto, pues todo error proviene de generalizar demasiado. Lo que afirmo es, que entre todas esas piernas que nos exhiben, son muchas las mostradas, pero muy pocas las dignas de verse. En cuanto a las rodillas... es algo raro hallar una linda rodilla. Compruébalo el expuesto, las polleras pueden descender hasta los tobillos.

—¿Y son éas — me dice el amigo financista — las únicas e insignificantes razones que tiene usted para alabar a los modistas por su capricho de resucitar las polleras largas?

—Oh, no. Tengo otra mucho más poderosa que reservaba para el final y es que me felicitó al ver surgir de nuevo el sentido de la elegancia, dormido durante tanto tiempo. Renace el lujo y ya me parece oír gritar por doquier: "¡Qué reviente la avaricia!"

—Pero, ¿qué está usted diciendo?

Se ha dejado usted engañar con lo que las mujeres nos están repitiendo desde hace 15 años de que siendo "deportivas" deben vestirse de acuerdo con esta modalidad, puesto que no es posible conducir un automóvil con crinolinas y con "panlers". Y bien, que se vistan a lo "chauffeur" para conducir, pero que se vistan como damas de sociedad — o como mujeres — para andar en sociedad. Ellas han creído que es más práctico adoptar un traje que sirva para todo y no se sabe si lo que llevan puesto es un batón, un vestido de baño o un traje de baño de esos que temen el agua. He aquí una moda extraña, pero muy ventajosa para todas las Mimí Pinson que no tienen sino un vestido y una cofia.

(Continuación de la página 39)

EL NEGRO CASTIGO

bocas parecían corales que escondían pequeñísimas perlas; sus trenzas eran cual de ébano lustroso; sus carnes se hubieran creido que habían sido amasadas con nieve y rosas; sus talles eran flexibles cual el tallo de los lirios; y se cimbraban y le miraban y se sonreían, como si de el estuvieran enamoradas todas ellas.

Svahram avanzó por entre estas beldades, hasta llegar a los pies del trono; y cuál no fué su sorpresa, al ver que la reina le invitaba a sentarse en un sitial que había a su lado, y levantándose el bordado velo que le cubría el rostro, halló que era su propia esposa, la que él mandara arrojar al mar, pero mucho más hermosa y resplandeciente que nunca.

No se atrevía a creer lo que estaba viendo. Tanto, que le tomó la mano para cerciorarse de si era una realidad o una visión fantástica. Y ella, con suma gracia, se la aproximó a los labios para que la besara, dándole la bienvenida con una afabilidad extrema.

Svahram estaba loco de placer al volver a encontrar a Mejillas de Rosa, que parecía una divinidad bajada del cielo.

En seguida, un almuerzo fuerte fué servido, durante el cual reinó la mayor cordialidad y alegría. La orquesta, situada en una alta tribuna, no cesaba de tocar alegres sonatas, y algunas de las jóvenes camaristas entonaban baladas de amor. Los más preciosos vinos eran servidos en copas de oro, y las frutas presentadas formaban pirámides sobre grandes platos de esmalte.

Después de la comida, le propuso la reina un paseo a caballo. Svahram estaba maravillado. En los bosques de su esposa, los árboles eran de un verde más brillante que en los suyos, y cantaban en sus ramas pájaros de colores vivos, revoloteando al rededor de sus cabezas cuando ellos pasaban. Ella extendió la mano, y un ave de color de esmeralda, con los ojos cual rubies, vino a posarse sobre sus dedos, y la miró con ternura. Ella le dió un beso, y el ave se echó a volar, cantando de contento.

Vuelto al palacio, una cena copiosa les esperaba. El rey, desbordando de amor y de deseo, ansiaba ya retirarse a sus habitaciones con su esposa, de la cual estaba más enamorado que el día de su boda. Entonces, ella le invitó a que escogiera una de las beldades que estaban con ellos sentadas a la mesa, las que no cesaban de mirarle con ojos provocativos. Svahram quedóse atónito ante tal proposición, pero ella le respondió graciosamente: "Esta es mi venganza", y se retiró por una puerta secreta. Así, no le quedó más remedio que escoger una de las más hermosas, y retirarse con ella a su cuarto. Al día siguiente, la reina mandóle a buscar otra vez, y las mismas escenas de placer se reprodujeron, con ligeras variantes. Varias semanas se pasaron en ese género de vida, de fiestas y de voluptuosidades. El rey no cesaba de rogar a la reina que le concediera la felicidad de volver a ser, en realidad, su esposo. Y ella le contestaba siempre: "Esta es mi venganza".

Por fin, llegó un día en que el rey, loco ya de amor, la abrazó, la besó. Y ella, esquivándose, le dijo:

—No busquéis obtener lo que rechazasteis para siempre. Contentaos ahora con gozar lo que está a vuestra disposición, como debisteis haberlo hecho antes.

—No prefiero morir—le contestó Svahram, desesperado a vivir privado de lo que es para mí la felicidad suprema.

—¿Y esas beldades?—le preguntó la reina.

—A nuestro lado me parecen indiferentes, y a continuar sin vos me resultarían repugnantes, deseando no verlas más, porque me producirían horror.

—Como yo os lo produje!... —respondió ella.—No insistáis más, pues os arrepentiríais todo el resto de vuestra vida.

El rey volvió a jurar a la reina, que moriría o se daría la muerte, si no accedía.

Se echó a sus pies; le presentó su ancha espada para que le traspasara el corazón; y por fin, ella le levantó, y le dijo:

—Puesto que queréis absolutamente ser la criatura más desdichada de todo el universo, y no respetáis la voluntad divina, dadme el brazo y acompañadme al jardín.

Era en la primavera, precisamente al año de su boda; un soplo tibio embalsamaba la atmósfera, con el olor suave de las flores. La luna llena iluminaba con su luz de plata el vergel, en el centro del cual había un lago, que reflejaba sus blancos rayos.

Una vez frente al lago, le hizo sentar en una glorieta, en que había un gran diván con mullidos almohadones, y le invitó a que se desnudara, diciéndole:

—Antes de poseerme, tenéis que bañaros en las puras aguas de este lago.

Svahram consintió, loco de placer. Se desnudó, se mojó la cabeza y, penetrando en el agua, se sumergió enteramente en ella; al cabo de un rato volvió a sacar la cabeza, con la esperanza de encontrarse con la esposa que lo había de recibir en sus brazos, y... ¿qué vió? Todo aquel encanto em-

briagador había desaparecido, y se hallaba en la orilla del Golfo Pérsico, donde le esperaban sus cortesanos, sus hombres de armas, su caballo y sus carros de marfil, todo igual como cuando fueron a arrojar al mar a la reina.

Al salir del agua, atónito, se encontró a dos de sus servidores, que le frotaron el cuerpo y le vistieron, diciéndole:

—Sea bienvenida vuestra inmensa Majestad, Rey de los Reyes; ya sabíamos que volveríais hoy a esta hora, a nadar, por este lado del golfo. Y aquí tenéis todos vuestros leales servidores, que os esperan.

Entonces, uno de los príncipes subditos suyos avanzó hasta él, y le presentó una cajita de nácar, diciéndole:

—El caballero anciano que nos anunció esta mañana que os había visto venir hacia acá nadando, nos entregó este cofrecito para vos.

El rey, atónito, acabando de vestirse, y antes de montar en su caballo, que le esperaba, abrió presuroso el cofre, y dentro encontró esta misiva, que leyó con avidez:

"Rey de los Reyes, para serio, deberías de ser el más justo, y faltaste al primer precepto de Ormuzd, al arrojar al mar a tu bella esposa. Tu horrible sentencia te hundió en el Reino del maligno Ariman. En él has visto la sombra de tu desposada, en el castillo negro, y la has vuelto a ver tal cual es ahora, reina de la Mesopotamia. Hoy que cumpliste el año, hoy celebra sus bodas con el hijo mayor del caballero que la salvó. Al ordenar su muerte, tú mismo te sentencias a divorcio perpetuo. Renuncia a ella para toda la vida, que jamás la volverás a ver, y de hoy en adelante sé siempre justo en tus dictados, cual debieras de haberlo sido. Tal es la voluntad de Ormuzd y de su divino hijo".

Svahram se quedó hondamente impresionado. Montó en su caballo y, acompañado de su séquito, volvió a tomar posesión de sus estados, ordenando que, para toda su vida, su servidumbre le vistiera siempre de luto.

(Continuación de la página 40).

EL PRESENTE DEL PESCADOR

entrar en una vida tan obscura, se mezclaba para él con la visión del Niño Jesús venido al mundo en un pajar, para ir a morir al fin en un Calvario.

El domingo anterior el viejo se había detenido en uno de los altares de la pequeña Iglesia, para contemplar conmovido la imagen del Divino Niño que se ofrecía sobre las pajas rudas del pesebre, a la adoración de los fieles. Sobre los senderos de la artificial montaña de Bethleem, los pastores ascendían cargados de presentes. Uno llamó especialmente la atención del viejo: el que llevaba sobre sus hombros un hermoso cordero como obsequio.

A través de la humareda de su pipa que ascendía en la noche clara, el caminaba hacia su vivienda mirándose convertido en aquella imagen que llevaba al Niño Jesús el presente de un cordero. De repente se dijo:

—Yo también llevaré mi presente al Niño que ha nacido cerca de mí.

Sonrió con el remordimiento apaciguado por este pensamiento. Ya en la casa se pone el traje de los domingos y luego se dirige hacia el establo. Pero no abre la puerta, detrás de la cual duerme su ganado. Y sacudiendo sus inclinadas espaldas, con una fiera altivez, sacude su cuerpo viejo.

—Yo no soy un pastor—se dice— soy un pescador—y no son corderos lo que las gentes de mar regalan al pequeño Jesús.

Partió, pues, con las manos vacías.

Pasando frente a la casucha donde se agrupaba la miserable tribu de los Esclavos, no se admiró de ver luz dentro, ni tamboco de sentir vagidos de niño.

Empujó la puerta y entró. En el fondo en un miserable lecho la parturienta estaba pálida como una muerta. Pedro y venía por la estancia con aire preocupado y horriblemente melancólico. Una mujer vieja, sostenía al niño entre sus brazos.

Se volvió a medias hacia Londas.

—Esta noche, dijo, me ha tocado escuchar aquí misa de media noche.

—A mí también—si no se me pone pa la puerta—dijo el viejo.

Maria le miró con extraños ojos, donde había como una locura de esperanza, como una locura de angustia. Se parecía extraordinariamente a la Virgen en esos momentos, no a la Virgen joven y radiante que mira a su hijo recién nacido entre sus brazos, sino a la madre del dolor, cuyo corazón se encuentra atravesado por los siete puñales.

Bernardo dijo:

—Yo quiero darle algo al pequeño Jesús que acaba de nacer.

Y golpeando los hombros de Pedro:

—“La Buena Madre” es tuya y de María, de los hijos de María y de los hijos tuyos. Ya no sirvo yo para la manijolla. Pero para el buen tiempo, me llevarás contigo en la barca, no es cierto?

HAN RYNER.

Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY, autora de "EL ROSARIO"

No esperó licencia para hablar, sino que se acercó a la Priora con los brazos tendidos y con una mano cerrada y la otra asiendo la gruesa llave.

—Ay, Reverenda Madre! — exclamó.

Enmudeció al observar la severidad y el descontento que expresaba aquél rostro tan venerado y cayó, temblorosa, de rodillas.

La Priora sentía profundo desprecio hacia los terrores infundados y de no haberle constado el miedo que tenía María Antonia a los truenos y relámpagos, temor no extinguido por noventa años de experiencia, hubiese mostrado menos paciencia con la hermana lega. Sin embargo, le habló con severidad diciendo:

—¿Qué es eso, María Antonia? ¿A qué se debe esta inusitada precipitación? ¿Cómo entras en mi celda de este modo, sin llamar y sin esperar mi licencia? ¿Acaso te persigue el diablo de la tempestad? ¿No te da vergüenza?

Por toda respuesta abrió María Antonia la cerrada mano y de ella cayeron al suelo veinte guisantes que se esparcieron por la celda.

La Priora frunció el ceño, recordando los pueriles juegos de María Antonia, y preguntó:

—Volvieron ya las hermanas?

María Antonia se acercó más, dejó caer la llave y cogió el hábito de la Priora, no para besarlo, sino para cobijarse junto a él como en demanda de protección.

El ruido que la llave hizo al caer al suelo coincidió con una exhalación que cruzó el espacio, y cuando se hubo alejado el estruendo que la siguió, repetido por el eco de multitud de voces en la lejanía, la anciana hermana lega levantó la cabeza. Sus labios estaban temblorosos, castañeteaban sus encías y el terror se reflejaba en su rostro. Entonces comprendió la Priora que se trataba de algo más serio que un miedo pueril por la tormenta.

Se inclinó hacia la hermana lega y posando sus manos con energía, no exenta de ternura, sobre los hombros temblorosos, le preguntó:

—¿Qué ocurre, querida Antonia?

—Que salieron hacia la Catedral veinte Damas Blancas — murmuró la anciana. — Las conté bien. Veinte Damas Blancas salieron, pero...

—¿Qué? — preguntó impaciente la Superiora.

—Que han vuelto "veintiuna" — balbuceó María Antonia ocultando el rostro en el hábito de la Reverenda Madre.

Brillaron dos relámpagos en el firmamento y resonaron otros tantos truenos antes de que la Priora se moviera o hablase. Al fin hizo levantar a María Antonia, la sentó en una silla, a su lado, obligándola a soltar su propio hábito y luego, cruzando la estancia, se dirigió al pasillo de las celdas y dió en la campana el toque de silencio y de oración.

De vuelta a su celda cerró la puerta y preparó un cordial que acercó a los tembloros labios de María Antonia. Luego tomó otra silla, se sentó frente a la hermana lega y la miró con calma.

—¿Qué significa eso? — preguntó.

—Salieron veinte hermanas, Reverenda Madre...

—Ya lo sé. Y volvieron veinte.

—Ay! — exclamó la anciana con mayor firmeza en sus palabras. — Habían vuelto ya veinte, y veinte guisantes pasaron de una a mis manos a la otra. Entonces, cuando no me quedaba ya ningún guisante más, cruzo ante mí otra Dama Blanca, y con ella pasó un viento helado; parecía rodearla la oscuridad de la tormenta. Bajé la escalera, cerré la puerta y cogí la llave. No sé cómo tuve valor para subir de nuevo; cuando estuve otra vez arriba, en el claustro, pude ver a la hermana que hacía el número veintiuno y la cual, San Pedro es testigo, no tenía ya ningún guisante. La vi cruzar el claustro, yendo hacia el pasillo de las celdas, y al intentar acercarme para ver quién era, un relámpago deslumbrador se interpuso entre las dos como reptil maligno. Cuando pude mirar de nuevo había desaparecido ya y acudi aquí alocada por el ruido de la tormenta.

—Pudiste ver su rostro, María Antonia?

—No, Reverenda Madre. Ya sabéis que las hermanas van casi siempre con el rostro cubierto.

—En efecto, pero ten la seguridad de que lo ocurrido es lo siguiente: Sin advertirlo, dejaste caer dos guisantes de una mano a otra y tú contaste uno solo.

—No, Reverenda Madre, porque trasladé los guisantes de una mano a otra mientras contaba las hermanas que pasaban ante mí. Cuando hube llegado al número veinte aprecié la otra.

—Pero, ¿cómo puede ser eso? Si salieron veinte hermanas, veinte han tenido que volver. ¿Quién podía ser la otra?

Entonces la anciana María Antonia se inclinó e hizo la señal de la cruz.

—Sor Agueda — murmuró trémula. — La pobre sor Agueda que ha vuelto otra vez al convento.

Mientras decía esto, en la mente de la Priora surgió un nombre que le produjo angustiosa zozobra y extraordinario temor. "Wifredo, Wifredo, ¿viene ya a salvarme?"

La discoba Serafina había pronunciado estas palabras, pero ¿sería posible tal sacrilegio? ¿Había alguien, perteneciente al mundo exterior, que se atreviese a penetrar en el sagrado Santuario?

El relato de María Antonia le parecía ya verosímil y la Priora comprendía el terror que sobrecogiera a la pobre mujer. Hay imaginaciones débiles que se asustan ante la idea de que los muertos puedan volver a la tierra y andar y moverse entre los hombres, recorriendo los lugares que abandonaron y amaron, ignorando que los muertos están más vivos que los que "viven" y que nadie muere como no sea los que mueren en el pecado.

Por esto, a la Reverenda Madre, encargada de velar por el sagrado rebaño y defenderlo contra el pecado y contra el deshonor, un visitante del mundo de los muertos le habría producido menor alarma que un posible intruso del mundo de los vivos.

Una rápida ojeada en el momento en que hacia sonar la campana le dió la certeza de que el pasillo estaba solitario. ¿Cuál sería la celda en que habría en aquel instante dos personas en vez de una?

La Priora cruzó la habitación para cerrar la ventana, situada en el lado sur de su celda; luego oprimió un botón y se abrió una parte del arrimadero de roble, apareciendo un hueco en la pared, del que tomó una preciosa daga de tallado mango de marfil con la guarda de metal y de afiladísima hoja de acero pulimentada, que terminaba en aguda punta. Cercioróse de que no estaba embotada y ocultando el arma bajo el escapulario, en el cinto, cerró el hueco y volvió a donde la aguardaba María Antonia. Los ojos de la Priora expresaban valerosa resolución, completo dominio de si misma y gallarda serenidad ajena a todo miedo pueril, de modo que al verla, María Antonia comenzó a tranquilizarse.

—Ahora, querida María Antonia, oyeme con atención — dijo tratando de infundir valor a la anciana con su mirada.

—Necesito cerciorarme de que has sufrido una ilusión y de que la hermana número veintiuno no es más que el resultado de un error al contar tus guisantes. Pero si, por el contrario, estuviese realmente en el convento, la he de hallar para tener con ella una conversación.

Mientras tanto, vete a la cocina y ayuda a preparar la cena, pero no hagas sonar la campana del refectorio hasta que yo te avise. Y mejor será que yo misma me encargue de llamar esta tarde. Convendrá, también, que las monjas estén dedicadas a sus oraciones algo más de lo acostumbrado.

Si hiciese sonar la campana de alarma, avisa que vengan a auxiliarme, pero en tal caso ve tú misma a la celda de la Madre Sub-Priora y convéncela de que no se levante, anadiendo, si fuese necesario, que le ordeno permanecer en el lecho. ¡Santo Dios, que trueno! ¡Nuestra Señora nos ampare! Estos relámpagos parecen aumentar el misterio de lo que está pasando. Voy a recorrer las celdas una por una, para cerciorarme de que las hermanas no están muy asustadas. Date prisa, Antonia, y recuerda que no debes decir una palabra a nadie ni mencionar nada referente a la hermana número veintiuno — la Priora se persignó — ni de sor Agueda, que Dlos tenga en Gloria.

María Antonia se arrodilló y besó el borde del hábito de la Priora. Luego se levantó y dijo solemne y sumisamente:

—El Señor os proteja, Reverenda Madre, contra los enemigos vivos o muertos.

Y mientras salía, otra ignea flecha cruzó el espacio.

CAPITULO IX

La Priora cierra la puerta

Esperó la Priora a que se alejaran los pasos de la anciana hermana lega y luego se dirigió hacia el largo pasillo, dejando completamente abierta la puerta de su celda. Una por una recorrió las de las monjas y en todas encontró a una hermana arrodillada y absorta en sus devociones; en ninguna de ellas había dos personas. El mueblaje de las celdas era tan sencillo, que nadie habría podido ocultarse, y de una sola mirada desde el exterior se podía adquirir la certidumbre de ello.

Al llegar ante la celda de sor Serafina, la Priora se de-

tuvó para escuchar y, oyendo en el interior murmullo de palabras, entró rápidamente, pero en seguida se convenció de que allí no había nadie más que sor Serafina, que rezaba en voz alta por el placer de oírse a sí misma.

Entonces la Priora se encaminó hacia la gruesa puerta que daba acceso a los claustros y que María Antonia dejara abierta, siguiendo la costumbre de que lo estuviese día y noche, durante el verano, para refrescar el ambiente.

La Priora vió a través de la puerta abierta las ráfagas de lluvia que penetraban en los claustros, porque la tempestad se había resuelto, por fin, en un diluvio.

Cobijada por la puerta, la Priora miró hacia los claustros, mas desde allí no podía ver la entrada del camino subterráneo ni la escalera que conducía a él. Habría querido acercarse, pero casi era temerario cruzar el espacio descubierto a través de la lluvia torrencial que entraba por las arcadas del claustro. En resumidas cuentas, cualquier peligro que hubiese más allá de aquella escalera no podía amenazar la seguridad del convento si dejaba cerrada la puerta que comunicaba el pasaje con los claustros.

Volviendo sobre sus pasos, entró de nuevo en el pasaje, cerró la maciza puerta, notando, de paso, cuán pesada era para los débiles brazos de la anciana María Antonia, y se prometió encargar en adelante de esta misión a otra hermana lega, joven y fuerte, dejando a María Antonia solamente la responsabilidad de dar la vuelta a la llave en la cerradura.

Esto mismo iba a ejecutar la Priora, cuando algo extraño la obligó a volver los ojos hacia el ángulo de la pared que quedaba al descubierto al cerrarse la puerta.

En el oscuro rincón, y con el rostro tapado, veíase una alta figura vestida con el hábito de la Orden de las Damas Blancas de Worcester.

Tal vez nunca tiene el silencio mayor valor que en los momentos de conmoción y terror. Un grito de la Priora hubiera sido causa de que saliesen de muchas puertas y de que apareciesen precipitadamente una veintena de aterradas monjas.

Mas, en vez de proferir este grito, permaneció silenciosa y serena, aunque, en un instante de inenarrable horror, cesara el latido de su corazón. Luego éste palpito con tal violencia, que podía oírse en el silencio reinante, pero la Priora consiguió sobreponerse a su vehemente impulso de gritar.

Casi en seguida se normalizó su pulso, convirtiéndose su corazón en obediente corcel, gracias al cual su valor podría conseguir la victoria.

En los momentos transcurridos, sus ojos habían permanecido fijos en la blanca figura. Y tanto ésta como la Priora conocían que estaban descubiertas y que se observaban.

La mano de la Priora, que aún estaba sobre la llave, dió con ella una vuelta en la cerradura y la sacó. Luego el estruendo ensordecedor de un trueno hizo temblar los muros y un alud de agua y viento azotó la puerta.

Cuando se apagaba el último eco del trueno, la Priora empezó a hablar y aquella voz llena de severidad, al resonar entre el fragor de la tormenta, pareció, sin duda, a los oídos que la escuchaban, como la Voz de la Suprema Voluntad que en Galilea hizo cesar la tormenta y calmo la furia de las olas.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

La figura no respondió.
—Eres un ánima del reino de los muertos que viene a visitarnos?

El desconocido personaje no hizo ni siquiera un movimiento.

—Eres, entonces, de carne y hueso como nosotras y como nosotras mortales?

El desconocido inclinó pausadamente la cabeza.

—Entonces, en nombre de nuestra amada Virgen, te ordeno que digas la verdad. —Eres un miembro de nuestra Sagrada Orden? —Contestame si o no.

El intruso movió la cabeza negativamente.

La Priora avanzó un paso, tomó la llave con su mano izquierda y, dirigiendo la derecha hacia donde estaba oculta la daga, la empuñó con firmeza.

—Entonces —dijo— atrevida máscara que así fuerzas la entrada de nuestro sagrado recinto, vas a darme cuenta de tu doble sacrilegio: uno, por el uso de estos hábitos; el otro, por tu presencia en este lugar, cuyo acceso está prohibido. Te advierto que jamás ha estado tu vida en más grave peligro que en este instante. Tu única salvación depende de que obedezcas mis órdenes. Camina ante mí lo largo de este corredor, hasta llegar a una habitación situada a la derecha y cuya puerta está abierta. Entra en ella y colócate contra la pared, en el sitio más lejano de la puerta. Allí hablare contigo.

La intrusa figura echó a andar, arrastrando los pies y encorvando las espaldas, cual si fuese persona de avanzada edad; luego tropezó al pisar el borde de su falda, pero pronto recuperó su equilibrio.

La Priora se rió burlonamente, pero de modo que más expresaba enfado que alegría.

El desconocido se irguió de un modo brusco, mostrando su alta estatura, y continuó andando a largos pasos. La Priora pudo observar sus anchos hombros y que su estatura era mayor que la suya propia, aunque ésta era muy aventajada entre las de su sexo. Fijóse en los largos pasos bajo el ancho

hábito y frunció las cejas al darse cuenta de cuál era el sexo del intruso. Ciertamente corría gravísimo peligro, pues estaba sola por completo ante un astuto y misterioso personaje, pero no pidió auxilio, aunque se prometió ser prudente y no correr innecesarios riesgos.

Al pasar por delante de la celda de sor María Serafina, la Reverenda Madre hizo uso de su llave maestra y dejó encerrada a la joven monja.

CAPITULO X

Sé que sois un hombre

Cuando la Priora entró en su celda vió que el desconocido había cumplido sus órdenes, pues se hallaba en el extremo más apartado de la habitación, con los anchos hombros adosados a la pared y los brazos cruzados y ocultos bajo una parte del hábito. La Priora pudo observar que sus pies estaban también cruzados; el hábito del desconocido era, ciertamente, igual en todo al de una Dame Blanca, pero no había duda alguna de que ocultaba a un hombre acorralado y tal vez peligroso. A pesar de ello, en los labios de la Priora se dibujó una sonrisa al observar el contraste entre el sagrado hábito y el poco garbo con que lo llevaba el desconocido.

Cerró la puerta y tomó un sillón de obscura madera española regalado por el señor Obispo y que correspondía a la dignidad de su alto cargo. Se sentó, abandonando su mano izquierda sobre uno de los leones esculpidos que remataban los brazos del sillón, pero con la mano derecha seguía apriisionando el mango de marfil, en tanto que su cuerpo se inclinaba un poco hacia adelante y los pies estaban dispuestos a levantarse repentinamente.

—Sé que sois un hombre —dijo.

Retumbó un trueno en la lejanía y la lluvia caía aún sobre la ventana; pero la tormenta se había alejado y el cielo empezaba a aclararse. El sol se asomaba pálido por entre las desgarradas nubes, y sus rayos, al penetrar por la ventana, brillaron sobre la cruz adornada con piedras preciosas que colgaba del pecho de la Priora, encendiéndola, también, radiante luz en sus escrutadores y claros ojos.

—Sé que sois un hombre —repitió—. Estás descubiertos y, seguramente, avergonzado. Gracias a vuestros planes y al disfraz que lleváis conseguisteis forzar la entrada en este sagrado claustro, en el que se cobija un grupo de mujeres que abandonaron el mundo para no volver jamás a él; que dejaron mucho para consagrarse a una vida de continuo sacrificio y adoración, a fin de alcanzar la Divina intercesión por los que todavía luchan en el mundo exterior.

—Esta conducta nuestra representa la ruptura de muchos y tiernos lazos de afecto. Existen padres y hermanos queridos, a quienes las monjas quisieran ver de nuevo, sin que ello sea posible, salvo en casos extraordinarios, en el locutorio, y aún separados por una reja.

—A excepción del señor Obispo o del sacerdote del convento, jamás hombre alguno pisa estos claustros, ni se oye ninguna voz masculina en estas celdas. Sin embargo, valiéndose de la astucia y de un subterfugio, os habeis introducido aquí, mas no creo que podáis salir con vida para jactaros después de vuestra audacia".

La Priora hizo una pausa. Mientras tanto, el desconocido permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, plegado a la pared. En su actitud silenciosa había algo que no correspondía a la idea que la Priora se formara del primo de sor María Serafina.

Evidentemente no era hombre en quien pudieran hacer mella las amenazas, que se estrellaban en él como si diesen contra un muro de piedra. Entonces la Priora ensayó un nuevo razonamiento:

—Os conozco, caballero Wifredo —dijo— y sé por qué estás aquí. Habiéis venido para tentar y, tal vez, raptar a una de las hermanas que recientemente pronunció los últimos votos. En otro tiempo, no hace mucho de ello, pudisteis haber cambiado su deseo de buscar y encontrar la vida mejor y más elevada. Pero hoy llegáis demasiado tarde. Ninguna esposa de Jesús puede abandonar el sagrado estado que escogió libremente. Su elección está ya hecha y debe resignarse. Vos, señor caballero, podeis hacer lo mismo.

Había cesado ya la lluvia, la tormenta estaba lejos y los rayos del sol inundaban la celda. La voz de la Priora se oyó de nuevo, diciendo con suave entonación:

—Comprendo que vuestra desilusión ha de ser muy dura. Habiéis arriesgado mucho, demasiado. No puedo adivinar el tiempo que necesitaríais para forjar vuestro plan. Habiéis fracasado en vuestro impío propósito, gracias a la fidelidad de una anciana lega que jamás deja de contar cuidadosamente a las Damas Blancas cuando van y vuelven en Visperas y que, en esta ocasión, me comunicó con toda presteza que había regresado una más de las que fueron.

—Acaso no veis en todo esto la mano de Dios? —No os postráis, penitente, ante El, confesando la insensatez de lo que intentabais?"

La oculta cabeza pareció erguirse orgullosamente y en son de protesta. Al mismo tiempo la toca que ocultaba el

rostro se apartó un poco y una mano, fuerte y morena, la volvió a cerrar con presteza.

La Priorsa miró un momento, con la mayor atención, aquella mano fuerte y de obscura piel, y lentamente se puso en pie.

—Muéstrame tu rostro — dijo. Y la tensión de cada palabra suya fué como la hoja de un estilete al penetrar en temblorosa carne.

El desconocido se irguió más todavía al escuchar estas palabras y dando un paso hacia adelante retiró la toca, desgarró el hábito y el escapulario y sacó los brazos de las amplias mangas.

Y cuando apartó la toca, la Priorsa se vió ante un rostro que nunca hubiera pensado ver en su vida; el de quien, en otro tiempo, fuera su prometido.

CAPITULO XI

El pasado vuelve

—¡Hugo! — exclamó la Priorsa.

Y con mayor asombro repitió:

—¡Hugo!

Por tercera vez, pasándose las manos por los ojos, como si quisiera borrar de su vista el fantasma de una pesadilla, volvió a exclarar:

—¡Hugo!

El caballero no contestó, si bien se quitó el hábito y avanzó un paso para deshacerse de él. Luego echó a andar con los brazos extendidos.

—¡Atrás! — gritó la Priorsa; sus manos, sin embargo, habían dejado el puño de la daga. —No te acerques — ordenó.

Y se desplomó en el sillón, apoyando sus temblorosas manos sobre las talladas meleñas de los leones.

El caballero, sin pronunciar palabra, cruzó los brazos sobre el pecho y durante unos instantes se contemplaron aquellas dos almas que un día estuvieron fundidas en amorosa pasión, intensificada por la violencia de una separación.

El caballero contempló los labios de la noble dama que tenía ante él, labios que temblaban y se entreabrián...

Entonces volvieron los años pasados...

La luz de la luna iluminaba las almenadas murallas; mientras los caballos piafaban en el patio, él y ella habían subido a la más alta torre del castillo, como si desearan acercarse lo más posible a las estrellas, y en aquel lugar, sin ser observada por nadie, ella se propuso quedarse hasta verle desaparecer al galope de su caballo.

¡Cuán bella estaba con aquel traje de terciopelo zafiro, con ricas joyas en su pecho y un manto de armiño sobre sus espaldas! Pero más brillante que joya alguna eran sus ojos, llenos de amor y de lágrimas, y más suaves que el más suave terciopelo sus hermosos cabellos, que la cubrían como un velo de oro y que se escurrián entre las manos de él, cuyos brazos la rodeaban amorosamente.

El la contemplaba en silencio, mirándola a los ojos. Abajo se oyó la voz de Martin Goodfellow que llamaba a los hombres de armas.

Y haciendo un esfuerzo para dominar la emoción que la embargaba, le dijo:

—Volverás a mi lado, Hugo. Los sarracenos no te matarán, no te herirán ni te tocarán siquiera, porque mi amor será para ti como un escudo de plata que protegerá tu cuerpo.

Extendió sus fuertes y juveniles brazos, esbelto y suave, rodeándolo con ellos estrechamente, del mismo modo que él la tenía cogida.

El acarició sus suaves cabellos y la oprimió con mayor fuerza contra su pecho.

—Quisiera dejarte siendo ya mi esposa y no doncella. Si hubiera podido conseguirlo, marcharía con el corazón más alegre.

—Esposa o doncella — contestó la joven levantando su rostro hacia él — Dios sabe que solamente pertenezco a ti. Parte con el corazón alegre, amor mío, seguro de que no hay diferencia alguna, ya que, doncella o esposa, soy tuya y jamás seré de otro hombre.

—Sean estas las últimas palabras que escuche de ti — murmuró él buscando con sus labios los de su prometida.

Todavía un momento la joven entrelazó sus manos alrededor de la cabeza del guerrero, poniendo sus dedos entre los sedosos cabellos de él, y con voz más tierna, aunque más firme, añadió:

—Doncella o esposa, ante Dios tuya soy.

En la última despedida estrechó su rostro contra el pecho de él, diciéndole:

—Tuya y jamás de otro.

Y estalló en profundo sollozo.

El bajó prestamente la escalera de caracol, llegó al patio, montó a caballo y, galopando, salió por la puerta principal del castillo de Norelle, hacia los bosques de abetos y descendiendo hacia el Sur, al encuentro del Rey, que ya había partido con la gran Cruzada.

Y mientras iba galopando a la luz de la luna y entre las sombras, creía ver siempre ante él los labios dulces que temblaban y oía el suave gemido de la acongojada joven y sus últimas palabras: "tuya y jamás de otro".

Y ahora... la Priorsa estaba sentada en el sillón de su

celda. Su rostro tornábase por momentos más severo y tranquilo, en tanto que los ojos del caballero se fijaban en los dedos que un día estuvieron tan dulcemente enredados en su cabello.

Ella los ocultó bajo su escapulario, como si aquella mirada los lastimase.

El dirigió los ojos al seno en el que descansara su cabeza y vió que en el lugar en que un día reposó su rostro colgaba ahora una cruz.

Entonces levantó la vista hacia el rostro frío y severo, pero no pronunció ni una palabra.

La Priorsa fué la primera en hablar, diciendo:

—Entonces ¿sois vos?

—Sí — contestó el caballero — soy yo.

Y enojada con su propio corazón, que parecía querer romperse al oír la voz del caballero, la Priorsa preguntó airada:

—¿Cómo osasteis forzar la entrada de este sagrado recinto?

El caballero sonrió al contestar:

—Aun está por hallar la cosa que no me atreva a hacer.

—¿Por qué no estás junto a vuestra esposa? — preguntó la Priorsa con mayor severidad.

—Con mi esposa estoy — replicó el caballero. — La única esposa a quien he amado y la única mujer con la que puedo casarme está aquí.

—¡Cobarde! — gritó la Priorsa pálida de cólera. — ¡Traidor! — E inclinando su cuerpo hacia adelante, apoyó las manos sobre las cabezas de los leones para añadir: — ¡Farsante! Os casasteis con vuestra prima Alfrida, cuando aún no había transcurrido un año desde que nos separamos.

—Depón tu ira — dijo el caballero. — Tu enfado no me asusta, más bien se vuelve contra ti. Escucha mis palabras sinceras y te revelaré toda la cruel verdad.

Siete meses después de haberme separado de ti, llegó a nuestro campamento un mensajero trayendo cartas de Inglaterra, pero entre ellas no había ni una sola palabra tuyas para mí, aunque si una larga misiva de tu hermanasta Leonor dándome la noticia de que, aburrida por mi ausencia y, acaso, también, persuadida por voluntades ajenas, te había casado con Hunfredo, conde de Carnforth. Yo no ignoraba que Hunfredo te pretendía, pero el hecho de que tú hubieras olvidado la promesa que me hiciste, me hizo sufrir horriblemente.

"En los primeros días de mi pesadumbre no quería hablar con nadie. Más tarde busqué al mensajero y le pedí noticias tuyas. Me dijo que había presenciado tu espléndida boda con el conde de Carnforth y que estuve presente en el casamiento, participando, asimismo, de las siguientes ceremonias y de los festejos. También me dijo que en la iglesia estabas hermosísima, aunque se advirtió en ti cierta tristeza, como si tu pensamiento estuviera lejos. Entonces me dirigí a Alfrida, mi prima, y también ella había recibido una carta con iguales noticias. Me dijo que ya hacía tiempo abrigaba el temor de que ocurriese aquello, suponiendo que el corazón de Hunfredo acabaría por conquistarte y contando con la aprobación de Leonor, que ya tenía noticias de que te decidiste, finalmente, a corresponder a su amor, y en su carta me rogaba que no diese ningún paso violento o temerario.

—¿Qué sacarás, me aconsejaba, "con rogar al Rey que te dé licencia para volver? Si matas a Hunfredo, no conseguirás otra cosa que dejar viuda a la mujer que tanto has amado, pero ésta no podría casarse nunca con el matador de su marido. Si, por el contrario, Hunfredo te matase, se perdería un brazo fuerte para la causa de Dios, sin tener en cuenta, además, que otros corazones más fieles que el suyo podrían amarte. Así, pues, permanece ahí y sé hombre".

Entonces, por medio del mensajero, te envié una carta pidiéndote que me explicaras cómo habías podido dar semejante paso, puesto que eras mi prometida, y cómo era posible que Hunfredo te hiciese feliz. A éste le escribí, también, diciéndole que tu amor era para él como un escudo de plata que lo defendiese y que por esta razón no le mataría, no le heriría, ni le tocaría. Pero que si te maltrataba o te hacía desgraciada, lo busaría para mandarlo al infierno. Estas cartas, junto con otras escritas desde el campamento, fueron enviadas a Inglaterra por el mismo mensajero, pero no obtuve respuesta alguna.

Entonces, desesperado, me lancé al campo de batalla. No me protegía ya ningún escudo de amor, pero entraba en la lucha con loca furia, y tantas veces fui herido, que, en adelante, me llamaron "El Caballero del Traje Rojo".

Por último me sacaron del campo de batalla delirante y moribundo. Mi prima Alfrida se desveló en cuidarme y en salvarme de la muerte y por conseguir de mí, vergüenza me da el decirlo, el amor que tú habías traicionado; no creo necesario decirte que mi prima Alfrida fracasó en su empeño. La misma Reina, bondadosa conmigo, influyó en favor de su dama favorita, mas, por fin, se convenció de que podía mandar en la vida de un caballero inglés, pero no en su amor.

De vuelta al combate me vi un día cercado, acorralado, y, por fin, hecho prisionero, pero mi adversario fué generoso.

Luego siguieron algunos años en que corrí toda suerte de aventuras; pude escaparme y anduve errante mucho tiempo. Por espacio de varios meses permanecí oculto en el monte, con un rabino hebrea que me explicó sus Sagradas

Escrituras, remontándose al principio de todas las cosas, antes de que el mundo existiera; también me hizo reflexiones sobre lo presente y dirigió algunos avisos sobre lo que está por venir. Era un hombre extraño, sabio como todos los de su raza escogida, y un amigo fiel que hizo mucho por mí, para curar mis heridas y lograr mi completo restablecimiento. "Después pasé más de un año con una comunidad de monjes en un apartado monasterio, oculto entre las rocas; eran santos padres que tenían fe ciega en el griego y en el latín, como bálsamos eficacísimos para un alma herida, y que me instruyeron en las Sagradas Escrituras y en las enseñanzas de la Iglesia. Mas, a pesar de todos sus desvelos, no me sentí atraído por la paz del convento, pues pertenezco a una raza de hombres luchadores y guerreros y el orgullo de mi estirpe y el fervor hacia el amor y el hogar son en mí instintos fundamentales.

"Tras otras muchas andanzas y aventuras, recibí, por coincidencia, noticias de la muerte de mi padre y de que mi madre lloraba en la soledad; al empezar este año la sorprendí con mi presencia en Inglaterra, cuando todos me daban por muerto desde mucho tiempo antes, aunque Martín Goodfellow, que no encontró rastro de mí en Palestina, al regresar a Cumberland difundió la creencia de que vivía cautivo y de que volvería algún día.

"Con toda la rapidez posible me dirigí a nuestro castillo, sabiendo que mi madre me esperaba allí y que las madres nunca se cansan de aguardar. Y mientras galopaba veloz, abríronse de par en par las grandes puertas; la casa esperaba a su señor y la madre a su hijo en el umbral. ¡Ah, qué felicidad estar de nuevo en mi morada, aun en el mismo país en que la mujer que amé hubiese dado hijos a otro hombre!

"Mi madre y yo pasamos unos cuantos días felices, pero a veces la alegría de la esperanza cumplida pesa tanto como los dolores de la desesperación, y la vida de mi madre huyó sin martirios ni dolencias, sonriente en su sueño feliz. Huyó dejando mi hogar en completa desolación. Mi madre nunca supo cosa alguna de nuestro noviazgo, pues la enemistad existente entre nuestras familias me obligó a guardar silencio y mi repugnancia a casarme con Alfrida hizo que nunca pronunciase tu nombre en su presencia; pero por mi madre supe que mi prima Alfrida se moría de pena en su palacio, cerca de Chester, sufriendo cierta dolencia contraída en tierras de Oriente.

"Con las primeras alegrías primaverales de los bosques y los campos decidí marchar a la Corte para comunicar al Rey mi retorno, con la esperanza de que, acaso, en mi viaje y en el momento más inesperado, pudiera verme cara a cara con Hunfredo. No estaba seguro de si, en el caso de encontrarle, podría pasar de largo sin matar al hombre que me había robado a mi prometida, y por esta razón permanecí todavía algún tiempo en mi señorío, trabajando en la armería y dedicándome a violentos ejercicios para poder ahuyentar al demonio de la desesperación.

"Abril trajo un avance del estío, y al llegar mayo marché, en sus primeros días, hacia Windsor. Al pasar por Carnforth, de camino, encontré el pueblo en fiestas. Indagué la razón y me dijeron que había un torneo en las cercanías, para asistir al cual el conde había marchado en compañía de la condesa, que fué elegida reina de la belleza y que debía sentarse en el trono con su hijita, actuando de pajes dos hijos tuyos.

"Me dominó ardiente deseo de ver nuevamente tu rostro y de mirarte acompañada del hombre que te arrebató a mí, así como de los hijos que debían haber sido míos. Y diez minutos más tarde galopaba hacia el campo. A mí imaginación se ofrecía el espectáculo del torneo y ya me parecía verme frente al trono de la Reina. Al fin llegué y vi a la condesa que presidia la fiesta, ataviada con un traje amarillo. Vi a la niña y a los pajes, así como a Hunfredo, orgulloso marido y orgulloso padre al lado de ellos. Los vi a todos, pero el rostro de la condesa no era el tuyo. En seguida me di cuenta de que durante siete años había estado engañado, y ya en posesión de la verdad busqué febrilmente noticias tuyas. Tu hermana Leonor había muerto el año anterior, y el sucesor de tu hermoso castillo y de tus posiciones, que tan cerca estuvieron de ser mios, fué el hijo de Leonor. Estaba aquél, entonces, en la Corte y no pude verle ni obtener noticias tuyas, aunque si recoger el rumor de que te habías retirado a un convento.

"Sin avisar mi llegada fui a ver a mi prima Alfrida, que vivía enferma en su señorío de Chester. Ella me creía muerta hacia largo tiempo. Entonces la obligué a decirme la verdad entera y no tuvo más remedio que confesarme la traición. Leonor deseaba tus posesiones para sí y para su hijo y sabía que si tenías descendencia perdería los derechos de sucesión. Alfrida, por su parte, y avergonzábame al decírmelo, deseaba el amor del hombre que era tu prometido. El mensajero que llevó las cartas fue sobornado para darme detalles acerca de tu supuesto casamiento, y las cartas que escribí para ti y para Hunfredo fueron entregadas a Leonor. Del mismo modo llevó una carta de Alfrida en que relataba mi fingido casamiento con ella, después de obtenido el consentimiento y la aprobación de la Reina. En dicha carta rogaba también a Leonor que te comunicase la noticia. El mensajero

ro, al llegar a tu casa, describió mi boda con toda clase de detalles, igual que hiciera contigo al relatarme la tuya.

"Cuando me enteré de todo esto no sentí más deseo que buscar al mensajero para oír de sus propios labios el relato completo de su hazaña y convencerme de que todo era cierto.

"Mi prima Alfrida sabía dónde estaba aquel miserable cómplice, y en el acto le hicimos llamar. Vino apresuradamente para ver a Lady Alfrida, de la que, durante todos estos años, había estado recibiendo abundantes cantidades de dinero.

"Yo y mis hombres le esperábamos. Había engordado gracias a sus criminales ganancias y ya no iba desbarapado. Al verme se asustó, creyendo, tal vez, que era una sombra del otro mundo, pero todavía fué mayor su miedo al descubrir una cuerda que colgaba de alta encina. Allí lo dejamos ahorcado; estos Judas siempre están dispuestos a cometer las más bajas acciones en su provecho, para satisfacer su ambición. El primero de su estirpe señaló el camino más apropiado para eliminarlos de un mundo en el que más les valiera no haber nacido.

"Sope por Alfrida que, como calculara Leonor, el sentimiento de mi perfidia te llevó a la vida conventual, y también me informé de que tu convento estaba cerca de Worcester.

"Vine a esta ciudad, me di a conocer al señor Obispo, con el que cené, y encontrándole propicio para hablar extensa y benévolamente, le referí con la mayor franqueza toda mi vida, cuidando mucho de no mencionar tu nombre ni dar ningún detalle de tu persona.

"Gracias a algunas observaciones que hice al azar conseguí que el señor Obispo me refiriese la historia de la Orden; supe que eras la Priora de las Damas Blancas. La Priora más joven de todo el país, según me dijo el Obispo, y a la que nadie podría aventajar en sabiduría y en un concepto más acabado de la rectitud. Lejos estaba él de figurarse que tan preciso era para mí el saber de ti como el agua al ardoroso desierto. Hablaba de ti con fervorosa admiración, en tanto que yo, disimulando mi deseo, procuraba recibir más noticias tuyas, ocultando mi interés bajo la apariencia de mis melancólicos pensamientos.

"También por el Obispo supe que la Orden era una de las más severas y que ningún hombre, bajo pretexto alguno, podía hablar a solas con una de las Damas Blancas. Asimismo me informé del camino subterráneo que unía la Catedral con el convento y del paseo diario que daban las monjas para ir a la Catedral a Visperas.

"Fui a la cripta del templo y pude examinar la puerta del pasadizo subterráneo, por el cual transitaban las Damas Blancas. Durante varios días, oculto tras de los pilares, aguardé, invisible, la aparición de la larga fila de las silenciosas sombras y observé que todas llevaban el rostro cubierto por el velo, la cabeza inclinada al suelo y que guardaban entre sí cierta distancia. También noté que algunas eran de estatura más que regular. Entonces concebí el plan de cubrirme con este hábito y entrar confundido con las demás por la escalera adosada al muro que unía al claustro con la cripta. Noté que al descender las monjas no podían ver a la que las precedía, ni tampoco darse cuenta de que se agregase a la comitiva otra figura blanca y silenciosa que sigilosamente saliese de entre los pilares.

"Puse en práctica mi plan y una vez dentro del convento rogué a la Virgen que me ayudase para lograr mi propósito y hablar contigo a solas, y ya ves cómo no me ha negado su auxilio.

"Ahora ya te lo he dicho todo".

El caballero dejó de hablar; después de su largo relato parecía como si su voz al callar, hubiera acentuado más el silencio reinante.

Ni una sola vez le interrumpió la Priora. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos en su rostro, mientras las manos oprimían con fuerza los brazos del sillón, y mucho antes de que hubiese terminado el relato, sus ojos se inundaron de lágrimas que resbalaban por sus mejillas y por la cruz que colgaba de su pecho.

Al terminar la relación, cuando la voz viril, profunda a veces, otras vehemente o vibrante de indignación, aunque siempre tierna mientras hablaba de ella; cuando, por fin, guardó silencio, la Priora luchó contra su emoción y logró vencerla; luego, así que pudo confiar en la firmeza de su voz, se dispuso a contestar.

CAPITULO XII

;Ah, qué dolor!

Por fin habló la Priora y exclamó:

—¡Ah, qué dolor! ¡Ah, qué cruel dolor!

Su voz dulce y tierna, pero que también expresaba la desesperanza y la inutilidad de su pena, resonó fría en el corazón del caballero.

—Nada de eso, puesto que te he encontrado, querida prima —dijo él doblando una rodilla a sus pies y levantando sus manos para cubrir las de ella. Mas la Priora las retiró rápidamente y las escondió debajo de su escapulario, de modo

que los morenos dedos del caballero se cerraron sobre las cabezas de los leones.

— ¡No me toques! — dijo la Priorsa.

— Eres mía — contestó el caballero mientras enrojecía su rostro adquiriendo un tono más oscuro. — Eres mía y quiero que sigas siéndolo. Durante esos malitos años tú y yo hemos vivido creyendo cada uno que el otro estaba casado. Ahora, sin embargo, sabemos que ninguno de los dos ha sido infiel, y como te he encontrado, amada mía, no quiero perderte de nuevo.

— Olvidas, Hugo — objetó la Priorsa — que "estoy" desposada. Llegas demasiado tarde. ¿No has visto en mi mano la sagrada sortija? ¿No sabes que toda monja es la esposa de Jesucristo?

— Eres mía — replicó el caballero posando su fuerte mano sobre una de las rodillas de la Priorsa, la cual, sacando la suya de debajo del escapulario mostró el puñal que tenía cogido.

— Antes de ir a la puerta del claustro — dijo — saqué esta arma de su escondite y me la puse en el cinturón. Adiviné que tendría que habérme las con un hombre, aunque el Cielo sabe que nunca soñé siquiera que fuese tú. Pero te advierto, Hugo, que si tú o cualquier otro hombre se atreve a tocar siquiera a una monja de este priorato, ya sea yo u otra, no vacilaré en herir, y en herir mortalmente, pues esta joya se clavará hasta la empuñadura en el corazón del ofensor.

El caballero se puso en pie, se dirigió hacia la ventana y con los brazos cruzados apoyó la espalda en la pared.

— Guarda tu arma en su escondrijo — dijo en tono severo. — No hay aquí otro hombre que yo, mas si otro llegase, bastaría mi espada para defender tu honor y el de todas tus monjas.

Ella miró el sombrío rostro de él, que tenía cierta expresión burlona en medio de su pena, y obedeció yendo a esconder el arma en el lugar de donde la sacara.

— Sí, Hugo — dijo. — He de tener confianza en tu amor. Y cerró la puerecilla secreta, en tanto que algo se desprendía de ella, muy real, aunque intangible.

Hasta entonces había visto obligada a mandar. Numerosas mujeres se hincaban de rodillas ante ella y con el mayor apresuramiento cumplían sus más pequeños deseos. Todas rivalizaban entre sí para magnificarse su alto cargo, de manera que muchas veces la Priorsa se sentía muy sola, precisamente a causa de su alta dignidad.

Y ahora el sombrío rostro que cenudo, burlón y colérico la miraba y la severa voz de aquel hombre, la hizo desistir de su amenaza con una sencilla orden que la desarmó y la obligó a obedecer. Y es más: encontró muy dulce la obediencia, quizás porque, en el fondo de la severidad y de la burlona cólera, palpitaba un grande amor en el que confiaba plenamente, a pesar de que tuviera que resistirse contra él alejándolo de si misma de un modo tan definitivo que ya no pareciese más en su vida.

Sin embargo, "la Priorsa" se desprendió de ella mientras cerraba el escondrijo secreto y su naturaleza de mujer y de sانتa la llevaron a acercarse al caballero, a la luz radiante de una dorada puesta de sol después de la tormenta.

En torno de ella, mientras hablaba, parecía advertirse una aureola de humildad y de paciente tristeza, infinitamente conmovedora.

— Sí, Hugo — dijo — mi querido caballero, a quien siempre encontré valiente y tierno, y que, según sé ahora, no ha dejado de ser leal y fiel; no hay necesidad de que añadas palabra alguna a tu largo relato. Los hechos que te refirió Alfrida, Dios tenga piedad de aquel pobre corazón atormentado, son todos verdaderos. Creyendo lo que me dijó el mensajero y sin ocurrírseme siquiera dudar de Leonor, mi único pensamiento fué alejarme del mundo y ocultar mi despedazado corazón y mi orgullo herido. Apresúrate a ofrecer a Dios el amor y la vida que habían sido desdenados por un hombre. Confieso que siempre me pareció pobre ofrenda para Aquel que, en realidad, debe recibir lo mejor y lo más puro de nosotros; pero arrodillándome todos los días a sus pies decía: "No desdenes, Señor, un corazón despedazado y contrito. Y me consta perfectamente que, aunque indigna de ello, no he sido desdenada".

Levantó sus ojos hacia la dorada gloria que resplandecía más allá de las nubes purpúreas y añadió con sincero tono de voz:

— Nuestra bendita Señora intercedió por mí, pues ella comprende muy bien el corazón de las mujeres.

El caballero respiraba con agitación y los cruzados brazos subían y bajaban a impulso de la regular dilatación de su pecho, pero conservaba los labios cerrados, aunque dirigía muda y ardiente súplica a la Virgen para que también quisiera comprender el corazón de un hombre.

— Creo conveniente que también sepas, querido Hugo — añadió la dulce y triste voz — que al principio sufri mucho. Pasé largas noches de agonía, arrodillada ante el altar de Nuestra Señora, implorando que me diese fuerza para lograr la victoria sobre el amor y sobre la añoranza que ya se había convertido en pecado.

El caballero profirió un ahogado gemido. La dorada luz orillaba en sus ojos inmóviles, iluminando, al mismo tiempo, su noble frente.

— Y recibí la fuerza que imploraba — dijo la Priorsa en voz baja.

— Mora — exclamó el caballero. Y al oír tal nombre, ella se sobresaltó, puso hacia ya mucho tiempo que no lo escuchaba; — tú implorabas fuerza para dominar tu amor cuando creiste que era un pecado; precisamente cuando yo iba al encuentro del enemigo para combatir y para matar; y, mientras yo luché luego con desconocidas lenguas, llevando a cabo los hechos más peligrosos y más duros en mi inútil empeño de ahogar el amor que por ti sentía. Mas cuando supo que ningún otro hombre tenía derecho alguno sobre ti y que nunca lo tuvo nadie, entonces descubrió que nada había podido matar mi amor y que nada podría ya matarlo. Y ahora, Mora, ahora que ya sabes que estoy libre, dime: ¿ha muerto tu amor?

Ella contrajo las manos sobre la cruz que colgaba de su pecho. Su voz estaba alterada; sin embargo, luchó lealmente para tranquilizarla.

— Escucha, Hugo — dijo — si al creerte infiel te hubieras vuelto hacia otra en busca de consuelo; si a pesar de no dar a esa mujer las primicias de tu amor la hubieras conquistado y te hubieses casado con ella, ahora, al averiguar que yo no me había casado con Hunfredo, ¿serías capaz de abandonar a tu esposa y de procurar despertar de nuevo el amor en mí?

— Tratas de situarme — contestó él — en una posición en la que nunca me hallaré por mi propia voluntad. Como te amo y te he amado siempre, nunca hubiera podido casarme con otra mientras tú hubieses vivido.

Ella palideció, mas, persistió, preguntando:

— Pero, ¿y si fuera como te digo? ¿Si fuera así?

— Entonces, no-dijo. — Nunca abandonaría a la mujer con la que me hubiese casado, si bien...

— Hugo — interrumpió ella — creyéndote infiel, pronuncié los sagrados votos que me desposaron con el cielo. ¿Cómo pueden, ahora, abandonar a mi esposo por el amor de cualquier hombre de la tierra?

— No de cualquier hombre — replicó él — sino de tu prometido que vuelve a reclamarte, el hombre a quien, como despedida, dijiste: "Doncella o casada, soy tuya, completamente tuya, tuya y de nadie más". ¡Ah! Eso hace enrojecer tus mejillas. ¡Oh, vida de mi corazón! Si entonces dijiste, verdad, todavía es cierto. Dios no es un hombre que pueda mentir o robar a otro su prometido. Si yo me hubiese casado con otra mujer, lo habría hecho creyendo, honradamente, que tú eras la esposa de otro hombre. Pero durante todos estos años, mientras tú y yo estábamos engañados. El, que lo conoce todo, sabía la verdad. Sabía que tú estabas prometida a mí. Te oyo decir junto a las almenas de tu castillo, cuando nos despedímos: "Dios sabe que soy completamente tuya", y El sabe, también, que cuando yo me figuraba haberte perdido, seguía siendo, sin embargo, fiel por completo a la pura memoria de nuestro amor. El día que pronunciaste tus votos, El sabía que yo estaba libre y que tú, por consiguiente, me perteneces aún. ¿Debe un hombre robar a Dios lo que le pertenece? Puede hacerlo. ¿Pero es posible que Dios quite a un hombre lo suyo? Nunca.

Ella temblaba y estaba indecisa; luego, apresuradamente, se arrodilló ante el altar de la Virgen y extendiendo las manos, sollozó:

— ¡Santa Madre de Dios, dile que no me atrevo! ¡Demuéstrale que no puedo así romper mis votos! ¡Ayúdale a comprender que, aunque pudiese, no lo haría tampoco!

El la siguió y, arrodillándose a su lado, inclinó la cabeza y con voz quebrada por la emoción, exclamó:

— Santa Virgen, Tú que habitaste en la tierra, en Nazaret, ayúda a esta mujer mía para comprender que si rompe la promesa que me hizo y se aleja de mí, ahora que vengo a reclamarla, me condena de nuevo a llevar una existencia fría, a un hogar junto al cual ninguna mujer querrá sentarse y a una morada para siempre más triste y desolada.

Ambos estaban arrodillados ante la tierna imagen de la Madre y el Niño. Estaban unidos, pero muy separados; él, cuidando lealmente de no rozar siquiera un pliegue de su velo.

El rostro obscuro y el hermoso y delicado, estaban uno al lado del otro, algo levantados, mirando hacia la imagen de la Virgen. Y hubo un momento en que estuvieron tan inmóviles, que más parecían un hermoso grupo estatuario: él, de bronce; ella, de mármol.

Luego, con repentina movimienta, ella levantó su mano derecha y cogió la izquierda de él, quien cerró con firmeza sus dedos sobre aquella hermosa mano, si bien no se acercó.

No obstante, mientras así estaban con las manos cogidas, la energía vital de él parecía comunicarse a ella, borrándole por un momento la obra de años de vigilia y de oración.

— Hugo — exclamó — ten piedad de mí! No me tienes.

Y desprendiendo su mano de la del caballero, unió las dos suyas contra el pecho.

El caballero se levantó, situándose a su lado.

— Mora — exclamó, con voz en la que se advertía un tono distinto, una expresión de tristeza y de solemnidad que hasta entonces no había tenido. — Lejos de mí la idea de tentarte. Tan sólo voy a rogarle, otra vez, en presencia de Nuestra Señora y de su Santísimo Hijo, y en cuanto lo haya hecho, no te diré nada más.

"Te conjuro a que abandones este lugar, en el que nunca habrías entrado, de saber que tu prometido era tuyo y que te necesitas. Te pido que cumplas la palabra que me diste, de ser mi mujer. Si te niegas, me marcharé para no volver jamás. Te dejo aquí para que puedas rezar en paz de día y de noche ante el altar de la Virgen. Pero recuerda, de día y de noche, que a causa de lo que has hecho conmigo, la Virgen no estará en mi casa y ninguna mujer se sentará jamás junto a mi hogar, sosteniendo a un niño sobre sus rodillas.

"Sabe que me dejarás únicamente el crucifijo, el corazón despedazado y el amor traicionado; los pies y las manos clavados al madero de las crueles circunstancias y el costado atravesado por la lanza de la traición. Me dejas solo, olvidando. Y te llevas de mí todo lo mejor, tanto de la vida como de la religión; todo lo que habla de amor, de alegría, de esperanza para los años venideros.

"Así, amada mía, piénsalo bien. Hay muchas mujeres con verdadera vocación que pueden servir al cielo en el convento, pero para mí no hay más que una sola mujer en el mundo entero. A los ojos del cielo nada nos separa. Ciento es que entre ambos están los muros del convento, mas, éstos fueron construidos por el hombre, no por Dios. Y, además, sabe que los votos del celibato no se hicieron para atormentar amantes corazones. Mora... ¡ven!

La Priorsa se puso en pie y, mirándolo a la cara, le contestó:

—No puedo ir contigo, porque lo que he enseñado a otras debo cumplirlo yo misma. Estoy muerta para el mundo, Hugo, y si es así, ¿cómo puedo vivir para ti? Si realmente hubiese muerto y estuviera enterrada, ¿habrías sido capaz de ir a mi sepultura, forzando mi lugar de eterno descanso, para mirar mi rostro, estrechar mi fría mano y murmurar en mi oído palabras de amor? Esto, sin embargo, es lo que, por astucia y artificio, has hecho ahora. Vienes a una mujer que está muerta, diciéndole: "Amame y sé mi esposa". Y ella, por fuerza, ha de contestar: "¿Cómo puedo, si estoy muerta para el mundo, vivir otra vez en él? Toma esposa entre las vivas, Hugo, y no busques a tu prometida entre los muertos".

—Dios mío! exclamó el caballero.—Es esto religión? Se volvió hacia la ventana y luego hacia la puerta, exclamando:

—¿Cómo puedo marcharme?

El desesperado acento de su voz heló el alma de la mujer a quien hablaba. Esta, por fin, le había hecho comprender la situación en que se hallaba.

—He de sacarte de aquí sin que nadie te vea. No me atrevo a que salgas por la puerta del convento. Temo que deberás volver por el mismo camino que viniste, mas no puedes ir sólo. Tengo la llave para abrir la puerta que conduce desde nuestro corredor a la cripta de la Catedral. Ahora mandare todas las monjas al refectorio. Luego, yo misma te conduciré a la cripta.

—No puedo salir solo —preguntó el caballero con cierta brusquedad—y luego devolver la llave por un mensajero?

—No—contestó la Priorsa,—no me atrevo a correr riesgos inútiles ni a despertar rumores insidiosos. Mañana, esta hora extraña que acabamos de vivir será un sueño y tú y yo los únicos que habremos soñado. Ahora, mientras voy a dejar el paso expedito, ponte nuevamente el hábito y la capucha. Cuando vuelva y te haga un señá, sigueme en silencio.

La Priorsa salió y cerró la puerta tras ella.

CAPITULO XIII

"Haz que venga a mí!"

La Priorsa permaneció un momento en la parte exterior de la cerrada puerta. El silencio, lleno de paz, del corredor la ayudó a reconquistar la calma que debía poseer antes de ponerse frente a frente de sus monjas.

Avanzando despacio hacia el extremo más lejano, descorrió el cerrojo de la celda de sor María Serafina, experimentando avergonzada humildad por haber sentido la seguridad de que tendría que habérselas con Wifredo y por haber pensado con tanto desdén en él y en Serafina. Pero ¡ay! Cuántas veces las acciones equivocadas de los que aman humillan a los más puros y nobles espíritus hasta el polvo!

Luego la Priorsa fue a llamar por sí misma al refectorio, por medio de la campana. Había ya pasado con exceso la hora de la refacción de la tarde y las monjas se apresuraron a obedecer a la llamada.

Mientras se encaminaban hacia la escalera que conducía al refectorio vieron a su Priorsa muy pálida, pero erguida y apoyada en la puerta de su habitación.

Cada monja hizo una genuflexión al pasar y a cada una de ellas correspondió la Priorsa inclinando ligeramente la cabeza.

Cuando vió a sor María Rebeca, que también se arrodilló ante ella, le dijo:

—Esta noche no iré a comer y en ausencia de la Madre Sub-Priorsa ocuparéis mi lugar.

—Si, Reverenda Madre—contestó sor María Rebeca con voz melosa, y besó el extremo del hábito de la Priorsa; luego,

levantándose, se apresuró en su camino, muy satisfecha de su autoridad temporal.

Cuando todas hubieron pasado, la Priorsa se dirigió hacia el claustro y dio la vuelta por él, mirando muy atenta al jardín y observando todo lugar donde pudieran ocurrir secretos ojos y descubrir lo que iba a suceder entre el corredor y la cripta. Pero el jardín, lleno ya de sombras purpúreas, estaba únicamente poblado por las raudas golondrinas. El petirrojo entonaba la canción de la tarde posado en una de las ramas del árbol del muchacho del pastelero.

La Priorsa retrocedió por el corredor mirando al interior de cada una de las celdas. Todas las puertas aparecían abiertas de par en par y las estancias vacías. Las monjas enfermas estaban en otro corredor situado más allá de la escalera del refectorio. Sin embargo, también pasó por allí, cerciorándose de que todas las puertas de las celdas estaban cerradas.

Inmóvil en lo alto de la escalera del refectorio podía oír el distante ruido de platos y el roce de los pies de las hermanas legas, mientras iban del refectorio a la cocina; y dominando estos ruidos la voz monótona de sor María Rebeca leyendo para las monjas mientras cenaban.

Entonces la Priorsa descolgó uno de los faroles destinados a la cripta y lo encendió. **

Entre tanto, el caballero, que se había quedado sólo, estuvo unos momentos como atontado. Había realizado su formidable esfuerzo y perdió, pero se sentía más deprimido por la inesperada conformidad que él mismo prestó a su derrota que por la firme negativa que se le había dado.

Parecía, mientras estaba solo, que de pronto había comprendido el extraordinario desligamiento causado por muchos años de vida enclaustrada. Había venido inflamado por el amor y por la añoranza, buscando a una mujer viva entre los muertos. Habría parecido menos amargo arrodillarse junto a su tumba, sabiendo que aquel corazón fué fiel a su amor hasta el último latido, persuadido de que los muertos brazos, ahora ya fríos y envarados, de haber vuelto el ántes habrían rodeado su cuello, sabiendo que aquellos labios, ahora ya silenciosos en la muerte, le hubieran llamado, cuando vivos, dando la más tierna acogida.

Pero aquél frío trastorno de la radiante mujer que dejara, le había dicho: "No me toques" y le ordenó buscar una esposa en otra parte, a él, que le había sido siempre fiel, aún en los tiempos en que creyó en la infidelidad de ella.

Y, sin embargo, a pesar de la frialdad que había demostrado en su santa soledad, era aún la mujer que amaba. Además, ella conservaba todavía el noble porte, la espléndida belleza femenina y el aspecto de vigor físico y vital que la distinguían como si la naturaleza quisiera señalarla como madre de valerosos hijos y de hermosas hijas. Y, a pesar de todo, el debía abandonarla, dejarla en el convento...

Miró en torno, en la habitación, y se fijó en el corredor abovedado que conducía al dormitorio; dió un paso hacia él, pero en seguida retrocedió, no atreviéndose a penetrar en aquel santuario. Luego su vista cayó sobre la gran mesa cubierta de misales, pergaminos y vitelas. Podría haber sido la celda de un instruido monje más bien que la estancia de la mujer que amaba. Y, por fin, sus ojos, al mirarlo todo, se fijaron en la Virgen y en el Niño.

A la pura luz de la tarde, el grupo de mármol adquiría especial atractivo; advirtiéndose algo infinitamente humano en la maternal ternura de la Madre inclinada sobre el sonriente Niño. Aquel espectáculo sugería el hogar más bien que el claustro, y hizo vibrar una cuerda en el corazón del caballero, que resonó clara y sincera sobre el confuso ruido de la amargura y del desencanto.

Avanzó su mano y tocó el piececito del Santo Niño.

—Madre de Dios—dijo en voz alta.—haz que venga a mí. Apídate de un corazón hambriento, de un hogar solitario y desolado. Haz que venga a mí.

Luego recogió del suelo el blanco hábito y se lo puso.

CAPITULO XIV

Adiós... para ahora y para siempre

Cuando la Priorsa, empuñando en su mano un farol encendido, abrió la puerta de su cuarto, vió una alta figura cubierta con el hábito de las Damas Blancas de Worcester, inmóvil, adosada a la pared y frente a la puerta.

—Ven—murmuró, haciendo una señal.—Y, sin ruido, la figura se situó a su lado. Luego cerró la puerta y por medio de la llave maestra corrió el cerrojo. Silenciosamente las dos blancas figuras avanzaron por el corredor, atravesaron el claustro y descendieron por la escalera de la cripta del convento. La Priorsa abrió la puerta y, agachándose, pasaron por debajo del arco y entraron en el paso subterráneo.

Dejando el farol en el suelo, la Priorsa sacó la llave, cerró la puerta y por dentro corrió el cerrojo.

Volvíose y al levantar al farol, vió que el caballero se había despojado de su disfraz y que estaba ante ella ergui-

do y dentro del círculo luminoso que irradiaba el farol. Al cerrar la puerta las sobre cogió extraña impresión, como si ambos se encontrasen en un tercer mundo, desconocido para él y para ella, semejante a la tumba por la soledad y la oscuridad en que se hallaban. El lugar estaba saturado de fuerte olor de tierra y de la humedad de las piedras, y allí el más pequeño sonido resonaba con hueca exageración, aunque en sí mismo parecía tan silencioso como la tumba.

Y precisamente aquella sensación sepulcral que les rodeaba, parecía vigorizar y hacer más palpitable su propia vitalidad.

Después que la llave hubo rechinado en la cerradura, los segundos de silencio parecieron tan largos como horas.

Luego habló el caballero, diciendo:

—Dame el farol.

Ella le miró a los ojos y nuevamente pareció perder la dignidad de su alto cargo, pues otra vez encontró dulce la obediencia.

El levantó la linterna, de modo que su luz iluminase su propio rostro y el de ella.

—Mora—dijo—hace ya mucho tiempo que tú y yo recorrimos por última vez los soleados campos entre las flores. Esta noche andamos por debajo de los campos, en vez de pasear por ellos. Estamos bajo la hierba, querida mía, y hasta llego a creer que estoy a tu lado en la tumba. En realidad, mis esperanzas han muerto violentamente; la promesa de nuestro amor ha muerto también y pronto será enterrada. Pero tú y yo vivimos aún y debemos andar uno al lado de otro, como tristes espectros de nuestras propias personas.

Así, ahora debo pedirte, Mora, por el recuerdo de aquellos antiguos paseos entre las flores, que apoyes tu mano en mi brazo y vengas conmigo en dulce compañía por este lugarezoso y oscuro, del mismo modo como antaño ibamos a la luz del sol.

Sus oscuros ojos buscaban el rostro de ella y juvenil vehemencia vibraba en su voz:

Ella vaciló y levantó sus ojos hacia él; luego, lentamente, se acercó y apoyó la mano en su brazo. Y, uno al lado de otro, echaron a andar, hundiéndose en las tinieblas: él, sosteniendo el farol con la mano derecha e inclinándolo de modo que alumbrara el suelo; ella, apoyándose en su brazo izquierdo y andando despacio.

Sobre sus cabezas, en los prados, paseaban, también, los amantes cogidos del brazo; hombres y muchachas jóvenes alumbrados por la débil luz del crepúsculo. Toda la naturaleza, refrescada por la lluvia, despedía fragante y dulce aroma, pero la rosa, con sus pétalos cubiertos de rocío, parecía al joven mucho menos dulce y suave que los labios de su amada. Así se atrevía a decirse y,

mientras ella se inclinaba hacia la fragancia de la flor, sus mejillas reflejaron el carmesí de aquellos pliegues delicados.

Así andaban y hablaban los jóvenes enamorados en los prados de Worcester, sin imaginarse siquiera que debajo de sus felices pasos el caballero y la Priora caminaban lentamente, uno al lado del otro, a través de la oscuridad.

Entre ellos no se cruzaba una sola palabra. La mano de la Priora se apoyaba en el brazo del caballero y su rostro estaba próximo al hombro de éste, el cual, con su brazo, oprimía la mano de la mujer contra su corazón, pero aquel silencio era mucho más elocuente que las palabras. Y seguían andando en silencio.

Pasaron por debajo de las murallas de la ciudad y por debajo de la puerta exterior. El sheriff se dirigía a su casa a cenar, complacido por unos negocios realizados en la finca en que se cobijara durante la tempestad.

El buen pueblo de Worcester compraba y vendía en el mercado. Hombres cuyo diario trabajo había terminado, se apresuraban a llegar al descanso y a la comodidad que les ofrecían su mujer y su hogar. Las multitudes transitaban alegremente por las calles, sin soñar siquiera que por debajo de sus apresurados y activos pies, el caballero y la Priora caminaban despacio, uno al lado del otro y a través de la oscuridad.

Si el caballero hubiese hablado, la Priora habría puesto inmediatamente en guardia para resistir la tentación de sus palabras. Pero como guardaba silencio, el corazón de la joven se complacía en recordar; y recordando, sentía cada vez más triste ternura.

Al cabo llegaron a la puerta que conducía a la cripta de la Catedral.

La Priora empuñaba la llave en su mano izquierda y, libertando la derecha del brazo del caballero, deslizó, sin hacer ruido, la llave en la cerradura; pero antes de darle la vuelta, se detuvo y miró a su compañero.

—Hugo—dijo—por mí y por todas aquellas cuya buena fama está a mi cuidado, te ruego que te encamines, lo más aprisa que puedas, a la cripta y desde allí salgas. Si es posible, sin ser visto, o de tal manera que nadie pueda sospechar que acabas de pasar por este camino subterráneo, porque las columnas nacen muy pronto y se difunden con rapidez.

—Tendré el mayor cuidado—prometió el caballero.

—Lamento infinitamente, Hugo—añadió ella—haberme

visto obligada a causarte tal desencanto—y al decir esto su voz temblaba—. Este es nuestro adiós final. ¡Me perdonas, Hugo? ¡Pensarás en mí sin rencor, si acaso me recuerdas alguna vez?

El caballero sostenía la linterna de tal manera, que sus rayos iluminaban su propio rostro y el de ella.

—No puedo aceptar tu respuesta, Mora, como definitiva—dijo—. No volveré más, ni trataré de hablar contigo otra vez. Pero por espacio de cinco días esperaré. Con el mayor cuidado elaborare mis planes para llevarte, sin ser vista y en seguridad absoluta, lejos de la Catedral. Sé que las puertas están vigiladas y que quienes entran y salen son observados. Pero si tú, querida mía, quisieras venir hacia mí, la certeza de que sabré guardar mi bien... No, no hables ahora; escúchame tan sólo.

“Diariamente, después de Vísperas, permaneceré oculto entre las columnas inmediatas a la escalera de caracol. Te bastará dar un paso hacia un lado, un solo paso, y mi brazo te rodeará. Nueva vida de amor, de hogar feliz, se ofrecerá a nosotros. Te llevaré seguramente oculta a la hostería donde yo y mis hombres nos alojamos. Allí habrá caballos dispuestos y en seguida emprenderemos el camino hacia Warwick. Una vez en Warwick encontraremos un sacerdote, que goza de mucho favor, tanto en la Iglesia como en la Corte, que está enterado de todo y ya dispuesto para casarnos sin demora. Y, después de todo eso, a cortas jornadas y rodeada de todas las comodidades posibles te llevaré como esposa mía a nuestro hogar”.

Elevó más la linterna y ella pudo ver la amorosa luz y el triunfo que despedían sus ojos.

—Te llevaré a nuestro hogar—repitió él.

Ella retrocedió un paso, levantando ambas manos hacia él, con las palmas hacia afuera, y así, con los ojos llenos de tristeza, se quedó mirando y murmuró:

—Es inútil esperar, pobre Hugo mío, porque no iré.

—No obstante, esperaré durante cinco días — replicó el caballero. — Pasaré en Worcester más tiempo del que suponia, y todos los días, después de Vísperas, estaré aquí.

—Vete hoy mismo, querido Hugo. Dirígete a Warwick y di al sacerdote que nos espera lo que ya debe saber sin necesidad de que se lo digan; que una monja jamás debe querer brantar sus votos. Este es nuestro adiós final, Hugo. Mejor es que lo creas desde ahora y te marches.

—¿Nuestro adiós final? —replicó él.

—Sí, el definitivo.

—Para ahora y para siempre?

—Para ahora y para siempre, querido Hugo.

Y al mirarla en aquella paz tranquila, tan hermosa en su tristeza, comprendí la sinceridad de sus palabras. Repentinamente se dió cuenta de que la había perdido y de que el solitario camino de su vida se le ofrecía invariable para siempre.

—Sí — dijo, — sí, en verdad es el adiós para ahora y para siempre... para siempre.

La desesperación que se advirtió en su voz, contrastando con la esperanza y el amor que poco antes vibraron en ella, conmovió el corazón de la Priora; y extendiendo de nuevo las manos, como si quisiera empujarlo para que se marchase, exclamó:

—Ah, Hugo, ten piedad de mí y márchate! ¡Compadécete y vete en seguida!

El caballero advirtió en su voz un tono que hasta entonces no descubrió; pero como la amaba noblemente, dominó su propia angustia con toda la fuerza de su voluntad.

Puso la linterna en el suelo, y doblando una rodilla ante ella, le dijo:

—Adiós, amor mío. ¡Ojalá pueda consolarte la Virgen! ¡Que el Cielo me perdone por haber alterado tu paz!

Y levantando el borde de su hábito lo besó fervoroso.

Así, arrodillado, permaneció algunos minutos con la morena cabeza inclinada al suelo. Poco a poco dejó caer sus manos la Priora, hasta que suavemente, tan suavemente como caen las hojas de otoño, las tristes hojas de otoño, se posaron sobre su cabeza en ademán de bendición y de despedida; pero entonces, sintiendo el cabello del amado bajo sus manos, no pudo contener su deseo de acariciarlo, ni de pasar sus dedos con dulzura por entre los mechones.

Y entonces se paralizó su corazón por un momento, porque en el silencio le pareció oír un ahogado sollozo.

Dando un grito se inclinó y abrazó la amada cabeza, oprimiéndola, primero, contra sus rodillas y luego se arrodilló, a su vez, para estrecharla contra su pecho. En aquel momento, mientras sus fuertes brazos la rodeaban, ella dejó caer la cabeza a un lado y, en tanto el caballero se ponía en pie, dejó deslizar sus brazos hasta que rodearon el vigoroso cuello y se rindió al apasionado abrazo.

Los labios de él buscaron los suyos, que no se negaron. Sus fuertes manos la estrecharon, y ella, sintiendo la fuerza apasionada, se acercó todavía más.

Así permanecieron largo rato y en aquel abrazo toda una vida de dolor pasó entre ellos, y también nació una vida de felicidad que casi instantáneamente llegó a la madurez y a la plenitud absoluta. Invadiólos un mundo de dulce confianza y mutua seguridad; una dicha tan perfecta, que el temor de los futuros años solitarios parecía no importarles nada en aquel instante.

Y a su alrededor estaban las tinieblas y el silencio de la tumba, el pesado aroma de la tierra y el húmedo escafófrio del sepulcro.

Sin embargo, sus vidas eran exuberantes; suya, también, la alegría más extremada y no soñada siquiera; y suyo el amor, más allá de lo que pudiera imaginarse, mientras transcurrieron aquellos instantes.

Luego...

Las manos de ella, que le rodeaban el cuello, se aflojaron y poco a poco cayeron.

El dejó libres sus labios y ambos recobraron su libertad.

Deshizo su abrazo y, retrocediendo, ella se irguió como un lirio blanco que no necesitara sostén de ninguna clase. Así estuvieron un momento, mirándose en silencio, porque lo que acababa de ocurrir era demasiado maravilloso para traducirlo en palabras.

Entonces la Priora hizo girar la llave en la cerradura y se abrió la pesada puerta.

Desde la cripta avanzó una débil luz grisácea como el amanecer nacido en el mar.

Sin decir una palabra, el caballero inclinó la cabeza, pasó por debajo del corredor abovedado, subió los escalones y se perdió de vista por entre las numerosas columnas.

Ella cerró la puerta, corrió el cerrojo y, después de retirar la llave, se quedó sola donde poco antes estuvieron los dos.

Dejóse caer al suelo ocultó el rostro en el polvo que habían hollado los pies del caballero.

Era la despedida para entonces y para siempre; la despedida para siempre...



Después de unos momentos se levantó la Priora, tomó el farol y emprendió su solitario camino de regreso hacia la puerta del claustro.

CAPITULO XV

Aguza los sentidos de María Antonia:

Cuando la Priora emprendió su camino hacia la Catedral, con el caballero, cerró la puerta de su estancia, persuadida de que así sería inadvertida su ausencia, porque si alguien llamaba a la puerta y no recibía respuesta, o trataba de abrirla y la encontraba cerrada, se apresuraría a alejarse, sin hacer pregunta alguna, sin esperar más, convencida de que alguna hora especial de devoción o de que un tiempo de estudio exigía que la Reverenda Madre no fuese molestada por intrusión alguna.

La atmósfera de la vacía celda, cargada durante la pasada hora con tan desacostumbradas fuerzas de conflicto y de pasión, se aquietó en la tranquilidad de una ininterrumpida calma.

La Virgen sonreía serenamente sobre el Santo Niño. El Jesucristo muerto, con la cabeza inclinada, pendía abandonado sobre la cruz de madera. Los enormes volúmenes, encuadrados en negro y plata, yacían sobre la mesa, y el sillón del Obispó estaba desocupado, con aquella importuna vacuidad que en un asiento vacío parece sugerir una presencia invisible. El silencio era completo.

Pero entonces un extraño roce empezó a resonar en la celda interior, como si fuese algo envarado y torpe que se disponía a entrar en acción.

Llegó una extraña figura, un rostro marchito, alterado por el dolor y por el terror, apareció en el marco de la puerta; era la anciana María Antonia, que llevaba en la mano una cuchilla de carnicero y que, mientras castañeteaban sus mandíbulas, despovistas de dientes, miraba a la celda que entonces estaba vacía.

Aquella alma fiel, aunque desdenada, había resuelto que la adorada Reverenda Madre no debía ir al encuentro de ningún peligro, fantásico o corpóreo, solo y sin protección de nadie.

Así, pues, se apresuró a ir a la cocina, en donde dió instrucciones para que la comida de la tarde no se sirviera hasta que la Reverenda Madre, en persona, tocara la campana.

Entonces, tomando un gran cuchillo, por parecerle el arma más terrible de que podía disponer y la más apropiada para infundir el terror en el corazón fantasmal de sor Agueda, la vieja Antonia se apresuró a volver hacia el corredor.

Subió las escaleras casi arrastrándose y, apoyándose en la pared, y así llegó a la parte más alta, a tiempo para ver, en la confusa distancia, las dos altas figuras que se miraban mutuamente.

Empuñando, convulsa, el mango de su cuchillo e incapaz de moverse, tal era su terror, las estuvo observando hasta que empezaron a aproximarse a ella, volviéndose en dirección de la celda de la Reverenda Madre. Hallábanse todavía a treinta metros de distancia, en el extremo del corredor inmediato al claustro, y, mientras tanto, la vieja Antonia estaba junto a la abierta puerta.

Travesó por ella, sin ser vista ni oída, como aterrada sombra negra, mas, sin embargo, valerosa, porque consigo

iba el cuchillo de carnicero; podría, fácilmente, haberse el lugar adonde le constaba que la Reverenda Madre contó al alto espectro de la pobre sor Agueda, muerta tanto tiempo atrás y que había alcanzado alarmantes dimensiones durante los cincuenta años pasados en la tumba. Pero, valerosa y fiel, la vieja Antonia se apresuró a entrar en la celda interior y allí se acurrucó en un rincón, dispuesta a pedir auxilio o a herir con su cuchillo en caso necesario.

Así ocurrió que aquella anciana, tejedora de romances, debió convertirse por fuerza en testigo de un romance verdadero tan emocionante y tan conmovedor, que tuvo necesidad de introducirse el mango de madera de su cuchillo en la boca para resistir su impulso de aplaudir al noble caballero, de dar a voces sus consejos o de invocar bendiciones sobre su empresa. A cada una de las menciones que se hicieron de Leonor y de Alfrida, cerraba el puño y lo agitaba alrededor, moviendo en el aire sus viejos dedos, como si quisiera ahogarlos. Y cuando se trató del mensajero, que llegaba a hablar con Lady Alfrida, quien, jalabado sea San Lucas!, estaba a punto de morir, y encontró al caballero esperándole con un nudo corredizo colgado de la rama de un árbol, la vieja Antonia dejó a un lado el cuchillo para abrazarse mejor a sí misma, llena de silencioso regocijo y cuando el caballero se marchó, dejándolo ahorcado, murmuró: "Bien hecho, bien hecho". Luego se tapó la boca con las manos y se mordió muy satisfecha. Cuando él hizo mención de que lo llamaban "El Caballero del Traje Rojo", la vieja Antonia se estremeció. Luego agitó su dedo hacia la entrada como solía hacerlo con el petirrojo y hasta abrió su bolso en busca de algunas migajas de queso. Pero pronto a la historia cautivó toda su atención y, olvidándose del presente, se sumió por completo en el reinado del romance.

Y hasta que el caballero hubo cesado de hablar y a su oido llegó la triste voz de la Reverenda Madre, la vieja Antonia no se dió cuenta de la realidad de la historia. Luego su corazón fué desgarrado por el dolor y por el terror, y cuando los dos se arrodillaron delante de la Virgen, con los rostros elevados, María Antonia, arrastrándose con cuidado, miró y pudo verlos así, formando noble pareja; observó que la Priora cogió la mano de él y la estrechó, y luego, retrocediendo, se dejó caer postizada al suelo, maravillada y convertida casi en montón informe sobre el pavimento.

La llamada de la campana del refectorio la despertó del estupor en que se había sumido, a tiempo para oír la apasionada súplica del caballero, mientras se arrodillaba sólo ante el altar de la Virgen. Luego, después de haberse marchado el caballero y la Priora, María Antonia se levantó, empuñó el cuchillo con manos que temblaban, y con rostro inexpresivo contempló la vacía celda.

Por fin comprendió que ella y su arma se habían quedado encerradas en la celda de la Reverenda Madre y recordó que recibiera la orden terminante de ir a la cocina y de quedarse allí. Y la enormidad de su desobediencia a las órdenes de la Reverenda Madre fué la causa inconsciente de todas sus jaculatorias y de sus silenciosos movimientos, para no ser descubierta.

Pero ahora su primer cuidado no fué en beneficio propio, sino que se preocupaba por aquellos dos nobles corazones, de cuyo trágico dolor había sido secreto testigo.

Sus miradas se fijaron en la Virgen, que sonreía tranquilamente, y, avanzando, se arrodilló en el mismo lugar en que lo hiciera la Priora.

—Santa Madre de Dios —murmuró— dile al caballero que no puede hacer eso. —Luego, moviéndose sobre las rodillas hacia donde las hincara el caballero, añadió: —Virgen bendita, demuestra a ella que no puede dejarlo tan desolado.

Trasladóse, entonces, al centro y, arrodillada entre los dos sitios que había ya ocupado, añadió por su cuenta:

—Dulce Señora, aguza los sentidos de María Antonia.

Y mirando, furtiva, a la Virgen, vió que ésta sonreía. El divino Infante, también parecía contento, y María Antonia, regocijada, recobró el ánimo. Y recordó que cuando la Reverenda Madre sonreía, ella quedaba siempre perdona.

Además, y, sin demora alguna, su súplica fué atendida, porque apenas se había levantado, cuando recordó el lugar en que la Reverenda Madre guardaba la llave de la celda; y como ésta cerró al sair con la llave maestra, la otra se halló en seguida en las viejas manos de María Antonia, que salió inmediatamente al corredor, cerrando la puerta de la estancia, persuadida de que podría devolver la llave a su lugar antes de que la Reverenda Madre la echara de menos.

La hermana María Antonia se deslizó, sin ser vista, más allá del refectorio y entró en la cocina; una vez allí, regañó y se movió mucho de un lado para otro, haciendo todo lo que en aquel momento estaba exigiendo.

Las jóvenes legas no protestaron, pero sor María Marta preguntó:

—Qué habéis estado haciendo desde Vísperas, hermana Antonia?

(Continuará).



La gente chic fuma
PICCARDO



BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

SECCION
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

CINZANO

VERMOUTH
M.R.

